

espaciotiempo

Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades

Es una publicación semestral arbitrada de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México. Esta revista difunde (en español, inglés, francés y portugués) resultados de investigación original, ensayos de revisión y reseñas escritas por científicos sociales y humanistas, de preferencia sobre América Latina.

Is a half-yearly peer-reviewed publication by the Autonomous University of San Luis Potosí, Mexico. This journal disseminates (in Spanish, English, French, and Portuguese) the results of original investigations, review articles and book reviews written by social scientists and humanists, preferably about Latin America.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SAN LUIS POTOSÍ



espaciotiempo

Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Rector: Mario García Valdez
Secretario General: Manuel Fermín Villar Rubio
Presidente Editorial: Miguel Aguilar Robledo

Editor Responsable: Ramón Manuel Pérez Martínez
Editora Invitada del presente número: Jimena N. Rodríguez
Diseño de portada: Peter C. Kroefges
Corrección de estilo: Élica M. Tedesco

COMITÉ EDITORIAL:

Carlos Contreras Servín
R. Alejandro Montoya
Miguel Nicolás Caretta
Marco Antonio Pérez Durán
José Guadalupe Rivera González
Guadalupe Salazar González

CONSEJO CONSULTIVO:

Eugenia María Azevedo Salomao (Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México)
Juan José Batalla Rosado (Universidad Complutense de Madrid, España)
Marilia Brasileiro-Teixeira Vale (Universidad de Uberlandia, Minas Gerais, Brasil)
Karl W. Butzer (University of Texas, Austin, EUA)
Daniel Hiernaux (Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, México)
Mads Ravn (Universitetet i Stavanger, Noruega)
Ben Nelson (Arizona State University, EUA)
Alessandra Pecci (Universidad de Sienna, Italia)
José Luis Ruvalcaba (Universidad Nacional Autónoma de México)
Rudolf Van Zantwijk (Universiteit Utrecht, Países Bajos)

Imagen de portada: *Orbis Terrae Compendiosa Descriptio*, por Rumold Mercator (1587)
Ilustraciones: <http://www.gallery.oldbookart.com> (free domain)

Espaciotiempo □ Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades es una publicación semestral de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí a cargo de la Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades. Fecha de impresión del presente número: diciembre de 2010. Editor responsable: Ramón Manuel Pérez Martínez. Número de Certificado de Reserva de Derechos de Uso Exclusivo otorgado por el Instituto Nacional de Derechos de Autor: 04-2007-082817155000-102. Número de Certificado de Licitud de Título: (en trámite). Número de Certificado de Licitud de Contenido: (en trámite). Domicilio de la Publicación: Universidad Autónoma de San Luis Potosí – Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades, Av. Industrias 101-A, Fracc. Talleres, San Luis Potosí, S.L.P., C.P. 78000, México. Tel. y fax: +52- 444- 8182475. Imprenta: xxx (con dirección). Distribuidor: Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Álvaro Obregón 64, Col. Centro, San Luis Potosí, S.L.P., C.P. 78000, México. ISSN: 2007-0608. El contenido de los artículos es responsabilidad de los autores. Este número fue financiado por el Programa Integral de Fortalecimiento de la UASLP (P/PIFI-2010-24MSU0011E-20) de la Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades. Hecho e impreso en México.

DOSSIER

Crónicas del Nuevo Mundo: Siglos XVI-XVIII. Nuevas aproximaciones teóricas

CONTENIDO

Presentación2

I. Crónica y viajes

MARÍA JESÚS BENÍTEZ

“Descubriendo secretos: Las relaciones de viaje de Fray Gaspar de Carvajal y Toribio de Ortiguera (Siglo XVI)”5

MANUEL PÉREZ

“Dos relaciones de viaje de Pedro Porter Casanate al Golfo de California”15

JIMENA N. RODRÍGUEZ

“Caminar por la mar incógnita: las naos a California y el punto de vista del navegante”25

II. Crónica, historia y retórica

HUGO H. RAMÍREZ

“Fray Pedro de Aguado y su *Recopilación historia*”39

VALERIA ANÓN

“Escribir y poblar: primeras fundaciones y primeras ciudades en crónicas de la Conquista de México”52

BRYAN GREEN

“La frontera misionera novohispana a través de las *vidas y virtudes*”64

Reseñas77

O. Estrada (2009). *La imaginación novelesca. Bernal Díaz entre géneros y épocas*, Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 207 pp. (*Nuevos Hispanismos*: 7) [JIMENA RODRÍGUEZ]

M. Beuchot y F. Arenas-Dolz (2008). *Hermenéutica de la encrucijada. Analogía, retórica y filosofía*, Barcelona: Anthropos, 460 pp. [ALEJANDRA BALDUVÍN]

H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (compiladores) (2004). *La palabra florida. La tradición retórica indígena y novohispana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 286 pp. (*Bitácora de Retórica*; 9) [SARA TOVAR]

DOSSIER

CRÓNICAS DEL NUEVO MUNDO: SIGLOS XVI-XVIII NUEVAS APROXIMACIONES TEÓRICAS

PRESENTACIÓN

Jimena N. Rodríguez
editora invitada
*Centro de Estudios Coloniales
Iberoamericanos
University of California Los Angeles*

Todo texto que trate la incursión española en las culturas prehispánicas en América, escrito entre finales de los siglos XVI y XVIII suele ser clasificado como “crónica de Indias”. En esta denominación hemos encontrado la seguridad de un consenso aparente para designar un monumental y heterogéneo corpus que se ha visto afectado por distintos intentos de organización. Desde las ordenaciones pioneras (Esteve Barba, Valcárcel Martínez, Mignolo, Lienhard) hasta las más actuales (López de Mariscal, Elena Altuna), todas han propuesto ordenes diversos que establecen categorías, continuidades, centralidades y periferias.¹ El presente número de *Espaciotiempo. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades* es un acercamiento a un conjunto de nuevas aproximaciones teóricas y críticas, cuya perspectiva multidisciplinaria da cuenta del cruce de distintas tradiciones que confluyen en la literatura colonial.

¹ Véase nuestro trabajo “¿Crónicas, historias, relatos de viaje? Acerca de los nuevos estudios coloniales latinoamericanos” (Valeria Añón y Jimena Rodríguez, 2009, <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/congresos/viicitclot/actas-del-vii-congreso-internacional-orbis-tertius-1/index.html>).

Los trabajos que componen este número rompen con las relaciones fijas entre los espacios geográficos, la historia y la literatura, y prueban que las crónicas del mundo americano son una encrucijada de textos que permite introducir la problemática teórica de la representación como hecho discursivo y social. Sumándonos a los estudios coloniales que enfatizan el cruce de tradiciones discursivas, nuestro número examina, principalmente, el cruce entre crónica y literatura de viajes. Conforme a la idea de una tradición que influye organizativa, temática y retóricamente en la escritura de las crónicas, las colaboraciones de este número adoptan una perspectiva que trata de averiguar qué dimensión del mundo construye el viaje en los textos, cuáles son los elementos que lo generan y cómo se configura y presenta lo distinto.

Desde esta perspectiva las crónicas son también los textos de ese conjunto de expedicionarios, soldados, misioneros, navegantes y caminantes por un mundo otro; textos que reconstruyen un itinerario y narran un desplazamiento por un Mundo

que es Nuevo sólo para quienes llegan y desconocido para quienes están en el Viejo. Algunas de ellas tienen en común la particularidad de estar narradas por los protagonistas de las primeras exploraciones europeas en territorios americanos, narradores-viajeros que codifican su información en el relato de un viaje, nombrando los lugares y describiéndolos conforme a un desplazamiento espacial (derrotero) y temporal (cronología). De esta manera, a medida que el narrador avanza en su relación, el viajero avanza en su recorrido y el lector, de la mano de ambos, viaja. Según Ottmar Ette este procedimiento construye una literatura “que permite el movimiento”, pero también una “literatura en movimiento”: relatos articulados en el tránsito y el entendimiento del espacio en relación con el mundo propio y con la invención del mundo americano.

En esta línea destacan las tres primeras colaboraciones agrupadas bajo el título “Crónica y viajes”. María Jesús Benítez presenta las Relaciones de Fray Gaspar de Carvajal y Toribio de Ortiguera profundizando en el vínculo espacio-cuerpo-escritura. Su análisis del viaje de Francisco de Orellana por el río Amazonas particulariza las marcas propias del relato de viajes por el Nuevo Mundo, entre las que destacan la presencia de mitos, la violencia, el asombro y la decepción. Manuel Pérez, por su parte, presenta un trabajo sobre el viajero aragonés Pedro Porter Casanate, uno de los exploradores españoles menos estudiados. De las muchas cosas que podrían resaltarse del trabajo me interesa la caracterización de Porter como un tipo de viajero humanista, hombre de armas y letras, figura crucial donde converge una nueva forma de saber. Por último, el trabajo de mi autoría es parte de una línea de investigación mayor,² en

² Investigación que desarrollo en el Centro de Estudios Coloniales Iberoamericanos (CECI) de la Universidad de California Los Angeles (UCLA) gracias al apoyo de UC-Mexus-Conacyt (The University of California Institute for Mexico and the United States- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología).

donde estudio la representación del espacio americano en el discurso de los viajeros europeos, investigación que tiene como propósito deslindar las diferencias entre el discurso de los caminantes y el discurso de los navegantes en la Nueva España y sus confines (siglos XVI y XVII). Basándome en un corpus de diarios de navegación a las costas de California caracterizo aquí la figura del navegante, un viajero-dibujante en constante movimiento que delinea los contornos del continente desde su nao y construye su paulatina visibilidad desde y para la perspectiva europea.

El segundo grupo de colaboraciones, agrupadas bajo el título “Crónica, historia y retórica”, incluye trabajos que indagan la naturaleza discursiva de las crónicas desde distintos puntos de vista. Hugo Hernán Ramírez presenta el análisis de un texto poco estudiado –la Recopilación historial de Fray Pedro de Aguado–, llenando así un vacío en el campo de estudios coloniales. Como advierte Ramírez, para aquellas manifestaciones del periodo colonial que no encuentran su lugar en los ordenamientos propuestos por la crítica, la perspectiva de las tradiciones discursivas se vuelve una herramienta productiva en términos analíticos. En este sentido, su artículo explora las relaciones discursivas de la Recopilación de Aguado con “la historia de ciudades” y con los “cuestionarios de Indias”, pero también su lejanía de la historiografía eclesiástica misionera. Valeria Añón se suma al tema focalizando su análisis tanto en las ciudades indígenas a las que arriban los españoles en su derrotero a Tenochtitlán, como en la fundación de las primeras ciudades españolas en América. El espacio textual urbano tejido en los relatos de la Conquista es en su estudio una trama simbólica que permite dar cuenta de los aprendizajes del otro y del cronista, un espacio donde se juegan las tensiones del yo. Por último, Bryan Green llama la atención sobre la pertinencia de la tradición

hagiográfica en tanto trama constitutiva de la producción discursiva de la frontera jesuita. Alejándose de una clave teleológica y entendiendo las *Vidas y virtudes* no como crónicas-hazañas de misioneros-pioneros, sino como artefactos literario-ideológicos del discurso colonialista, Green analiza la imposición y reproducción del sistema colonial en la frontera misionera y el rol de los jesuitas en la expansión imperial ibérica.

Para cerrar la presentación del presente número de *Espaciotiempo* insistimos en las nuevas aproximaciones teóricas, aquellas que ponen de manifiesto las productivas

relaciones entre las crónicas y los relatos de viajes, los diarios de navegación, las novelas de caballería, los discursos jurídicos-administrativos, las hagiografías, las historias de ciudades y sus fundaciones, y tantos otros textos que afectan, prestan motivos y establecen correspondencias discursivas entre mundos textuales aparentemente alejados. Todos estos y tantos otros son los textos posibles en las crónicas.

§§§



Galeón español (s. XVI)
atribuido a Alberto
Durero

DESCUBRIENDO SECRETOS: LAS RELACIONES DE VIAJE DE FRAY GASPAR DE CARVAJAL Y TORIBIO DE ORTIGUERA (SIGLO XVI)

María Jesús Benites

Universidad Nacional de Tucumán -
CONICET, Argentina

Resumen

En 1539 Gonzalo, el menor de los hermanos Pizarro y en ese momento uno de los hombres más ricos del Nuevo Mundo, llegó a Quito con el objetivo inicial de descubrir el llamado País de la Canela. En este trabajo me acerco a dos escrituras que refieren, tanto de manera directa como diferida, el viaje de descubrimiento encabezado por Francisco de Orellana. El primer texto que analizo, la *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*, fue escrita por fray Gaspar de Carvajal, de la orden de Santo Domingo quien acompañó, entre enero y septiembre de 1542 al Capitán en su periplo por el Río. El segundo es *Jornada del Río Marañón* de Toribio de Ortiguera firmada en el Nuevo Mundo entre 1581 y 1586 mientras ejercía el cargo de alcalde de la ciudad de Quito.

Palabras clave: América del Sur, Fray Gaspar de Carvajal, Toribio de Ortiguera, siglo XVI.

Abstract

In 1539, Gonzalo, the youngest of the Pizarro Brothers—and at that time one of the wealthiest men of the New World—arrived at Quito with the initial goal of discovering the so-called Land of Cinnamon. In this study I will examine two writings that narrate—in direct but differing ways—this expedition, lead by Francisco de Orellana. The first text was written by fray Gaspar de Carvajal of the Dominican order, who joined that captain on his journey along El Río. The second writing is the *Jornada del Río Marañón*, by Toribio de Ortiguera, who signed it in the New World somewhen between 1581 and 1586, while serving as the mayor of the city of Quito.

Keywords: South America, Fray Gaspar de Carvajal, Toribio de Ortiguera, 16th Century.

Artículo recibido: 18.11.2009

Artículo aceptado: 05.06.2010

INTRODUCCIÓN

En 1539 Gonzalo, el menor de los hermanos Pizarro y en ese momento uno de los hombres más ricos del Nuevo Mundo, llegó a Quito con el objetivo inicial de descubrir el llamado País de la Canela. Preso de una febril ambición sumó otro móvil a su empresa: el descubrimiento y exploración de un reino rico en oro, plata y piedras preciosas. La leyenda original de una laguna (la de Guatavita), en cuyo lecho

yacía una cantidad inconmensurable de oro generó unos de los mitos más persistentes y trágicos del proceso de conquista y colonización: El Dorado.¹

¹ Este trabajo forma parte de un proyecto mayor denominado: “Escrituras imperiales de los confines: viajeros del siglo XVI (Río Amazonas)” y cuyo objetivo general es construir y analizar críticamente un corpus de textos que refieren, durante el siglo XVI, la expedición de Francisco de Orellana por el Río Amazonas. Esta investigación se desarrolla en el Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (UNT) bajo la dirección

Los expedicionarios, a los que se sumaría el grupo encabezado por el extremeño Francisco de Orellana, caminaron durante meses hasta llegar a la confluencia de los ríos Coca y Napo, con los bastimentos prácticamente agotados y pesando sobre ellos la desilusión: el soñado país de la canela no era más que un grupo de árboles dispersos en una superficie inexpugnable. Ante el estado crítico de la tropa, Pizarro ordenó la construcción de un bergantín² con la finalidad de navegar río abajo en busca provisiones. Orellana, designado Capitán de la expedición, tenía un plazo de doce días para retornar con bastimentos, pero jamás volvió y las contingencias históricas sumaron a Pizarro una nueva decepción: el descubrimiento que sí aguardaba a Orellana y sus hombres sería el de uno de los ríos más torrentosos y extensos del planeta y el de una selva cuya misteriosa impenetrabilidad haría resurgir la ilusión de riquezas.

En este trabajo recorro dos textos que refieren, el uno de manera directa y el otro de manera diferida, episodios centrales del viaje de descubrimiento encabezado por Francisco de Orellana. Propongo una lectura atravesada por una preocupación central: la categoría de “relato de viaje”. En artículos anteriores he planteado el vínculo espacio-cuerpo-escritura como dominante³

de la Dra. Carmen Perilli y es la segunda etapa de un proyecto en el que analicé un corpus integrado por los viajeros que recorrieron durante el Siglo XVI el Estrecho de Magallanes (Antonio Pigafetta, Juan de Ladrillero Ladrillero Gregorio de las Alas, Diego de la Ribera Tomé Hernández). Esta línea de investigación la inicié con mi tesis de doctorado en Letras (2003) sobre la escritura del navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, quien intentó colonizar el Estrecho de Magallanes en 1584.

² Como los bergantines eran las embarcaciones más pequeñas se caracterizaban por su rápida y no muy complicada construcción. Esto posibilitaba que llegaran al Nuevo Mundo desarmados en los depósitos de naves de mayor porte.

³ He advertido que el espacio geográfico se constituye en una dimensión determinante tanto en un sentido racional como en uno emocional puesto que las distancias que se recorren se llenan de significaciones para quien que las atraviesa físicamente como para aquél que, desde la distancia y a través de la lectura, las transita con la mente. El corpus trabajado es el que se menciona en la primera nota.

en estas producciones. En el acercamiento a la *Relación* de Fray Carvajal y a la *Jornada* de Toribio de Ortiguera, me detengo en las motivaciones de la escritura, en los matices que revela la operación selectiva de los episodios y, de modo particular, en los elementos textuales que afilian ambas escrituras a la categoría señalada.

RELACION DEL NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL FAMOSO RÍO GRANDE QUE DESCUBRIÓ POR MUY GRAN VENTURA EL CAPITÁN FRANCISCO DE ORELLANA

“...el que hubiese de bajar a la tierra de estas mujeres había de ir de muchacho y volver viejo”.

Fray Gaspar de Carvajal

El primer texto que analizo es la *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*,⁴ fue escrita por fray Gaspar de Carvajal, de la orden de Santo Domingo, quien acompañó entre enero y septiembre de 1542 al Capitán en su periplo por el Río.

El texto de Carvajal es el único testimonio directo del viaje; no obstante permaneció inédito hasta 1894, año en que José Toribio Medina lo incorporó a su *Descubrimiento del Río de las Amazonas*.⁵ Una primera versión

⁴ “Relación que escribió fray Gaspar de Carvajal, fraile de la orden de Santo Domingo Guzmán, del nuevo descubrimiento del famoso río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana desde su nacimiento hasta salir a la mar, con cincuenta y siete hombres que trajo consigo y se echó a su aventura por el dicho río, y por el nombre del Capitán que le descubrió se llamo el río de Orellana”. Se han consultado tres ediciones de la Relación que se detallan en la bibliografía. Las citas han sido extraídas de la edición de Juan Bueno Medina de 1942. Gaspar de Carvajal nació en Trujillo, Extremadura hacia 1504. En 1535 acompañó a Fray Vicente Valverde en su segundo viaje al Perú. En noviembre de 1538 Carvajal figuraba entre los fundadores de la orden Dominicana en el Perú de la que fue Provincial y Prior del Convento de Lima.

⁵ El manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, desde el año 1961 en que fuera donado por el Duque de T'Serclaes de Tilly. Toribio de Medina se basó en el manuscrito que le facilitó la familia del Duque. En la Sala “Toribio Medina”

es transcripta, con algunas modificaciones y agregados, en la *Historia General y Natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano* de Gonzalo Fernández de Oviedo (inérita hasta 1851). Aunque el fraile no revela en su escritura una erudita formación humanística ni científica,⁶ su presencia “como testigo de vista y hombre a quien dios quiso dar parte en un tan nuevo y nunca visto descubrimiento” (Carvajal, 1942, p. 2) es fundamental ante el silencio del resto de los miembros de la empresa. Ninguno de los otros expedicionarios dejó un testimonio directo ni solicitó a su regreso compensaciones materiales en las tan frecuentes relaciones de servicios.⁷ El silencio de los sobrevivientes y las acusaciones de traición que Pizarro esgrimió contra Orellana y sus compañeros, transforman el escrito del fraile en un valioso documento.⁸

Si bien me centro en un texto surgido en el marco del proceso de exploración y colonización del Nuevo Mundo, el de Carvajal se aparta de los límites institucionales

de la Biblioteca Nacional de Chile he consultado el ejemplar N° 79 del *Descubrimiento del Río de las Amazonas según la relación hasta ahora inédita* preparada por Toribio Medina y publicada en Sevilla. Existe además una edición, también consultada para este trabajo, que corresponde al volumen I de la denominada *Biblioteca Amazonas* publicación dirigida por Raúl Reyes y Reyes y publicada en Quito.

⁶ En otros relatos de viajes analizados (Antonio de Pigafetta, Juan de Ladrillero, Sarmiento de Gamboa) los expedicionarios revelan un afán de conocimiento traducido en la recopilación de datos topográficos, en la incorporación de términos indígenas, en el trazado y descripción de las costas, etc.

⁷ Existe una probanza de méritos ante la justicia de la Isla Margarita realizada por Cristóbal de Segovia. La misma está fechada en octubre de 1542. Transcripta en *Biblioteca Amazonas*, Vol. I, pp. 164-180.

⁸ El retorno de Pizarro fue penosísimo. Los poco más de ochenta sobrevivientes llegaron a Quito en junio de 1542. Habían pasado casi dos años desde la partida esperanzada en busca del oro y la canela. En una carta dirigida al Rey Pizarro califica a Orellana de “ido y alzado” y refiere que “se fue por el río sin dejar ningún proveimiento, dejando tan solamente las señales y cortaduras de cómo habían saltado en tierra y estado en las juntas y en otras partes, sin haber parecido ni nueva de él fasta ahora, usando con todo el real de la mayor crueldad que infieles ningunos usaran, viéndole quedar tan desproveído de comida como metido en tan gran despoblado y entre tan grandes ríos”. En Toribio de Medina, p. 149.

que imponían las denominadas “instrucciones reales” y los cuestionarios.⁹ Recordemos los denodados esfuerzos de la Corona Española por sistematizar y dirigir, durante el Siglo XVI, la mirada imperial de los viajeros y conquistadores.

La *Relación* del fraile es más que un mero pedido de informes y no hay constancia de una obligatoriedad pre-existente que dé origen a la escritura. El narrador, desde una afirmada primera persona, opta por un “tú” indefinido al que refiere e informa

⁹ La “Instrucción y Memoria” de cincuenta preguntas redactada por López de Velasco en 1574 es un claro ejemplo de ello ya que brinda un patrón adecuado y eficaz de observación que presupone como gesto determinante la escritura. Para reconocer las distintas etapas de sistematización en los textos que informan sobre los diversos aspectos geográficos y naturales del Nuevo Mundo resulta insoslayable el estudio introductorio de *Relaciones Geográficas de Indias* de Marcos Jiménez de la Espada (1881). Estos pueden delimitarse en tres periodos. El primero es entre 1530 y 1540 en el que se inicia el pedido regular de informes, de palabra o mediante memorial, a quienes se presentaban ante el Consejo. En esta década es importante mencionar una cédula real de siete asientos, firmada el 8 de marzo de 1533 en Zaragoza por la Reina y el secretario real. Esta cédula aporta un principio organizador y descriptivo ya que representa la instancia en que las relaciones geográficas se convierten en una información con características específicas. Le sigue el periodo de los “modelos teóricos” de la década de 1550. Uno es un memorial de Juan Páez de Castro de 1555 en el que aconseja ordenar información en relaciones siguiendo el método de la encuesta directa y los datos numéricos; el otro es un memorial de Alonso de Santa Cruz (1556-57). El último periodo se inicia en la década de 1560 y tiene como eje la reforma llevada adelante por Juan Ovando y Godoy, quien sistemáticamente recaba información a oidores, oficiales reales, religiosos para delinear las encuestas formales. Pero además existen las llamadas “Instrucciones Reales” o simplemente Instrucciones que circulan desde la llegada de Colón a las Indias y no necesariamente exigen un resultado escrito; su fundamento es señalar los pasos que seguirán los conquistadores en el proceso efectivo de ocupación territorial y sus *asientos* se estructuran de acuerdo al tipo de travesía que se emprende y por ello abarcan acciones disímiles como ordenar, poblar, nombrar, fundar, prohibir, castigar, matar. Ambas formas conviven en los marcos institucionales. En trabajos anteriores (2004) establecí que durante el siglo XVI se produce un entrecruzamiento entre los modelos retóricos que impone la “Instrucción y Memoria” para sus “relaciones geográficas” y la “relación” de un viaje. Esta última no siempre surge de un mandato de escritura, en ocasiones el universo textual se conforma a partir de acontecimientos que la apartan del acto obligatorio de responder.

las peripecias de la travesía. Los elementos textuales dominantes permiten adscribir el texto a la categoría de “relato de viaje”. En esta definición tipológica confluyen, tanto el tono informativo destinado a un posible marco oficial de circulación, como el contexto particular en que se produce: una empresa exploradora, referida desde la experiencia directa del narrador a través de un territorio ignoto, y a bordo de un precario navío. La escritura está determinada cronológicamente por un itinerario improvisado que se va trazando en la medida en que el bergantín se desliza por el río.¹⁰

En esta escritura sin “pre-textos”, la operación discursiva predominante es la narración del discurrir en un entorno geográfico, amenazante y opresivo que termina dominando el relato. El narrador se vincula emocionalmente con el espacio y esa vivencia está mediatizada por el asombro y el temor ante lo desconocido. El fraile reconstruye los hechos y recupera los peligros que emanan de la costa desde un punto físico concreto: el barco.

A diferencia de aquellos que sólo recorren el espacio caminando, aquel que navega establece con la nave una proyección de sí mismo. Como caminante el explorador puede recorrer territorios extensos sin compañía, con un medio propio, el cuerpo. El barco adquiere tal importancia dentro del relato que los segmentos narrativos giran alrededor de su construcción, arreglo o deterioro: “Adobose también el barco

pequeño, porque venía ya podrido” (p. 14). De manera simultánea Carvajal refiere el padecimiento físico en un entorno invariablemente hostil y la desintegración de la nave. Las embarcaciones y los cuerpos patentizan de manera contundente el sufrimiento y el esfuerzo, la vulnerabilidad e indefensión en un medio adverso: los indios son belicosos; los mosquitos que “eran tantos que no nos podíamos valer de día ni de noche” (p.15); la comida escasea así “que nos será necesario comer nuestro acostumbrado manjar, que era hierbas y de cuando en cuando un poco de maíz tostado” (p.15); la pólvora se humedece, etc.

Un episodio central del relato es el detalle de cómo en esa selva frondosa los hombres se transforman en artesanos solidarios y creativos para levantar una segunda embarcación que aligere la carga de la primera construida junto con los hombres de Pizarro.

Mandó a juntar a todos sus compañeros y les dijo que pues había allí buen aparejo y voluntad en los indios, que sería bien hacer un bergantín y así se puso por obra (...) y luego el Capitán mandó repartir por todos los compañeros que cada uno trajese una cuaderna y dos estamenas. Y a otros que trajesen la quilla, y a otros las rodas, y a otros que aserrasen tablas, de manera que todos tenían bien en que se ocupar (...). *Era cosa maravillosa de ver con cuánta alegría trabajaban nuestros compañeros* (p. 12, las cursivas son mías).

Pero además, desde el barco, Carvajal adquiere una visión panorámica de las orillas y del curso de las aguas. La suya es una mirada distante que acrecienta el estado de incertidumbre: los bordes son misteriosos y los indígenas si no permanecen ocultos se acercan en canoas. Siempre desde la proa Orellana negocia alimentos y descanso, entrega los rescates y recibe obsequios que revitalizan la imaginación y la avidez de fortuna: “Y venían con sus joyas y patenas de oro, y jamás el Capitán consintió tomar nada, ni

¹⁰ En tal sentido es necesario considerar que cuando hablamos de “relato de viajes” en el Nuevo Mundo durante el siglo XVI no podemos eludir la tradición medieval. Son diversos los aspectos formales coincidentes: los relatos de viaje del medioevo se articulan sobre el trazado y recorrido de un itinerario al que se superpone un orden cronológico. Éste da cuenta del desarrollo del periplo; las descripciones de las ciudades son elementos nucleares del relato y son frecuentes las digresiones referidas a la *mirabilia*. De estos parámetros parte la definición de Miguel Ángel Pérez Priego (1984) en “Estudio literario de los libros de viajes medievales”. Epos, I. pp. 217-239. En su meduloso libro Sofía Carrizo Rueda (1997) acentúa como central el vínculo narración – descripción en la escritura del viajero medieval.

aun solamente mirarlo, porque los indios no entendiesen que lo teníamos en algo, y mientras más en esto nos descuidábamos, más oro se echaban a cuestras” (p. 3).

El barco, espacio limitado y limitante donde se conjugan vivencias, colectiviza la experiencia del viaje porque además se transforma en el único espacio seguro de cobijo que tienen los españoles ante los recurrentes ataques, no sólo de los indios sino también del entorno. Se piensa y termina por transformarse en la mente de los viajeros en un albergue, en el refugio que brinda la protección necesaria ante la adversidad: “Y el capitán quedaba a guardar los bergantines, los cuales eran es este viaje todo nuestro bien y amparo después de Dios, porque los indios no deseaban otra cosa sino quitarnoslos” (p. 14). Pero es en el barco donde también se colectiviza el “espanto”, término reiterado por el fraile y componente básico del vínculo emocional que se establece con el espacio.

Una imagen metonímica comprime la idea de proyección entre el viajero y el barco: “Acabado de adobar el bergantín y clavos, para adobar el grande partimos de este asiento y fuimos caminando y buscando aparejo o plata para lo sacar y adobar de lo necesario (...) y se les hizo sus jarcias de yerbas y cabos para la mar, y en velas de las mantas en que dormíamos, y se les pusieron sus mástiles” (p. 42). Esta imagen de la embarcación reconstruida con restos condensa el estado de estropicio al que se ve reducida la empresa.

La selva casi inexpugnable provoca diversas sensaciones y despierta los sentidos del navegante. De todos, el más destacado es el de la audición. Al barco llegan los sonidos de las costas, tanto de día como de noche, y de acuerdo con las circunstancias adquieren dimensiones atemorizantes. El ruido de los tambores, por ejemplo acompaña la travesía y, en

relación al contexto, sufre un movimiento inverso en la percepción de los viajeros: primero es signo seguro de algún poblado y, por ende, comida; luego, cuando la hostilidad de los indígenas es ostensible, es percibido como peligro inminente. Los tambores anuncian, a modo de serie: la presencia de indios, de comida, de posibles tesoros, pero también de muerte.

El desplazamiento a bordo de un navío permite apreciar la turbulencia de las aguas. Al no encontrar similitudes en el paisaje Carvajal lo silencia a tal punto que en su descripción de una naturaleza exuberante ni una sola vez se utiliza la palabra “verde” o sus derivados. Las dimensiones del río acrecientan la desorientación y el religioso, en reiteradas oportunidades, alude a la posibilidad de que los expedicionarios de Orellana estén perdidos, a no encontrar una salida. Su relato sobre este referente desconocido y nunca antes transitado por españoles, se focaliza en el sufrimiento y las carencias: “Porque nosotros no teníamos piloto, ni aguja, ni carta ninguna de navegar y ni sabíamos por que parte o a qué cabo habíamos de llegar” (p. 43). Es que la impetuosidad de las corrientes que confluyen en el curso principal los atrapa y la vegetación los rodea, desorientándolos. Por esto, la embarcación es un instrumento vital, único medio para alcanzar la salida marítima. El río y la selva se transforman en una prisión, como metaforiza el propio Carvajal al final del texto: “Salimos de esta cárcel” (p. 44).

Gaspar de Carvajal escribe porque necesita brindar su versión de los sucesos en el marco de una empresa conflictiva. Su credibilidad se sustenta en ser testigo de vista. Su escritura se inclina hacia lo narrativo, dosificando temporalmente el fluir de la navegación hasta alcanzar el punto culminante del relato, al que se llega tras progresivos anuncios: el encuentro con las mujeres guerreras, las noticias y detalles

que sobre ellas les brindan los indígenas y las posibles riquezas que ocultan:

Han de saber que ellos [los indios] son sujetos y tributarios de las amazonas, y sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que estas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios como capitanas y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos, y esta es la causa por donde los indios se defendían tanto. Estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen muy largo cabellos y entrenzado y revuelto a la cabeza y son muy membrudas y andan desnudas en cueros tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios; y en verdad hubo mujeres de éstas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otra que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín (pp. 31-32).

Este hallazgo justifica una tarea escrituraria que contribuya a disipar las sospechas de traición. Es por esto que el fraile insiste, con tenaz convencimiento, sobre la veracidad de lo narrado: “El suceso de nuestro camino y navegación, así para decirla y notificar la verdad en todo ello como para quitar ocasiones a muchas que quieran contar ésta, nuestra peregrinación, o al revéces de cómo los hemos pasado y visto, y es verdad todo lo que yo he escrito y contado” (p. 44).

LA JORNADA DEL RÍO MARAÑÓN

“Pareció a Gonzalo Pizarro que sería bien hacer un bergantín para que mejor y más fácilmente se pudiese descubrir los secretos de este río...”

Toribio de Ortiguera

Si bien la *Relación* del fraile es editada a fines del siglo XIX, las noticias asombrosas repercutieron de manera casi inmediata

tanto en el Nuevo como el Viejo Mundo.¹¹

El texto de Carvajal se transforma en matriz de nuevos textos. Es el caso de la *Jornada del Río Marañón* de Toribio de Ortiguera escrita en el Nuevo Mundo entre 1581 y 1586 mientras ejercía el cargo de alcalde de la ciudad de Quito. El texto tiene un destinatario concreto: Felipe III, para quien se emprende la tarea de escritura.¹² Dada la asimetría que lo separa de su interlocutor, el narrador se presenta afirmando que en 1561 estuvo en Nombre de Dios al servicio de Felipe II, que combatió contra Lope de Aguirre y que en 1562 pasó a Panamá y luchó para sofocar la rebelión de Rodrigo Méndez y de Francisco de Santisteban. Todos servicios que confirman un alto grado de lealtad y vasallaje hacia las investiduras imperiales. Pero existe un segundo destinatario, un “discreto lector” a quien promete un texto recurrente en “crueldades, pasiones y casos de mucha lástima y compasión, y todo entre españoles, los unos contra los otros” (Ortiguera, 1981, p. 33), en directa alusión al desafortunado viaje por el río de Pedro Ursúa y Lope de Aguirre, para quien no escatima los calificativos, algunos contradictorios, de “Ira de Dios” o “Príncipe de la libertad”.

Llama la atención el término “jornada”¹³, que pareciera adscribir el texto a la abarcadora categoría de Relaciones. Pero hay un detalle que no creo menor en este caso ya que el término jornada no sólo alude a la marcha que se puede hacer

¹¹ Ejemplo de esto son los numerosos viajes que se organizaron tras el retorno de Orellana y sus hombres. El propio Orellana luego de intensas negociaciones en busca de financiamiento, arriba nuevamente a la desembocadura del Río en diciembre de 1545. Las penurias del viaje, referidas por los sobrevivientes, no difieren de la expedición anterior, lo que se acentúa es la obsesión del Capitán por encontrar el brazo principal. Es en ese río, que nunca llevará su nombre, donde muere en noviembre de 1546, víctima de un enfrentamiento con los indígenas.

¹² La obra de Toribio de Ortiguera, fue editada por Manuel Serrano y Sanz *Historiadores de Indias*, tomo II.

¹³ Por ejemplo, ninguno de los textos compilados por Giovanni Battista Ramusio en su colección *Navigazioni e viaggi* (1556) es designado bajo este término.

en un día o como sinónimo de todo un camino o viaje realizado. Existe también un uso literario de la palabra que no deja de ser sugerente, y es el de las divisiones que se hacían en las comedias españolas “que por lo regular es en primera, segunda y tercera jornada y corresponde a los actos en que se dividían” (*Diccionario de Autoridades*). Aunque quizás sólo se trate de una casualidad nominal, lo interesante es que el propio Ortiguera propone su texto como una “degustación”: “y si mi torpe lengua y manera de proceder en esta pequeña obra no diere tanto sabor como yo deseo, recíbese la voluntad como de quien la ha deseado guisar al gusto y paladar de todos” (p. 34). Este tipo de afirmaciones, que ponen énfasis en la recepción de la obra y en la simpatía con el lector apartan aún más al texto del conjunto de escritos oficiales del campo de lo estrictamente historiográfico.

Si bien el libro tiene como finalidad central referir la empresa guiada por Ursúa, la estructuración espacio-temporal de la “obra” relata los hechos de manera alternada, con saltos temporales que llevan al receptor a diversos escenarios y situaciones. En un capítulo se refieren los datos biográficos de Pedro de Ursúa o se brindan detalles de su expedición (1561), en otros se comenta el viaje de Gonzalo Pizarro y la travesía de Orellana (1542); además se superponen referencias constantes al presente de la escritura: “Siguiendo Gonzalo Pizarro su jornada, después de haber caminado algunos días llegó al pueblo de Zumaco, donde hoy está fundado en servicio de Su Majestad la ciudad de Ávila” (p. 424).

Estas estrategias revelan que para el autor el acto de escribir se traduce en un oficio. El narrador ahonda en los antecedentes de los viajes por el río Amazonas y rescata en primer término el encabezado por Pizarro y el descubrimiento y la navegación hacia el mar que concreta Orellana. Allí es explícito el vínculo textual con el testimonio de Carvajal. En el capítulo XIV aunque introduce la primera expedición: “Antes de que pasemos adelante será bien decir a que

fin y efecto y por dónde bajó este capitán Francisco de Orellana”, lo hace como excusa textual para describir la ciudad de Quito y desplegar toda su destreza en el manejo del lenguaje y los recursos retóricos. La lectura del desplazamiento espacial de los viajeros que acompañan a Orellana se inicia con un derrotero ciudadano por Quito. En el detalle de los avances urbanísticos da cuenta, de modo oblicuo, del cumplimiento de sus funciones como Alcalde. El recorrido que ofrece al destinatario no se aleja de los términos con los cuales un absorto Bernal Díaz presentaba Tenochtitlan. La descripción rica en matices no escatima adjetivaciones que reconstruyen el espacio para un lector distante:

Hay en esta ciudad una iglesia catedral, lindo templo de cal y canto y ladrillo, de tres naves; toda la techumbre de madera de cedro, enlazada con grande artificio; una capilla mayor de bóveda, y una torre de campanas muy alta y buena, de cal y canto y ladrillo, la más suntuosa y autorizada de cuantas hay en el Perú; un convento de San Francisco con uno de los mejores templos del reino, y gran claustro, y otro algo menor, todo de cal y canto y ladrillo, con la techumbre de la iglesia de cedro, enlazada como la de la iglesia mayor. Ricas portadas de cantería y lindos y adornados retablos y muchas capillas de caballeros vecinos y conquistadores de aquella tierra, dorados los artesones de la capilla mayor y coro, con las sillas de él de cedro, muy pulidas y curiosas, con un recibimiento y plaza de gran majestad; una casa y claustros de grande autoridad, con jardines, huertos y fuentes que le dan mucho lustre; que en España, en pueblos muy principales se tuviera por escogida obra, de buena, con mucha anchura (p. 57).

Este ejemplo, uno entre muchos, permite afirmar que lo descriptivo es una operación central en la escritura del funcionario. Al ser el suyo un relato diferido, el narrador es ajeno a la vivencia directa con el espacio, no hay mediaciones emocionales que lo vinculen con la geografía, y así el texto se expande hacia el detalle plástico.

Si en Carvajal el lazo con el espacio estaba determinado por el miedo, aquí el entorno despierta la admiración y la pluma recurre en imágenes de alto impacto para el lector. La presencia de la *mirabilia*, propia de los relatos de viajes del medioevo, se funde con la descripción de lo sorprendente. La recurrencia descriptiva refuerza la adscripción del texto a esa categoría. En su impecable estudio sobre las relaciones de viaje al Nuevo Mundo, Blanca López Mariscal (2004) destaca a la descripción como elemento predominante para caracterizar al género puesto que lo descriptivo revela lugares ignotos; es el gesto textual que cubre el horizonte de expectativas del receptor.

Ortiguera detalla determinados aspectos que rescata de un conjunto; los sucesos cronológicos decaen en trascendencia frente a la referencia maravillada de la nueva realidad:

Hallóse entre ellos una loza con que se sirven, muy delgada y lisa, vidriada y matizada de colores al modo de la que se hace en la China; es tierra de mucho algodón, con que calafatearon el bergantín, y en lugar de brea les dieron los indios un betún llamado mene, que vuelto con grasa de pescado fue suficiente para que estuviera bueno y estanco. Había mucha cantidad de maíz, yucas bravas y dulces, batatas e ñames, frisoles y maní; muchos pimientos y calabazas y gran cantidad de frutos, de lo cual es abundantísima; muchas pavas y patos y pavies con que se sustentaban y tomaban abundantemente (1981, p. 62).

La progresión del hilo narrativo está sostenida, en tanto, por las secuencias donde Ortiguera acentúa el peligro que asedia a los viajeros: “Después de embarcados, los cercaron en el río más de cuatrocientas canoas y piraguas que les daban gran batería por una banda y otra, y como se viesan tan perdidos, ataron juntos los bergantines porque no les pudiesen entrar en medio” (p. 63). Sin embargo, hay una inexplicable omisión en el texto: el encuentro y enfrentamiento con las

amazonas, suceso que despertó la codicia de numerosos aventureros y al cual aluden otros cronistas de prestigio como Gonzalo Fernández de Oviedo. Ese encuentro con un otro distinto, que marca una ruptura entre lo conocido y lo nuevo, no ingresa al discurso. Ortiguera clausura ese segmento narrativo eludiendo el relato fundante del mito en una clara operación de racionalización y objetividad. En tal sentido su *Jornada* expone un cambio de posición del sujeto frente al conocimiento, atisbo del proceso de consolidación científica que expondrán los relatos de viajeros durante el siglo XVII.

La provincia de la canela y el país del hombre dorado se transforman en el texto de Ortiguera en espacios generadores de violencia. Los prodigios están en la realidad de las ciudades, en el descubrimiento de una naturaleza benigna y encantadora, en las posibilidades expansión territorial que proyectan los numerosos afluentes.

El trabajo con el texto de Carvajal expone el predominio, a modo de conclusión, de lo narrativo. Sensaciones como el miedo ante lo desconocido, la incertidumbre que genera un recorrido incierto, la falta de condiciones apropiadas en un entorno hostil articulan un relato que entremezcla la descripción de las corrientes con el sufrimiento y el penoso vagabundeo; un tipo de escritura en que la experiencia del asombro ante lo nuevo es tan compartida como el barco, espacio físico donde la travesía se condensa en experiencia colectiva. El texto de Ortiguera al ser un relato diferido plantea nuevas inflexiones. La escritura revela el recorrido por el territorio pero el vínculo emocional surge de la admiración frente a determinados sucesos sorprendentes: la variedad de frutas, el tamaño de los peces, las vestimentas de los indígenas y otros datos obtenidos de manera indirecta que buscan captar la atención del lector.

El relato de Carvajal se adscribe a un

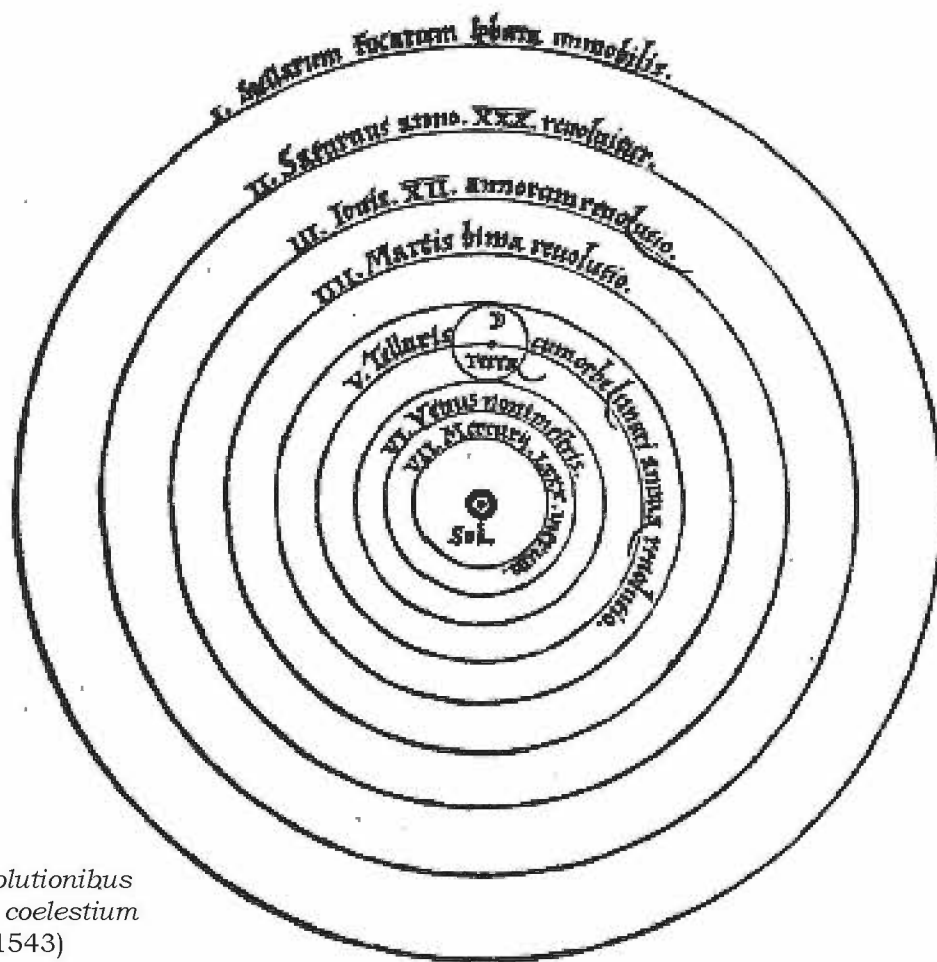
proceso de sistematización por medio del cual la escritura proyecta el afán de posesión territorial aún cuando las inclemencias de la naturaleza y las flaquezas humanas transformen la travesía en una experiencia temeraria. Ortiguera, ya en el momento de afianzamiento de las instituciones coloniales, ofrece el relato de las expediciones amazónicas con un fin aleccionador para “tomar buen ejemplo en cabezas ajenas, los que con buenos medios quisieron guardar las suyas, viendo el rigor, castigo y muertes que tuvieron todos o los más de los causadores de los alterados y bulliciosos pensamientos” (p. 34). Más allá de las distancias temporales y los diversos matices que he tratado de exponer, coinciden en la defensa de su relato como verídico y destacan, desde distintos posicionamientos, la magnitud de un río que supera la condición humana.

BIBLIOGRAFÍA

- Accurso, R. (2005). Las Amazonas de Fray Gaspar de Carvajal. *Aula de Letras. Humanidades y Enseñanza* [Revista Digital]. Disponible en: <http://www.auladeletras.net/revista/>
- Bachelard, G. (2006). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Benites, M. (2004). *Con la lanza y con la pluma. La escritura de Pedro Sarmiento de Gamboa*. Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos. Facultad de Filosofía y Letras. UNT.
- ____ (2008). Entre el asombro y el espanto: un acercamiento a la *Relación* de Fray Gaspar de Carvajal por el Río Grande de las Amazonas. *Telar. Revista del*
- Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional del Tucumán*, 6, 54-74.
- Carvajal, Gaspar de (s/d) [1541]. *Relación del Nuevo Descubrimiento de famoso Río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*. Quito: Biblioteca Amazonas – Volumen I. Publicación Raúl Reyes y Reyes. Transcripción de Fernández de Oviedo y Toribio Medina.
- ____ (1942) [1541]. *Descubrimiento del Río de las Amazonas*, Bogotá: Prensa de la Biblioteca Nacional. Edición a cargo de Juan Bueno Medina.
- ____ (1955). *Relación del Nuevo Descubrimiento del famoso Río Grande*. México: Fondo de cultura económica. Edición, introducción y notas de Jorge Hernández Millares [1541].
- Carrizo Rueda, S. (1997). *Poética del relato de viaje*. Kassel: Reichenberger.
- Friederici, G. (1986). *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gerbi, A. (1978). *Naturaleza de las Indias Nuevas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gil, J. (1989). *Mitos y utopías del descubrimiento*. Madrid: Alianza.
- Jos, E. (1943). Centenario del Amazonas. La expedición de Orellana y sus problemas históricos. *Revista de Indias*, IV (11), 479-526.
- ____ (1943). Centenario del Amazonas. La expedición de Orellana y sus problemas históricos (continuación). *Revista de Indias*, IV (13), 5- 42.

- Leonard, I. (1995). *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica.
- López de Mariscal, B. (2004). *Relatos y relaciones de viaje al Nuevo mundo en el siglo XVI*. Madrid: Polifemo.
- Ortiguera, Toribio de (1981) [1586]. *Jornada del Río Marañón*. En *Lope de Aguirre: Crónicas. 1559 – 1561* (pp. 32 – 175). Barcelona: Elena Mampel y Neus Escandell Tur.
- Pastor, B. (1983). *El discurso narrativo de la Conquista*. La Habana: Casa de las Américas.
- Rojas Mix, M. (1993): Los monstruos: ¿mitos de legitimación de la conquista? En A. Pizarro (Ed.), *América Latina: Palabra, Literatura e cultura* (pp. 123-150). Sao Paulo: Memorial.

SSS



Copérnico, *De revolutionibus orbium coelestium* (1543)

DOS RELACIONES DE VIAJE DE PEDRO PORTER CASANATE AL GOLFO DE CALIFORNIA

Manuel Pérez

*Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
México*

Resumen:

Pedro Porter Casanate es uno de los exploradores españoles menos estudiados, a pesar de su aporte en la delimitación de rutas y fronteras para la expansión marítima del comercio y la explotación de recursos en el noroeste novohispano, así como para la seguridad de las rutas comerciales a Oriente. Dejó también una considerable obra escrita compuesta de cartas y relaciones, e incluso un tratado de navegación impreso en Zaragoza en 1634, gracias a lo cual (y a su trato cercano con intelectuales de la época), se puede afirmar que fue también un hombre que resumió en su vida y en su obra la feliz convivencia de armas y letras que recomendaba el Humanismo.

Palabras clave: Porter Casanate, California, Relación de viaje, Nueva España.

Abstract:

Pedro Porter Casanate is one of the least-studied Spanish explorers, despite his contributions in defining routes and frontiers for the maritime expansion of commerce, in the exploitation of resources in the Northwest of New Spain, as well as in the protection of the trade routes to the East. He also left a considerable volume of written sources, such as letters and reports, and even a navigation manual, printed in Zaragoza in 1634. Because of this legacy (and because of his close interaction with intellectuals of that era), he can be seen as a man who succeeded in combining arms and literature—just as Humanism recommended.

Keywords: Porter Casanate, California, Travelogue, New Spain.

Artículo recibido: 18.11.2009

Artículo aceptado: 05.06.2010

En 1635 llega Pedro Porter por vez primera a la Nueva España e iniciaría la obstinada aventura de exploración del Golfo de California, territorio que ya había cobrado cierto prestigio mítico entre los exploradores y a la vez ciertas reservas para su exploración por parte de la Corona, que veía con cautela la posibilidad de encontrar eventualmente el famoso paso del norte y abrir con ello otra peligrosa puerta a los piratas. Con todo, Porter logró el apoyo del rey para continuar las exploraciones que había iniciado el mismo capitán Cortés un

siglo antes, y que se habían producido de un modo más bien esporádico y siempre problemático, de manera que, salvando innumerables obstáculos y enfrentando no pocos opositores, el Almirante Porter preparó e incluso costeó su propia expedición, armó un astillero, fabricó barcos y zarpó de Tepic alcanzando las costas de Sonora y de la Baja California, adentrándose en el Mar de Cortés. Aunque entre las peripecias de su aventura logró el nombramiento de gobernador de la Provincia de Sinaloa, al final, sin embargo, puede decirse que sus

éxitos exploratorios fueron más bien magros, aunque no por ello dejó de convertirse en paradigma de los duros exploradores españoles que a mediados del siglo XVII delinearon las fronteras del noroeste de la Nueva España, a la vez que uno de los pocos protagonistas aragoneses del descubrimiento y colonización española en América.

Desde muy temprano, las regiones septentrionales americanas habían centrado la atención de los reinos europeos desde un punto de vista estratégico e incluso militar. Ya en 1497 Juan Caboto, genovés de ciudadanía veneciana que trabajaba para la corona inglesa, había intentado explorar las costas del Atlántico norte buscando un paso al Pacífico y las Indias orientales, aunque sin resultados; al año siguiente, volvería con apoyos pero sus naves y él mismo desaparecerían en el Atlántico. Ingleses y franceses continuarían la búsqueda con cierta premura, de modo que dos décadas más tarde, en cuanto Cortés aseguró la conquista de Tenochtitlan, trabajaría por encontrar ese paso interoceánico por el Pacífico norte, intentando zanjar la competencia a favor de España e intentando también, sin duda, igualar las hazañas de Magallanes, que había encontrado ya el paso por el sur; para lo que ordenó en primer término a sus hombres de confianza que iniciaran las exploraciones.

Como se sabe, las expediciones “cortesianas” iniciaron con la dirigida por Diego Hurtado de Mendoza, en 1526, y culminaron con la de Francisco de Ulloa en 1539, con el descubrimiento de que la Baja California era una península (no obstante, en los mapas siguió siendo representada como una isla). En 1542 el virrey Antonio de Mendoza comisionó a Juan Rodríguez Cabrillo para que continuara la ruta de Cortés y encontrara el paso norte entre los dos océanos; Cabrillo alcanzó los 44 grados, al norte de San Francisco,

recorriendo toda la costa californiana,¹ pero enfermó y murió en la Isla de la Posesión y Bartolomé Ferrero debió continuar el viaje. Después de esto y durante algunos años las exploraciones se suspendieron, pues el virrey de Mendoza fue trasladado al Perú y la presencia de piratas ingleses en el Pacífico llevó a la Corona a centrar su atención en el “paso sur” con el fin de fortalecerlo. Sin embargo, la ruta de regreso del Galeón de Manila y la presencia de los piratas Drake y Cavendish en las costas californianas hicieron surgir de nuevo el interés por la exploración del Pacífico norte.

Entre 1582 y 1586 se sucedieron las exploraciones de Francisco Gali y Pedro de Unamuno. Después de una suspensión de diez años, en 1596, el virrey Luis de Velasco encargó a Sebastián Rodríguez Cermeño una cartografía definitiva, y que encontrara de una vez por todas el paso del norte; sin embargo sólo llegó a San Francisco (42 grados) y de regreso una tormenta destrozó la capitana. Ese mismo año de 1596, ante el fracaso de Rodríguez Cermeño, el virrey de Velasco ordenó la preparación minuciosa de una nueva expedición, bajo la dirección de un marino experimentado: Sebastián Vizcaíno, pero esa primera exploración fracasó; de modo que en 1599 emprendió una nueva expedición que alcanzó la bahía de Monterrey, lugar que designó como idónea para atraque y refugio del galeón de Manila. En 1603 emprende una última expedición en la que mejoró y preparó el puerto de Monterrey, alcanzó San Francisco y estableció una mejor cartografía. Los años siguientes la acción española se redujo a la vigilancia y no fue sino hasta mediados del siglo XVII cuando se comenzó la ocupación y control de la península de Baja California.

En este contexto, a fines de abril de 1611 nació en Zaragoza Pedro Porter Casanate,

¹ Al parecer algunos historiadores anglosajones han sostenido falsamente que fue Drake el primero en explorar las costas de California, cuando que lo haría 50 años más tarde que Cabrillo (Portillo, 1947, p. 171).

hijo de una familia acomodada y con pretensiones, al punto en que los Porter se decían descendientes de Bernardo Porter, camarero y embajador en Babilonia de Jaime I “el Conquistador”.² Su padre, Juan Porter Escamilla, fue abogado, Justicia en Huesca, Fiscal General del reino de Aragón e incluso miembro del Consejo de Aragón; sus hermanos y él mismo estudiaron en la Universidad de Zaragoza (incluso uno de sus hermanos, Sebastián Marcos, llegó a ser rector de ella y Canónigo de la catedral), por lo que podría suponerse que sus primeros años apuntaban una vocación hacia las letras y el cultivo de las humanidades, más que hacia la vida aventurera. Sin embargo, abandonó la universidad a los 16 años para ingresar en la Armada, en la Compañía de Gaspar de Corassa, cuyo objetivo era garantizar las comunicaciones con el norte de Europa y proteger los envíos de metales. En la Armada sirvió ocho años, en los que participó en algunos pequeños combates con filibusteros y en uno de mayor importancia que marcaría su trayectoria posterior: el ataque contra dos bases piratas en el Caribe el año de 1629, donde se capturó buen número de buques y a 2300 piratas ingleses, franceses y holandeses. Con esta experiencia, en 1635 llegaba por vez primera a la Nueva España e iniciaría la obstinada aventura de exploración del Golfo de California, territorio que ya había cobrado cierto prestigio mítico entre los exploradores y, a la vez, ciertas reservas para su exploración por parte de la Corona, que veía con cautela

la posibilidad de encontrar eventualmente el famoso paso del norte y abrir con ello otra peligrosa puerta a los enemigos.

Aunque se trata de un explorador más bien desconocido, parece que Porter ha sido objeto ya de juicios parciales, curiosas preferencias y polémicas, pues su mención por parte de Álvaro de Portillo en su *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California* (1947) suscitó críticas de Holmes en su libro *From New Spain by sea to the California, 1559-1668* (1963), en el sentido de una exagerada defensa de sus méritos. También ha sido objeto de interpretaciones intencionadas en más de una ocasión, como la que en 1950 hizo Anselmo Gascón de Gotor en su *Aventurero genial. Soldado, navegante, descubridor, publicista*, donde trata su persona y hechos desde un marcado y algo encendido tinte apologético, que tal vez no aporta en sí mismo demasiado pero sí revela el lugar que el personaje puede ocupar en el ánimo de los aragoneses. Ha habido, por supuesto, algunos estudios hechos desde una perspectiva más equilibrada y documentada, como el artículo de Ricardo del Arco (1947) “El Almirante Pedro Porter y Casanate, explorador del golfo de California. Noticias inéditas”, que resulta fundamental para entender las inquietudes y formación de Porter, lo mismo que el artículo de Aurora Egido (1991) sobre su formación y pretensiones humanísticas. Del mismo modo son valiosos los aportes documentales hechos por W. Michael Mathes en sus *Documentos para la historia de la explotación comercial de California. 1611-1679* (1971), donde reúne gran cantidad de documentos conocidos sobre Porter y su aventura por el golfo; las aproximaciones a la obra y figura de Porter hechas por José A. Armillas en el capítulo “Pedro Porter y Casanate, explorador de California”, de su libro ya citado *Aragón en el mundo*, así como el estudio de Manuel Gracia Rivas: *El sueño del “Nuevo Reino de Aragón”. La California*

² Uno de los monarcas más poderosos de Aragón, cuyo gobierno, entre 1213 y 1276, extendió los dominios del reino a Mallorca, Valencia y el condado de Barcelona. Fue Andrés de Uztarroz quien aseguró que Porter descendía de Bernardo Porter, camarero mayor de Jaime el Conquistador y embajador de éste en Babilonia, en el *Panegyrico sepulcral a la memoria posthuma de don Thomas Tamayo de Vargas* (1642). José Antonio Armillas asegura que esta prueba “no es nada sólida y de escasa confianza” (Armillas, 1988, p. 249), aunque ciertamente los Porter sirvieron a los monarcas aragoneses en distintos tiempos y en distintos puestos.

de Pedro Porter y Casanate (1989), que reúne y pondera la documentación conocida y estudiada a la fecha, y ofrece una interpretación mesurada de la obra de Porter.

A principios del siglo XVII California volvía pues a seducir integrando ahora los viejos mitos y los viejos temores con una presunta y también quimérica riqueza en perlas, por lo que un yerno de Sebastián Vizcaíno, Martín de Lezama, probaría fortuna en 1627 aunque sin éxito; luego, en 1632, Francisco Ortega y su piloto Esteban Carbonel emprenderían otro viaje también sin éxito pero, en cambio, a su regreso no se cansaban de alabar los supuestos tesoros californianos. Así, en medio de una expectación que, como dice Juan Gil, “subió de punto en 1636 [...] en ese año el virrey Cadereita concedió licencias para descubrir a Francisco de Vergara asociado con Francisco Esteban Coronel [sic, por Carbonel] (16 de enero), y a los capitanes Alonso Botello [...], y Pedro Porter Casanate (23 de septiembre)” (1989, p. 155). Con ello inició un gran conflicto pues, tal vez por desembarazarse de un competidor poderoso, se acusó a Carbonel de ser francés y ello lo mantuvo ocupado y desprestigiado; además, existían grandes dudas sobre la posibilidad de alcanzar el estrecho de Anián (hoy de Bering) y con ello el paso del norte, y también posturas divergentes sobre la utilidad de tal descubrimiento: algunos sostenían que por ahí sería más fácil enviar el oro a Sevilla, mientras Porter insistía en que era preciso fortificar el paso antes de que se internasen por él ingleses o franceses. Ante la duda y la divergencia, el 11 de noviembre de 1636 el virrey Cadereita revocó las licencias a todos.

Porter no se amilanó, intentó volver a España en 1637 para defender sus derechos de exploración en la corte, pero en el camino cayó preso del pirata holandés “Pie de Palo”, quien lo mantuvo cautivo en Curazao, al parecer, con intenciones de canjearlo por algunos piratas presos; sin embargo, el

canje no procedió porque los filibusteros en cuestión habían sido ya ejecutados. Afortunadamente, Porter pudo escapar curiosamente con la ayuda de otros piratas que lo liberaron en las costas de Cartagena de Indias, donde consiguió embarcarse sin sueldo en la flota de galeones de la plata que en esos días partía para España. Llegó finalmente a España en 1638, con la corte sumida en graves problemas debido, entre otras cosas, a la errática conducción de la guerra de los 30 años; no obstante, muy pronto no sólo consigue el apoyo pretendido sino también un nuevo nombramiento y un sueldo. Al fin, en 1640 consigue la licencia exclusiva de la exploración, pero no el permiso para dejar su nuevo puesto, que se posterga hasta 1643.

En 1644, Porter ya está en México construyendo los barcos para la expedición; pero un incendio, al parecer provocado, acaba con los barcos y el astillero el 24 de abril de 1644. Fue sin duda un golpe demoledor, pero que no bastó para hacer sucumbir la férrea voluntad del almirante aragonés, quien se limitó a dar cuenta de lo ocurrido y a comenzar de nuevo la búsqueda de apoyos;³ así que, entre 1645 y 1646, Porter se encuentra de nuevo en la Ciudad de México buscando medios para reiniciar la expedición. En 1647 el rey escribió a México preguntando por qué tardaba tanto la expedición de Porter y se le comunicó que había problemas económicos; como consecuencia, Porter recibió de inmediato el puesto de gobernador de Sinaloa que había solicitado desde 1644, ejerciéndolo desde el 11 de marzo de 1647 hasta el 8 de noviembre de 1651, periodo durante el cual pudo ver al fin realizados sus deseos.⁴

³ “Carta de Pedro Porter a Juan Bautista Navarrete, refiriendo lo ocurrido en el incendio del astillero, solicitando ayuda y pidiendo que lo recomiende ante el Consejo”. - AGI: Guadalajara, 134 (20 de febrero de 1645)

⁴ La corona apoyó siempre los proyectos de Porter quien, al igual que su familia, siempre fue realista. De hecho su hermano Juan José Porter fue cronista de Aragón en un momento de gran presión por parte de

El primer viaje de exploración inició el 23 de octubre de 1648 (saliendo del puerto que había preparado en Sinaloa y alcanzando el delta del río Yaqui) y terminó el 7 de enero de 1649, día en que llegó de regreso al punto de partida. Recorrió la costa de Sonora y sus islas, tomando “posesión por Vuestra majestad y por la corona de Castilla, de todas estas tierras, que llamé Nuevo Reino de Aragón”.⁵ Fue un viaje de reconocimiento en el que tomó notas importantes de índole geográfica, etnográfica y aun apuntó algunas curiosidades referentes por ejemplo a las ballenas que acudían a aparearse a las aguas del Golfo.

Seis meses después, a finales de junio de 1649, Porter inició su segundo y último viaje; en esta ocasión tampoco los resultados fueron notables, pues se enredó en el canal de Salsipuedes, entre la costa de la península de Baja California y la isla de San Lorenzo, a la altura de la actual ciudad de Hermosillo. Aunque pudo explicarse el color rojizo que toma el agua en ese lugar y pudo también conocer mejor el posible comportamiento belicoso de los pobladores, en general no hubo resultados brillantes que reportar, aunque lo que sí brilló en ese momento fue su honestidad: “y si en esta relación no ofrezco a su magestad grandes reinos y riquezas es por ajustarme a la verdad que debo y no a los siniestros informes que otros han dado”.⁶ Con todo, después de ese viaje la Audiencia de México le ordenaría que con sus naves se dedicara mejor a avisar a las naves de Filipinas de enemigos en esas aguas.

Finalmente, el rey pidió al virrey que llamase a cuentas a Porter, lo que ocasionó

la Corona para que la censura “previniese o frenase cuanto los escritores aragoneses fuesen haciendo constar de los sucesos inmediatos” (Egido, 1991, p. 80).

⁵ “Relacion de lo sucedido al almirante D. Pedro Porter Cassanate, caballero de la orden de Santiago, en el descubrimiento del Golfo de la California”.- AGI: Guadalajara, 134 / MN: ms. 1509 (13 de abril de 1649).

⁶ En informe remitido al rey: AGI Guadalajara, 134.

una discusión entre estos últimos sobre logros y beneficios de la empresa: no se ponía en duda el valor aclarativo de sus viajes pero se lamentaba que ni siquiera se hubiese llegado a establecer definitivamente si el Mar de Cortés era un golfo o un estrecho: Porter se inclinaba por lo segundo y creía que el “paso del norte” sería justamente por ese “estrecho” (una discusión que sin duda resulta sorprendente a la luz de los descubrimientos ya hechos por Vizcaíno). Sea como fuere, el enfrentamiento con el virrey terminaría por derrumbar la moral de Porter, quien finalmente desistiría de todo empeño en seguir adelante, por lo que el 8 de noviembre de 1651 dejaba el cargo de gobernador de Sinaloa. Su familia en Aragón insistió ante el rey para que Porter fuese compensado con otro puesto de importancia y el rey escribió al virrey en ese sentido, pero Porter ya había renunciado dignamente a toda honra y había hecho generosa donación de sus barcos a las nuevas autoridades. El nuevo gobernador de Sinaloa es Gaspar de Quesada, antiguo competidor de Porter por dicho puesto y que había tenido problemas con la justicia; por ello Manuel Gracia no deja de ponderar la posibilidad de que Porter haya sufrido por parte de este personaje intrigas constantes durante su gobierno y que influiría en su moral el hecho de haber sido llamado a cuentas y luego ser sustituido por alguien a su juicio tan inferior.

En 1655, Porter fue enviado a Perú, y poco después también el virrey de la Nueva España (el conde de Alba de Liste) quien de inmediato lo nombra Capitán General en Chile. Allí se recuperó de sus reumas y en siete años de gestión tuvo que luchar contra piratas, mapuches y araucanos para, finalmente, a la edad de 51 años y minado terriblemente en su salud, fallecer en Concepción de Chile (ciudad que había ayudado a construir) el 27 de febrero de 1662.

Uno de los elementos fundamentales

para entender la curiosa, aunque magra, obra de Porter es la consideración de los estudios humanísticos vistos como un todo que estarían guiando y dando coherencia a este riquísimo comercio entre la filología, la geografía y la historia que el almirante aragonés protagoniza. Recordemos que los estudios humanísticos fueron en el Renacimiento no sólo el contexto ideológico e histórico propicio para el surgimiento de una nueva forma de saber, donde convergía un prometedor desarrollo de la geografía (vinculado al deseo y realidad de los enormes descubrimientos), con la inclusión de la historiografía como disciplina coherente al *trivium* de la pedagogía clásica (útil para fundamentar la autoridad histórica de los imperios que surgían pero también para reinventar la conciencia de lo histórico) y, finalmente, los esfuerzos filológicos por “reducir a arte” una lengua como la española, llamada a ser vehículo de cultura y poder durante siglos.

En este sentido, 1492 no sería sólo el año de Colón y los descubrimientos geográficos sino también el de Nebrija y su *Gramática*, principio sin duda de cultura, saber y educación en lengua castellana. Los estudios humanísticos abrían así, como bien apunta Aurora Egido, un nuevo capítulo al conocimiento que significaba inquirir, imaginar, pensar cosas nuevas, un sentido diferente del territorio y del devenir humano con la retórica como instrumento de análisis de la realidad, pues la conjunción de ciencia, arte y humanismo condujo también a una íntima relación entre historia natural y lexicografía, por ejemplo, del mismo modo que los propios estudios geográficos estaban, por tradición clásica, impregnados de fuentes literarias que los ilustraban y avalaban. En este sentido, Pedro Porter Casanate, el “pintoresco aragonés [como lo define Ricardo del Arco] escritor de náutica, erudito, navegante y explorador del Golfo de California, de noble familia, caballero de Santiago, que consumió en aquella

empresa toda su fortuna con generosidad ejemplar y un «aragonesismo» sin límites” (Del Arco, 1959, p. 13), sería un magnífico y curioso ejemplo de explorador humanista bordeando tempranamente las hostiles y desérticas costas de Sonora y la Baja California, pues al igual que Colón, Porter “no olvidaba su empeño «en ver de todas escrituras cosmografía, ystorias y filosofía, y de otras artes»” (Egido, 1991, p. 71).⁷

Por ejemplo, los intentos de Porter por obtener permiso para la exploración de California, aunque enmarcados en la encendida competencia por hacerse de las supuestas perlas del Mar de Cortés, no parecen sino moverse por el interés de “pasar al mar del Sur a su costa, a reconocer y demarcar tierras y hacer observaciones de la navegación con nuevos instrumentos que fabricó”.⁸ De hecho su primer viaje tuvo una intención más bien científica, pues sólo se dedicó a hacer junto a su cosmógrafo, Domingo del Pasaje, mediciones, derroteros, cartas, perspectivas, con lo que “se hizo un copioso diario, poniendo nombres a las costas, ensenadas, bahías, puertos, ancones, cabos, sierras, islas, canales, arrecifes y bajos”,⁹ sin mencionar siquiera el asunto de las perlas; y además, siguiendo tal vez su natural inclinación al señalamiento de errores, deslizaba apuntes que parecían tener como fin no sólo acreditar su propia exploración sino efectivamente aportar algo al conocimiento de las nuevas tierras.

Debe tenerse en cuenta que Porter era ante todo un teórico de la navegación. Durante

⁷ En otro lugar escribe que Porter fue “uno de tantos hombres de mar que concibiendo la navegación como un arte, sintieron la necesidad de sustentar el edificio de sus empresas sobre los pilares de la cultura humanística” (p. 73).

⁸ En la “Relacion ajustada de los servicios del Almirante D. Pedro Porter Cassanate, caballero de la Orden de Santiago” (BN: ms. 3438. 15 de septiembre de 1655).

⁹ “Relacion de lo sucedido al almirante D. Pedro Porter Cassanate, caballero de la orden de Santiago, en el descubrimiento del Golfo de la California”.- AGI: Guadalajara, 134 / MN: ms. 1509 (13 de abril de 1649).

sus años de vida militar había cultivado el conocimiento de dicho arte y había mostrado en más de una ocasión un curioso talante erudito, como en aquella victoria sobre las bases piratas del Caribe en 1629 cuando, teniendo sólo 18 años, después de los combates, Porter se acercó a conversar (al parecer en latín) con un prisionero inglés de alto rango sobre los hechos bélicos de la contienda acabada y, principalmente, sobre técnicas de navegación. Esta afición coronaría en 1634 con la publicación en Zaragoza de su única obra conocida: el *Reparo a errores de la navegación*, libro que ciertamente no destaca por sus aportes, aunque sí por el señalamiento preciso y pragmático de los errores que observó y dedujo en la práctica de la navegación española en la época.¹⁰ Por supuesto que esta publicación le fue de mucho provecho, pues ese año, por recomendación del alto personaje a quien lo había dedicado (Don Fadrique de Toledo, marqués de Villanueva) fue nombrado capitán.

Sin duda Porter no era tampoco un desconocido en la escena intelectual española de su época, las cartas que cruzó con Uztarroz revelan un abanico amplio de relaciones del más alto nivel, la participación en alguna disputa erudita e incluso el cultivo de amistades notables al calor de la tertulia literaria (como la de el célebre jesuita Baltasar Gracián), al punto en que el mismo Uztarroz dedicó a Porter el *Panegírico sepulcral a la memoria póstuma de don Thomás Tamayo de Vargas* (1642). Porter se relacionó también con la “Academia de los anhelantes” de Zaragoza (a la cual pertenecía el propio Uztarroz y el poeta Lupercio Leonardo de Argensola), cultivó copiosamente el renacentista género de las cartas como ejercicio de conocimiento y transmisión de saberes e incluso proyectó

un “Diccionario náutico”, obra no concluida, pero sin duda una rareza en España antes del *Diccionario de Autoridades*. Así, el erudito y mecenas oscense, Vicencio Juan de Lastanosa, escribió de Porter que fue “conocido por sus Escritos y Haçañas en ambos mares”,¹¹ y el mismo autor de la *Agudeza y arte de ingenio*, Baltasar Gracián, justamente lo consideraría ejemplo de estilo sentencioso: “Cuando la sentencia es útil, se eterniza en la memoria. El no menos ingenioso que valiente zaragozano, el almirante don Pedro Porter y Casanate, suele decir que para valer, méritos y medios” (Gracián, 2001 [1648], p. 27); y tal vez por ello don Félix Latassa, en su *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses*, lo trata de “docto matemático, náutico y soldado de reputación, que únicamente debió al mérito sus ascensos” (Latassa, 1798, p. 239).

Porter pretendió siempre relacionarse principalmente con historiadores, se le mencionaba con frecuencia en la correspondencia entre Uztarroz (cronista de Aragón) y Tomás Tamayo de Vargas (cronista mayor de la Corona en los reinos de Castilla e Indias); el mismo Tamayo de Vargas contribuiría al conocimiento que Porter tenía de la historia de América y es un elemento importante en sus relaciones con los cronistas de Indias, como León Pinelo, a quien conoció y trató en Madrid.¹² El interés de Porter por la historiografía no sólo deviene de su deseo manifiesto de hacer de sus hazañas historia escrita, sino que parece tener como base una genuina curiosidad; de otro modo no se explica que en 1641 Porter haya ponderado en una carta a Uztarroz las virtudes de la *Crónica de San Agustín del Pirú* de fray Antonio de la Calancha, o que haya manifestado un sostenido interés

¹¹ En su *Museo de las medallas desconocidas españolas*, por Juan Nogués, Huesca, 1645.

¹² Recopilador de las Leyes de Indias, Oidor de la Casa de Contratación en Sevilla y autor de los “Anales o Historia de Madrid: Desde el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, hasta el año de 1658”.

¹⁰ En 1970 Michael Mathes publicaría una edición facsimilar del *Reparo a errores de la navegación*, y en estos momentos Manuel Gracia, director del Centro de Estudios Borjanos, trabaja en la primera edición anotada.

por los trabajos del carmelita aragonés fray Jerónimo de San José, cronista de la orden.

Porter no buscaba ser sólo personaje de su propia gesta, sino que intentó también ser el autor de su propia historia, como lo hicieron antes muchos otros conquistadores y cronistas; en su caso, buscando la fama antes que las perlas. Para ello echó mano no sólo de su medianamente cultivado estilo personal sino también de sus contactos, de modo que en cartas de 25 de enero y 2 de febrero de 1648 Porter afirma con desenfado que el cronista de Aragón, su amigo Andrés de Uztarroz, escribirá sus hazañas de California. Es decir, Porter quiere hacer historia y quiere hacer Historia, conjuntar la exploración y la escritura en una actividad a sus ojos coherente y necesaria, lo que sin duda vincula las relaciones de méritos de Porter con la literatura de viajes pues, como dice Aurora Egido, “el Renacimiento propició un género como el que ya he señalado de los libros de viajes y, por tanto, la labor escrituraria de Porter a mediados del siglo XVII gozaba de numerosos precedentes y modelos” (Egido, 1991, p. 80; también puede verse al respecto la magnífica tesis doctoral de Jimena Rodríguez, 2008, *passim*). Para lograrlo, Porter realiza un curioso ejercicio consistente en llevar la narración de su primer viaje de exploración al Golfo de California, desde una “relación de méritos” escrita con un estilo estrictamente burocrático y ajustado a la preceptiva adecuada al efecto (cercana sin duda al discurso historiográfico propiamente dicho, procurador de la verdad factual), a un relato novelesco que envía como guión a su amigo Uztarroz a fin de que vaya puliendo su historia.

Se trata de la “Relacion de los sucessos del Almirante Don Pedro Porter Cassanate cavallero de la Orden de Santiago desde que salio de España el año de 1643 al descubrimiento del Golfo de la California, hasta fin del año de 1644” (Biblioteca

Nacional de España: ms. 2376. México, 25 de febrero de 1645), y de la “Carta relacion de D. Pedro Porter Casanate, caballero de la Orden de Santiago, desde que salio de España el año 1643 para el descubrimiento del Golfo de la California, hasta 24 de enero de 1645, escrita á un amigo suyo” (Biblioteca Nacional de España: ms. 6438. México, 1649); para cuyo estudio comparado conviene un doble enfoque (historiográfico y filológico) a fin de valorar los textos desde un punto de vista contextual, político y, en suma, histórico, tanto como hacerlos objeto de un análisis propiamente textual o literario. Lo primero resultaría fundamental para dimensionar la obra del Almirante en sus justos términos históricos, y lo segundo permitiría observar el modo en que se estructura el discurso en sus relaciones de méritos, observando al menos dos propósitos persuasivos distintos: uno de corte jurídico, atento a la consecución de prebendas y beneficios de índole más bien material, y otro de corte literario, atento al cultivo del estilo y a la búsqueda de la fama. Un estudio desde ambas dimensiones analíticas, por lo demás, permitiría ilustrar la personalidad y la obra de un hombre como Porter, que resumió en su vida y en su escritura el tópico humanista de la feliz convivencia de las armas y las letras.

También podría evaluarse el arte descriptivo de Porter, sobre todo en su relación “poética” del viaje, que sobrepasa sin duda el tono enumerativo y la retórica medieval para transitar hacia la síntesis de lo conocido y lo nuevo, así como hacia la individuación de los objetos descritos; un arte descriptivo que, como ha señalado Alejandro Cionarescu para el caso de Colón, supera el principio de autoridad gracias a la novedad real de lo visto y lo vivido (1967, p. 65). Con todo, conviene no sobreestimar la obra cronística de Porter pues, como dice Aurora Egido, “el tiempo dedicado a la acción fue mayor en él que el proporcionado a los escritos y a

los estudios, pero es evidente que éstos se integraban en una misma voluntad y son inseparables de su vida de almirante” (1991, p. 82). En su tiempo, sin embargo (no entre sus contemporáneos mexicanos, pero sí entre sus conocidos aragoneses), su obra le valió unas octavas, épicas y gongorinas como correspondía, en la fábula mitológica de Juan de Moncayo,¹³ el *Poema trágico de Atalanta e Hipomenes* (1656):

Este varón, que en todo fin segundo
Será de España otro Colón primero,
Crédito de Aragón, pasmo del mundo,
Ilustre de sus glorias verdadero:
Es don Pedro Porter, cuyo profundo
Genio la fama mereció luzero,
Sin voces aplaudió la lisongera,
Quando en él la lisonja verdad fuera.

Árbitro de los Mares, y los vientos,
Gloria de España, y de Aragón primera,
Por dueño de tan altos pensamientos,
Que el sol executarlos no pudiera:
Del Bóreas contrapuesto a los alientos,
Y a prozelosos piélagos, que altera,
Conseguirá con sus hechos singulares,
Romper los vientos y oprimir los mares.

Aunque ni Porter ni su obra merecen por supuesto comparación alguna con Colón, sí es necesario reconocer que comparte una pretensión muy humanista que ya despuntaba en los conquistadores cronistas del siglo XVI: su empeño en mostrarse en su propia crónica, dirigiendo el curso de los acontecimientos mediante las acciones decididas y mediante la escritura mesurada.

¹³ Juan de Moncayo y Gurrea, marqués de San Felices, fue un poeta español que nació en Zaragoza hacia 1615 y debió fallecer después de 1656.

BIBLIOGRAFÍA

- Arco y Garay, R. (1947). El Almirante Pedro Porter y Casanate, explorador del golfo de California. Noticias inéditas. *Revista de Indias*, 30, 783-844.
- ____ (1959). *La erudición española en el siglo XVII*. Madrid: Instituto Jerónimo Zurita- CSIC.
- Armillas, J. (1988). Pedro Porter y Casanate [1611-1662], explorador de California. En J. Armillas, *Aragón en el mundo* (pp. 249-257). Zaragoza: CAI.
- Cionarescu, A. (1967). *Colón humanista*. Madrid: Prensa Española.
- Egido, A. (1991). Descubrimientos y humanismo: el almirante aragonés don Pedro Porter y Casanate. *Edad de Oro*, 10, 71-86.
- Gascón de Gotor, A. (1950). *Aventurero genial. Soldado, navegante, descubridor, publicista*. Zaragoza: Imprenta Estilo.
- Gil, J. (1989). *Mitos y utopías del Descubrimiento II. El Pacífico*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gracia Rivas, M. (1989). *El sueño del “Nuevo Reino de Aragón”*. La California de Pedro Porter y Casanate. Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- Gracián, B. (2001 [1648]). *Agudeza y arte de ingenio*. Madrid: Castalia.
- Holmes, M. (1963). *From New Spain by sea to the California, 1559-1668*. Glendale.
- Lastanosa, J. (1645). *Museo de las medallas desconocidas españolas*. Huesca: por Juan Nogués.
- Latassa, F. (1798). *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses*. Pamplona: por Joaquín de Domingo.

Mathes, W. (1971). *Documentos para la historia de la explotación comercial de California. 1611-1679*. Madrid: José Porrúa Turanzas.

Portillo, A. (1982 [1947]). *Descubrimientos y exploraciones en California. 1532-1650*. Madrid: Ediciones Rialp.

Rodríguez, J. (2008). *Procedimientos de escritura del relato de viajes hispánico-medieval en crónicas de la conquista*. Tesis de doctorado, El Colegio de México, México.

Uztarroz, A. (1642). *Panegyrico sepulcral a la memoria posthuma de don Thomas Tamayo de Vargas*. Zaragoza: en la imprenta de Pedro Verges.

§§§



Jacobo Boreel, *Americam utramque* (1700)

CAMINAR POR LA MAR INCÓGNITA: LAS NAOS A CALIFORNIA Y EL PUNTO DE VISTA DEL NAVEGANTE

“En las civilizaciones sin barcos los sueños se secan, el espionaje sustituye la aventura, y la policía a los corsarios”

Michel Foucault

Jimena Rodríguez

*Centro de Estudios Coloniales Iberoamericanos
Universidad de California Los Ángeles, USA*

Resumen:

Del grupo de diarios de navegación a las costas de California en los siglos XVI y XVII se han seleccionado para el análisis aquellos que corresponden a los viajes enviados por Hernán Cortés y el virrey Mendoza. Si bien la marca que caracteriza estos diarios de navegación es la decepción, permiten observar, sin embargo, la configuración del continente americano en la perspectiva Europea. Es clave aquí la figura del navegante, un viajero-dibujante en constante movimiento que bosqueja los contornos del continente desde su nao. Su particular punto de vista será caracterizado a través del barco, una plataforma de observación, un satélite que permite la observación sin el contacto.

Palabras clave: Cortés, Punto de vista, Navegación, California.

Abstract:

From the body of the Diarios de navegación diaries concerning the Californian coasts of the 16th and 17th Century, this study selects and analyzes those commissioned by Hernán Cortés and the vice-king Mendoza. Although their general overtone is that of disappointment, they permit to observe, however, how the European perspective on the American continent took shape. A key figure here is the navegante, a seafaring map-maker in constant movement who sketches the contours of the continent as seen from his ship. His particular point of view is conditioned by the ship, an observation platform, a satellite that permitted observation without contact.

Keywords: Cortes, Point of View, Navigation, California.

Artículo recibido: 18.11.2009

Artículo aceptado: 05.06.2010

LA MAR INCÓGNITA

“El mar es metáfora
de todas las incertidumbres”

Paul Zumthor

Un curioso caballero aragonés que jamás surcó el océano escribe a mediados del siglo

xv un tratado “para caminar por la mar”. Navegar es desplazarse sobre las aguas, pero no es tarea fácil ni segura –advierte–, y para hacerlo es necesario “poner los ojos en el cielo” y “hacer seguros los caminos de la mar” (Cortés de Albarcar, 1545, f. III

r).¹ Aunque la ayuda divina es un tópico común en las relaciones de viajes marítimos, Martín Cortés de Albacar no se refiere a la necesidad de encomendarse a Dios, sino a la observación de los astros. Las estrellas guían al observador, el piloto, quien quiere llevar su nao a “puerto quieto y seguro”. Para ello es necesario “asegurar el camino” o conocer la mar, saber cómo navegarla y saber qué se puede esperar de ella.

Cuando Martín Cortés escribe su compendio, la navegación era el arte que estaba posibilitando los grandes descubrimientos geográficos; se trató de un tiempo en el cual “la imagen del mundo cambió radicalmente: desde el cerrado mar Mediterráneo al espacio abierto formado por los grandes océanos que conforman la Tierra” (García Cruz, 2009, p. 188). Entusiasmado por la época que le tocó vivir, Cortés de Albacar comienza su *Breve compendio de la esfera y de la arte de navegar* exponiendo las ventajas de la marinería, que permiten “ir a lo descubierto y descubrir lo encubierto” (f. III): “¿Quién si no la navegación nos dio a conocer aves peregrinas, animales diversos, árboles ignotos, preciosos bálsamos, medicinas salutíferas, y otra gran diversidad de cosas tan agradables a la vista cuanto necesarias a la vida?” (f. VI v). Para la época, los *mareantes de la mar* eran ese conjunto singular de personajes diversos –los “hombres del océano” según Mallaína–, quienes no sólo traían de sus viajes las maravillas “agradables” y “necesarias” sino que también acercaban lo diferente, porque “a los que la distancia del lugar y naturaleza hizo extraños y apartados, la navegación los

volvió comunes y juntos” (f. VII r).

En el sentido más literal de la palabra, algunas partes del mundo fueron un *secreto* para los europeos del siglo XV y XVI, algo oculto e ignorado, algo “separado de la vista”, como afirma el *Diccionario de Autoridades*. En el siglo XV no se tenían certezas acerca de la extensión exacta de la tierra, la ubicación puntual de los continentes en ella y la proporción de distribución entre mar y tierra. Europa conocía su Mar Mediterráneo y la extensión de sus reinos; sabía del norte de África; sabía menos de Arabia, Persia y la India; y sabía muy poco del extremo Oriente; el resto del mundo era para ellos *terra incógnita* y la gran parte de los Océanos eran *mares tenebrosos* (Régules, 2009, p. 23). Sin embargo, gracias a Marco Polo, los europeos intuían que la costa asiática frente a Europa corría “de norte a sur desde el Círculo Boreal hasta el Trópico de Capricornio” y que “una navegación transatlántica a la altura de España no podía menos que topar con la masa continental de Asia” (O’Gorman, 2004, p. 66). Esta hipótesis se convierte en una opción cuando los navegantes portugueses descubrieron que la costa africana se extendía mucho más al sur del Ecuador, cosa que hacía el viaje a la India por el Levante mucho más difícil de lo imaginado.² Fue así como el viaje a Oriente por el Poniente se configuró como una posibilidad y es historia conocida por todos que su protagonista halló mucho más que un camino a la India en el inmenso Océano.

Con el primer viaje de Cristóbal Colón (1492) y sus tres carabelas se inicia para Occidente la etapa de los grandes

¹ Martín Cortés de Albacar, *Breve compendio de la esfera y de la arte de navegar*, ed. facsímil del ejemplar del Museo Naval de Madrid (1545) hecha por Julio Guillén y Tato, Institución Fernando El católico, Burgos, 1945. Todas las citas son de esta edición, en adelante modernizo ortografía.

² El primer viaje hacia el extremo sur de las costas de África lo realizó Bartolomeu Díaz (1486-1487), sin embargo no pasó al Océano Indico; diez años después, en 1497, Vasco de Gama lo logra.

descubrimientos, pero en ese entonces nadie pensaba todavía que los navegantes portugueses son los únicos que abren la vía de las Indias y que los españoles encuentran un continente (Favier, 2004, p. 422). Tendrán que pasar algunos años para que se tome conciencia del verdadero “secreto” de la mar incógnita: un colosal mundo desconocido para los europeos y otro enorme océano, el llamado *Mar del sur*. Sin embargo, por obvio que parezca, es conveniente notar que se trató de un “secreto”, pero sólo para quienes llegaron y únicamente porque no tenían conocimiento previo de las tierras (Mignolo, 1995, p. 259); O’Gorman lo explicó bien cuando dijo que América no fue *des*-cubierta sino *inventada*.

Como es clave aquí la ecuación ‘conocer = poder’, del *des*-cubrimiento (que es revelación visual) llegamos a la *in-ven*-ción, que del latín *venire*, significa penetración (Zumthor, 1994, p. 231). Las *tierras firmes del mar océano* fueron anexadas como la cuarta parte del mundo, pero “poner a América en el mapa” implicó una reconfiguración geopolítica mundial en donde Europa se posicionó como controladora y colonizadora de América (Mignolo, 1995: 269). Por esto mismo, poco a poco el continente dejó de estar encubierto o “separado de la vista” y de ello dan cuenta los mapas que delinear algunos de sus primeros contornos y documentan no sólo su paulatina visibilidad desde la perspectiva europea, sino también su progresiva ocupación.

Es aquí donde los navegantes o pilotos tuvieron un papel destacado y, junto a ellos, los cartógrafos. Para los europeos, la representación del Nuevo Mundo o la *nueva* configuración del *mundo*, que incorpora la cuarta parte de la tierra (América), es paralela a la descripción interna de la misma. El espacio americano

se configura en un doble movimiento que lo *define* (describiéndolo e inventariándolo con *palabras*) y lo *delimita* (dibujando sus contornos en los *mapas*).³ En forma simultánea a las expediciones continentales se dan las expediciones marítimas que tienen por resultado la circunnavegación y cartografía del continente. Los viajes de Américo Vespucio, Fernando de Magallanes y Juan Sebastian Elcano son los más renombrados, pero, junto a ellos, aunque a menor escala, también se encuentran los viajes marítimos de exploración costera, expediciones de menor envergadura que tuvieron como misión reconocer los litorales marítimos, buscar “pasos” de un océano a otro, o formar nuevos asentamientos para extender los límites del dominio europeo.

Dentro de la tradición discursiva de la literatura de viajes, los diarios de navegación adquieren aquí una relevancia particular. A diferencia de los relatos de viajes medievales, donde las elipsis del viaje marítimo son comunes, es decir, donde generalmente no se describen los tramos del itinerario por mar, en los viajes *hacia y por* el Nuevo Mundo la navegación transatlántica y costera alcanza nuevos significados. El diario de viaje o derrotero da cuenta de la *invención* del continente y de su incorporación e inscripción al imaginario de los europeos. Junto a esta forma textual, el papel de la cartografía tiene la significación del registro, anexión y organización de América como un espacio dispuesto a la intervención europea. Pero, como decía, la naturaleza y dimensiones del continente

³ “Colonial administrators were aware that technology of writing provided by the alphabet made it possible to effectively conduct business [...] and take control of the people and the land by compiling a huge set of regulations (*ordenanzas*) and a questionnaire (*the Memorandum*), which generated a massive amount of information (*Relaciones geográficas de Indias*). Letrados and cosmographers joined forces to trace the boundaries (in words and maps) of newly acquired domains” (Mignolo, 1995, p. 291).

aparecieron poco a poco en la mente de los europeos, incluso después de haber sido descubierto el Mar del Sur (1513), hallado por Magallanes el paso al Atlántico (1520) y fundado el virreinato de la Nueva España (1535), el noroeste del continente siguió siendo *Terra Incognita*, repositorio de todos los sueños y anhelos.

Interesados en descubrir “el secreto de la costa”, consignar información de utilidad y encontrar la mejor ruta por el occidente a la Especiería, se sucedieron una serie de incursiones desde la Nueva España; sin embargo, el avance hacia el extremo norte “no fue un frente lineal, ni significó siempre una ocupación regular y definitiva de las tierras” (Jiménez, 2006, p. 255). La exploración de la frontera noroeste se realizó principalmente por mar y las más tempranas experiencias fueron las naves enviadas por Cortés, el tenaz explorador “ansioso de inmensidad” (Ballesteros, 1948, p. 7), quien nunca se cansó de buscar nuevos espacios geográficos, siempre convertidos en promesas incomparables.⁴ Me centraré entonces en este conjunto de viajes de exploración.

NAOS A CALIFORNIA

“Para saber el secreto de la costa [...]”
Hernán Cortés

⁴ Conviene recordar aquí que poco antes del envío de sus empresas al noroeste, Cortés había regresado del agotador viaje a las Hibueras, desastrosa expedición en la cual pierden la vida muchos de los expedicionarios. Como expresa Bernal Díaz del Castillo (2005, p. 686), de la expedición a las Hibueras todos vuelven “pobres y cansados”, sin embargo, en la Quinta carta de relación, fechada poco después de su regreso (3 de septiembre de 1526), Cortés relata su viaje presentando la tierra explorada en términos de riquezas incomparables: una tierra “que hace mucha ventaja a México en riqueza” (Cortés, 1993, p. 626). Para un análisis más concreto de la narración de este viaje véanse las páginas correspondientes al capítulo IV de *Conexiones transatlánticas: viajes medievales y crónicas de la conquista en América* (Rodríguez, 2009, pp. 193-206).

Es posible establecer dos etapas de exploración marítima de California. La primera corresponde a las expediciones sucedidas hasta que Miguel López de Legazpi conquista las Filipinas y Andrés de Urdaneta descubre el camino del “tornaviaje”, en 1565. A partir de allí la atención se desplaza hacia la Manila y los acaudaladísimos viajes de la *nao de china*, dejando a las Californias sumergidas nuevamente en el mar de las incógnitas. Sin embargo, el interés por lo que al noroeste de la Nueva España pudiera implicar una ruta más corta para la *nao de china* o lo que pudiera significar la fundación de un puerto de escala intermedia en su viaje hacia Acapulco avivan nuevamente a los navegantes, que se aventuran a una segunda etapa de exploraciones marítimas, donde destacan principalmente los viajes del capitán Sebastian Vizcaíno.⁵ No obstante, interesa aquí la primera etapa de exploración, que incluye no sólo la serie de expediciones organizadas por Cortés sino también las del Virrey Mendoza, de donde surgen la toponimia de California y los primeros perfiles continentales del territorio en cuestión.

En 1532 Cortés envía a su primo Diego Hurtado de Mendoza capitaneando dos barcos, el San Marcos y el San Miguel, que llegan hasta la boca del golfo, perdiéndose luego (Martínez, 1990, pp. 666 ss). Sin noticias, en 1533, Cortés envía una segunda expedición de dos navíos en busca

⁵ El primero de los viajes de Sebastián Vizcaíno fue en 1596, cuando el virrey Gaspar de Zúñiga lo envía junto a cuatro misioneros franciscanos; en este viaje los expedicionarios toman posesión de la península y la bautizan Nueva Andalucía, pero deben abandonarla por la hostilidad de los indígenas y la escasez de provisiones (Hilton, 1992, p. 23). Sin embargo, en mayo de 1602, el virrey lo envía nuevamente en una segunda expedición; en esta oportunidad acompañan a Vizcaíno el piloto Toribio Gómez de Corbán; los cosmógrafos Gaspar de Alarcón y Jerónimo Martín de Palacios; y fray Antonio de la Ascensión, narrador del viaje. Ésta fue la primera expedición a California financiada, no por un particular, sino por el Estado, y los navegantes llegan hasta la bahía de San Diego (Hilton, 1992, p. 25).

de Hurtado. En esta ocasión, Diego Becerra de Mendoza capitanea el Concepción y Hernando de Grijalba el San Lázaro, que logra regresar trayendo la noticia de algunas islas ricas en perlas. El destino del Concepción, en cambio, fue funesto: Becerra de Mendoza fue asesinado por su piloto, Ortún Jiménez, quien dejando a los heridos en Michoacán se dirigió al golfo, pero sólo para morir a manos de los indios.⁶ Persistente, en 1535 el mismo Cortés conduce tres navíos, el Santa Águeda, el San Lázaro y el Santo Tomás. En ese viaje Cortés funda la colonia Santa Cruz, en la actual Bahía de La Paz, y regresa a la Nueva España en 1537, dejando a Francisco de Ulloa al mando de la colonia, quien la abandona al poco tiempo dada las malas condiciones de subsistencia. Del viaje marítimo de Cortés no hay derrotero o testimonio conservado, pero sí dos mapas (León Portilla, 1989, p. 48) y una serie de noticias anecdóticas recopiladas por otros cronistas. Por ejemplo, es Bernal Díaz (2005, p. 752) quien cuenta que fue Juana de Zúñiga, la esposa de Cortés, quien manda a buscarlo enviándole una carta donde lo exhortaba a “que dexase de porfiar más con la fortuna y se contentase con los heroicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona”.⁷

Sin embargo, obstinado en su intento, en 1539 Cortés envía nuevamente a Ulloa al mando de tres navíos –el Santa Águeda, el Trinidad y el Santo Tomás–, que logran por fin navegar y precisar la existencia de la totalidad del golfo o mar interior. Todos estos primeros viajes de exploración y reconocimiento de las costas son recordados como expediciones costosas y sin grandes provechos económicos

⁶ Un grupo de marineros sobrevivió y gracias a ellos se tuvo noticia de lo sucedido en la Concepción (Martínez, 1990, p. 672).

⁷ Estas anécdotas, “rumores” o “chismes” caracterizan al texto de Bernal Díaz y configuran lo que Oswaldo Estrada (2009, p. 45) llama “una nueva modalidad historiográfica”, mucho más alusiva, comprensiva y duradera que el lapso histórico.

para los participantes; sin embargo, a ellos se debe no sólo la demarcación geográfica del Mar de Cortés –entonces llamado “Mar Bermejo”– y la península de la Baja California –cuando ésta todavía no tenía ese nombre–, sino también su incorporación al perfil noroeste del continente americano en los mapas europeos de la época (León Portilla, 1989, p. 51).

En fecha muy cercana al último viaje de Ulloa, el virrey Mendoza encomienda a Coronado el apaciguamiento de las tierras de Culiacán y una primera incursión terrestre al norte, un norte recientemente conocido por los españoles gracias a la aparición (1536) de cuatro caminantes, los supervivientes de la expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida.⁸ De esta primera incursión regresa el franciscano Marcos de Niza (1539), quien difunde la idea de las Siete Ciudades de Cibola y enciende las expectativas del virrey. Apenas un año después, en 1540, Mendoza envía por mar a Hernando de Alarcón con dos navíos, el San Pedro y el Santa Catalina, en apoyo a la nueva expedición terrestre de Coronado, a quien se le encomendó el hallazgo de las míticas Siete Ciudades.⁹ Mientras Alarcón navega el golfo y remonta el actual río Colorado, Coronado y su capitán de avanzada, Melchor Díaz, no encuentran más que pueblos pequeños y desiertos inconmensurables.¹⁰

Como en los casos anteriores, los hallazgos

⁸ Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Esteban o Estebanico y Alonso del Castillo Maldonado.

⁹ Se trata de una leyenda medieval europea ambientada en la época de la invasión de los árabes. Se dice que entonces siete obispos huyeron por mar hacia tierras lejanas y remotas donde fundaron siete míticas ciudades. Según De Gandía, el resurgimiento de la leyenda en América pudo haber estado relacionado con el mito religioso del Chicomoztot, o las siete cuevas, de donde habían traído su origen las siete tribus de los nahuas (1929, p. 63).

¹⁰ Para una relación de este viaje véase, Pedro Castañeda de Nájera, “Relación de la jornada de Cibola”. Fue publicada por vez primera en 1896 por George P. Winship (*14th Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington, Smithsonian Institute, 1896, II, pp. 414-469).

del virrey Mendoza y sus expedicionarios no fueron ni ciudades capitales, ni grandes riquezas, sino *representaciones del mundo nuevo*. El caso es el mismo con la última de las expediciones patrocinadas por el virrey, quien en 1542 envía a Juan Rodríguez de Cabrillo en busca de un paso marítimo que uniera los océanos. Los dos barcos, el San Salvador y el Victoria, llegan hasta la latitud 42° 30', pero no sólo no encuentran el mitológico paso sino que pasan por delante de la bahía de San Francisco sin notarlo.

Aunque la denominación es anterior, a partir de esta última expedición surge de forma definitiva el topónimo 'California' en los mapas y escritos de la época (Portillo y Diez de Sollano, 1947, p. 117), justo cuando el interés español en la zona se disipa por algunos años.¹¹ Los logros alcanzados no fueron otros que los primeros perfiles geográficos completos de la Baja California y la Alta California. Si bien no se conservan en todos los casos, es de suponer que en todas las expediciones hubo mapas –productos o resultados de los viajes– y que pasaron a la Casa de Contratación de Sevilla, el centro de la “información colonial” de la época. Si no fuera así, no se podría explicar, por ejemplo, la pronta aparición de los límites geográficos de la zona y la incorporación de los nombres y topónimos en la cartografía de la época en los tempranos mapas de Battista de Agnese (1542), Alonso de Santa Cruz (1544) y Sebastián Caboto (1544) (León Portilla, 1989, p. 51).

En este punto interesa detenernos y especificar la figura del navegante, quien es, en última instancia y exagerando la

¹¹ Como ha sido señalado, el origen del nombre California se remonta a *Las sergas de Espandián*, el libro de caballerías que narra las aventuras del hijo de Amadís. La isla de ensueños de las *Sergas* es una más de las frecuentes referencias a la novela de caballerías en la crónica de Indias y evidencia las continuidades del mundo medieval en el Nuevo Mundo. Al respecto, remito dos libros ya clásicos: *Amadises de América* (Prampolini, 1977) y *Los libros del conquistador* (Leonard, 1996).

metáfora, un *viajero-dibujante* que delinea los límites del continente americano. En la caracterización de este personaje es clave su medio de movilidad, la nave, raíz de toda la familia de palabras (*nave–navegar–navegante*). De las expediciones antes nombradas, son igualmente recordados los *viajeros* como sus *barcos*, esto puede parecer lógico dado que el despacho de una nave estaba sujeto a numerosas inspecciones y una rutina burocrática que implicaban un buen número de materiales documentales conservados, sin embargo, sospecho aquí un punto de anclaje para el análisis.

¿Acaso tenemos presente el nombre de las naves que en 1519 usó Cortés para llegar a tierra e iniciar su camino hacia Tenochtitlan? Los textos las presentan como un motivo y los cronistas sólo recuerdan que “dieron con las naves al través”, o sea, que las encallaron para continuar la marcha a pie hacia el interior del continente e impedir la vuelta de los expedicionarios. El Concepción, el San Lázaro, el Santo Tomás, el Santa Águeda, el San Pedro, el Santa Catalina, el Victoria, por el contrario, siempre acompañan los nombres de Hurtado y Becerra de Mendoza, Hernando Grijalba, Francisco de Ulloa, Juan Rodríguez de Cabrillo y Hernán Cortés. En este caso, la nave se personifica, tiene un nombre que le da personalidad: desde las afamadas tres carabelas de Colón –la Pinta, la Niña y la Santa María– hasta la inmortal nao Victoria de Magallanes, donde regresa Elcano de la primera circunvalación del mundo, ciertas naves *tienen un lugar en la Historia y son un lugar desde donde se hace historia*.

Empleo la palabra 'Historia' (con mayúsculas) como texto o literatura; 'historia' (con minúsculas), en cambio, tiene el sentido de una práctica. La operación histórica es una actividad de producción que combina un lugar social (*un medio* en este caso), operaciones “científicas” y la escritura. Como explica De Certeau, a

quien estamos siguiendo en estas líneas, por “científico” entendemos al conjunto de reglas que permiten controlar operaciones que facilitan la producción de objetos determinados, por ejemplo, los mapas (Certeau, 2006, p. 68). Articulada con el barco, como un lugar o medio, y con la escritura, como una *forma* de acceder a la realidad, la cartografía es praxis histórica. Esto ilustra su estrecha relación con la navegación: los *caminantes de la mar incógnita* trazan las costas y componen sus mapas, representaciones a escala que ilustran aquello que estaba “separado de la vista” y que se hace visible en sus imágenes. El barco entonces es “un lugar” que permite explorar el punto de vista del navegante, su producción y validación del conocimiento. Aunque todas las primeras expediciones a California fueron en su mayoría adversas, arrojaron, no obstante, *secretos* valiosos para la perspectiva europea: la demarcación del mundo (León Portilla, 1989, p. 50).

La nave, el lugar donde el observador se desplaza, es representativa de los avances alcanzados por el ingenio humano en el siglo XVI, se trata de “las máquinas más complejas de la época” (Pérez-Mallaina, 1992, p. 75), un pequeño universo dotado de la mayor autosuficiencia posible. Cada navío debía “vencer las soledades oceánicas y acercar un poco más a los hombres de las diversas regiones del planeta” (p. 77). Por esta razón, un buque era “un almacén-vehículo-fortaleza”: en primer lugar era un medio de transporte, el más veloz de la época, pero también era “un almacén móvil de mercancías” y un “castillo dispuesto a la defensa o al ataque” (p. 77). En este sentido, uso aquí el concepto del barco como un *mundo abreviado*: cuando un barco zarpaba no sólo se trataba de una embarcación que servía como medio para transportar objetos y personas, en un sentido más amplio era también “una pequeña república flotante”, regida por leyes y jerarquías, en donde se continuaban todos los ámbitos cotidianos

de una sociedad (Trejo Rivera, 2003, p. 21 y ss). A bordo se reproducían muchas de las actividades de tierra, aunque a menor escala; y la vida en el barco pretendía seguir su curso normal, con sus prácticas y hábitos diarios, sólo que “adaptados al movimiento de las olas” (Trejo Rivera, 2003, p. 145).

No me refiero aquí a la navegación de altura, sino a la navegación costera, cuyo objetivo era el conocimiento de los litorales (las características del relieve costero, la manera de las corrientes marinas, los lugares con bancos de arena o zonas bajas, etc.). Muchas de las instrucciones fueron precisas al respecto, e incluían el impedimento puntual de entrar tierra adentro: “Y porque la voluntad de su Majestad es reconocer y demarcar, no ynviéis entrar en tierra”.¹² Imaginemos entonces que el mundo visitado está *a la vista* de quien se desplaza y que el contacto del navegante con el “afuera” está mediado por el barco, que reproduce en escala el mundo de origen. Desde la nave, nuestro personaje observa y dibuja los contornos del continente americano, representando el mundo exterior desde “un lugar” que le otorga el sentido identificador e histórico.

El navegante atraviesa y organiza el espacio americano, lo taxonomiza, disecta y fija, lo convierte en mapa desde el mundo abreviado del barco y el tiempo muerto del mar. Es entonces un espectador que recorre y contempla el paisaje, *pero sin encontrarse en él*; por esta razón, no es fácil de localizar en sus diarios de viajes o bitácoras pasajes que sugieran un lugar de pertenencia: el navegante, más que ningún otro viajero, está siempre en movimiento. En tal caso, el barco es un lugar que le permite tener sólo vistas parciales o recortes costeros, y su conocimiento y contacto con

¹² Aunque posterior a la primera etapa de exploraciones, el ejemplo corresponde a las Instrucciones del primer viaje de Vizcaíno (1602). Las reproduce Del Portillo y Díez de Sollano (1947, p. 303).

los habitantes de la zona está mediado por la condensación del hogar en el espacio reducido del barco. En este sentido, el barco puede ser metaforizado como un “satélite” que permite la observación sin contacto.¹³

Asimismo, en tanto *mundo abreviado*, la nave es una *prolongación* del punto de partida que permite un “fácil retorno”. No estoy diciendo aquí que las expediciones pudieron regresar fácilmente o sin contratiempos, la Historia me desmentiría, sin embargo sugiero que, en un sentido figurado, el viaje de los navegantes es circular. La organización o disposición del viaje –la *partida*, el *tránsito* o periplo y la llegada a un punto lejano y desconocido– implica para el navegante una vuelta al punto de partida (al menos en intención, dado que en muchos casos los barcos desaparecieron fatalmente con todos sus tripulantes).¹⁴ En otro conjunto de viajes por el Nuevo Mundo en el siglo XVI, en cambio, el *retorno* de los expedicionarios representa la finalización del ciclo, pero no necesariamente un movimiento circular, una vuelta al punto de partida.

Para muchos de los conquistadores, el Nuevo Mundo significó un punto sin regreso –un cambio de perspectiva, un nuevo punto de vista– y sus relatos pueden dar cuenta de los prolegómenos del criollismo.¹⁵ En la trayectoria de la

expedición a Tenochtitlan, por ejemplo, hay un punto determinado al que se dirigen los conquistadores, pero no hay *un regreso propiamente dicho*: tanto Bernal Díaz como Hernán Cortés permanecieron en el lugar de destino. En el caso de Cabeza de aca, otro de los caminantes, si bien éste regresa a la península ibérica, vive nueve años con los habitantes autóctonos de las regiones que recorre y ello tiene profundas implicaciones para el viajero, relacionadas todas ellas con el cuestionamiento de un modelo de percepción prefijado y traducidas en nuevos signos de identidad en el relato de su viaje. Si bien el discurso de los caminantes se compone en concordancia con la cultura original, hay una dimensión de la experiencia que abre un nuevo espacio de constitución del relato y de sus fundamentos. Sus representaciones no se sostienen todo el tiempo en la situación central de la sociedad de origen, también es posible observar ciertos desplazamientos en la subjetividad del viajero. El relato de viajes se convierte entonces en testimonio de una tensión no resuelta entre el mundo de origen y el mundo transitado, y la identidad del viajero se construye no de un movimiento de retorno (una vuelta al punto de partida) sino de la aceptación del camino recorrido y, por lo mismo, de la imposibilidad de una “vuelta” propiamente dicha.

Paso a paso, los caminantes dan cuenta de la conformación de una nueva identidad, siempre en conflicto y siempre escindida, entre la noción de “hogar” o el lugar desde donde se interpreta el mundo recorrido y el desplazamiento del mismo hacia el espacio cultural americano. A la vez, ya no es posible una narración del “hogar” idéntica a la previa, porque el viaje la ha modificado. En estos casos el *regreso* es un momento subjetivo de pertenencia a un lugar y se manifiesta en los textos como una “apropiación” de lo desconocido, seguido de una “renovación” de lo propio. El *regreso* implica al menos tres etapas en la narración de la travesía:

¹³ Agradezco este útil concepto al Dr. Mario Rufer y a su atenta lectura de este trabajo.

¹⁴ Esta vuelta circular puede entenderse como parte del circuito de comunicación colonial, donde se enviaba a los *adelantados* para tener noticias de aquello que se desconocía. La palabra ‘adelantado’ tiene aquí connotaciones administrativas –se trata del “ome metido adelante en algún fecho señalado mandado por el Rey” (*Autoridades*, 1770, p. 68)– e implica la adquisición de información de primera mano.

¹⁵ Por ‘criollismo’ entiendo un tipo de identidad que delimita una diferenciación con los peninsulares. Como he demostrado tanto en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* como en las *Cartas de relación*, pero sobre todo en los *Naufragios*, pueden identificarse ciertos pasajes donde el sujeto de la narración presenta nuevos signos de identidad (Rodríguez, 2009, *passim*).

primero, el arribo al lugar de destino; segundo, la permanencia en dicho lugar; y tercero, la duración en el contacto con lo distinto. En los viajes marítimos estudiados, en cambio, en muchos de los diarios o bitácoras que relatan dichos viajes, estas etapas se desdibujan, justamente porque la mediación del barco –ese *mundo de origen abreviado*– prolonga el punto de partida.

EL PUNTO DE VISTA DEL NAVEGANTE

“caminando por la misma derrota a
luego de la costa”.

Juan Páez

Conceptualizo aquí a la *nao* como una continuación o prolongación del mundo de origen. De esta forma, si bien todo viajero camina con un mundo a cuestas, el navegante lo reproduce en todo su recorrido. En cierta medida los caminantes suspenden la idea de hogar en su desplazamiento y esa suspensión implica una negociación con el sentido, con la forma de pensar, con la confianza del sujeto en sí mismo y en sus certidumbres. Bernal Díaz y Cortés, pero especialmente Cabeza de Vaca, caminan por el Nuevo Mundo replicando, hasta donde les es posible, sus prácticas originales en las negociaciones con el otro grupo, pero siempre incorporando los usos y costumbres del *otro* para la subsistencia cotidiana (Parodi, 2009, p. 20).¹⁶ Los navegantes, por el contrario, viven el viaje como una observación. Van a tierra en escasas ocasiones y únicamente para abastecerse de agua y leña. Son los habitantes de la zona, en cambio, quienes los visitan: “Es señora de estos pueblos una

¹⁶ Porque escapa a los objetivos de este trabajo, no me ocupo aquí de los ejemplos que pudieran ilustrar el discurso de los *caminantes* antes mencionados. Este trabajo es parte de una investigación mayor sobre la representación del espacio americano en el discurso de los viajeros europeos por el Nuevo Mundo en el siglo XVI, investigación que tiene como propósito deslindar las diferencias entre el discurso de los caminantes y el discurso de los navegantes.

india vieja, que vino a las naos y durmió dos noche en la Capitana, y lo mismo muchos indios”.¹⁷ El “contacto” es entonces sólo de la población que el navegante observa. Esto reviste especial importancia en términos de la puesta en escena del poder/saber: los visitados conservan así el derecho de admisión y fiscalización de los *otros*, sin cambiar la dimensión espacial simbólica del lugar de origen. Por lo mismo, el intercambio del navegante está mediado por la condensación del hogar en el espacio reducido del barco y de esta manera el punto de partida o *la partida* no es aquí un quiebre o una separación del mundo de origen, sino una continuación del mismo, modificado, claro está, por la reducción del espacio, el meneo de las olas y las incertidumbres del océano.

No se trata entonces del asentamiento sino del movimiento. El punto de partida se prolonga, el arribo al destino se aplaza y la duración en el contacto con lo distinto se suspende.¹⁸ Lo que queda es entonces el desplazamiento de los navegantes, y éste se representa en los textos con un tipo de organización narrativa propia del relato de viajes. El narrador precisa la ruta seguida dando una serie de coordenadas espacio-temporales y las articula con verbos de movimiento:

Jueves, 30 del dicho mes, salimos de la barra á surgir en compañía de la Capitana, media legua de la tierra, donde surgimos en doce brazas limpio, arena blanca, menuda; este dicho puerto está en 16

¹⁷ Se trata del “Viaje por las costas de California de Juan Rodríguez de Cabrillo”, *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*, Instituto Histórico de Marina, Madrid, 1943, I, p. 37.

¹⁸ Es ilustrativo al respecto el caso de la búsqueda del Estrecho de Anián, el cual se pensaba conectaba el océano Pacífico con el océano Atlántico por algún punto en extremo Norte del globo. En tanto móvil de numerosos viajes marítimos, el anhelado estrecho es expectativa (punto de partida), objetivo utópico (destino siempre desplazado) y escaso contacto con los habitantes de la zona. Analizo todos estos puntos en un trabajo en preparación titulado “Mareantes mareados: el estrecho de Anián y las *naos* a California”.

grados é medio; otro día, viernes treinta y uno del mes, nos hicimos á la vela por mandado de la Capitana, é corrimos aquel día de las nueve hasta la tarde.¹⁹

En el conjunto, los verbos de movimiento (“salimos”, “surgimos”, “corrimos”) y las coordenadas espacio-temporales representan el desplazamiento progresivo del navegante, generando la ilusión de un mundo recorrido. La composición de lugar es la forma de organización característica del relato de un viaje: el viajero nombra lugares y los describe conforme a la narración de un derrotero y una cronología. A diferencia del discurso de los caminantes, que contiene más referencias espaciales que cronológicas, o donde éstas están difuminadas y no permiten el computo preciso de los días, en el discurso de los navegantes, en cambio, las referencias temporales son precisas y abundantes: esto se debe al diario o bitácora, un tipo de organización narrativa más temporal que espacial. En el relato de viajes, el espacio da el orden del itinerario, porque son los lugares –y no el tiempo– los que organizan el texto; la organización del diario o bitácora, en cambio, es cronológica,²⁰ y por ello las coordenadas temporales son puntuales (“Jueves, 30 del dicho mes” / “otro día, viernes treinta y uno del mes”).

Como parte de la estructura del relato de viajes, el eje horizontal o sintagmático, que da la progresión del viaje, se articula

¹⁹ El ejemplo corresponde a la segunda expedición organizada por Cortés, “Relación y derrotero de una armada de dos navíos, Concepción, Capitana, y San Lázaro, que salió del Puerto de Santiago en el Mar del Sur, de órden (sic) de Hernán Cortés, mandada por Hernando de Grijalva y el piloto Martín de Acosta, portugués, a descubrir el Mar del Sur”, *Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*, Imprenta de José María Pérez, 1870, Tomo XIV, p. 129. En adelante cito como *Relación y derrotero*.

²⁰ Uso aquí el concepto de ‘relato de viajes’ como cada una de las realizaciones del discurso de los caminantes y ‘diario o bitácora’ como cada una de las realizaciones del discurso de los navegantes.

con el eje vertical o paradigmático, que ofrece la información obtenida durante el viaje (Guéret-Laferté, 1994, p. 49).²¹ En el caso particular de los diarios de navegación en cuestión, la información proporcionada por los navegantes se condensa en la descripción de las costas:

[...] toda esta costa deste día es muy brava, y ay mucha mar de leva y la tierra es muy alta; hay montañas que se van al cielo y la mar bate en ellas; yendo navegando cerca de tierra, parece que quieren caer sobre las naos, están llenas de nieve [...] y al principio dellas hace un cabo que sale á la mar [...] córese la costa Nor Norueste, Su (sic) Sueste; no parece que habitan indios en esta costa; está claro este Cabo de Nieve en 38 grados y 2 tercios, y siempre ventaba Norueste, hacía claro y limpio tiempo.²²

Como decía en un principio, el objetivo de todo navegante es “hacer seguros los caminos de la mar”; por esta razón, el tipo de registro del diario o bitácora (y por añadidura de la cartografía costera) es utilitario, orientado a la representación puntual de las costas (“toda esta es muy brava y la tierra es muy alta”) y a la manera en que corren los vientos o las corrientes marinas (“ventaba Norueste”). En las claves de De Certeau, asistimos aquí al nacimiento de un “experto”: hacer seguros los caminos de la mar implica crear una *estrategia* (el discurso cartográfico) mediante la experticia. En ese sentido, es parte del nacimiento de la ciencia moderna como una forma de

²¹ Según Eugenia Popeanga (1991, p. 162) se trata de dos planos, uno “descriptivo-estático” y otro “dinámico-narrativo”.

²² El ejemplo corresponde al viaje de Cabrillo, “Relación del descubrimiento que hizo Juan Rodríguez navegando por la contracosta del Mar del Sur al Norte, hecha por Juan Páez. Julio de 1542”, *Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*, Imprenta de José María Pérez, 1870, Tomo XIV, p. 184. En adelante cito como *Relación del descubrimiento*.

domesticar el mundo ordinario (que es por definición incierto y contradictorio).

Al igual que el cómputo progresivo de los días, el posicionamiento del navegante en su derrotero tiende a ser también exacto,²³ y puede incluir la inscripción de topónimos (“Cabo de Nieve”) y de coordenadas precisas (“38 grados y 2 tercios”) en los textos. El navegante se desplaza *poniendo los ojos en la tierra*, de manera que ofrece un punto de vista particular. Por ‘punto de vista’ entiendo una determinada conciencia del personaje-narrador, que refleja su vivencia del mundo y del resto de los personajes. En este caso, se trata del punto de vista de un observador que, a su paso y con una mirada distante, describe los *recortes costeros*. En efecto, la palabra (re)corte sirve para ilustrar aquí aquello que fue señalado: el navegante tiene, más que ningún otro, sólo vistas parciales. No hay aquí intercambio, ni negociación, no hay conflicto, no hay aliados ni antagonistas y, por lo mismo, las cosas *aparecen* y *desaparecen* en la perspectiva del narrador. Su contacto se limita a una aproximación visual: “no *parece* que habitan indios en

esta costa”, que es lo mismo que decir «como no *aparecen* en la costa, como no se dejan ver, *parece* que no hay indios». Prepondera entonces el paisaje recortado por la mirada lejana de un observador y a esta mirada no escapan las cosas asombrosas halladas en el camino:

[...] pasó junto á la nao un peixe que nunca supimos decir qué era; unos decían que era hombre marino, otros que era lobo, alzó la cabeza contra nosotros á mirarnos tres ó quatro veces (*Relación y derrotero*, p. 131). En medio del golfo, entre la tierra firme y la isla, hallamos otra vez aquel peixe que dice en esta otra parte que salió junto a la nao; é lo vimos en tan junto que lo podemos divisar largamente, el qual se regocijaba ni más ni menos que un mono, sabulléndose é bañándose con las manos en un rato, é mirándonos á nosotros como que tuviese una manera de sentido (p. 136). El peje que vimos semejaba á estos aunque no devisamos si tenía escama ó no, que parecia la color de tonina, lo demás tenia ni mas ni menos los brazos é manos monstruos, porque vimos levantarse en aire fuera de la mar (p. 142).

Esta extraña compañía, un *pez-hombre-lobo*, habla más del mundo del navegante que del mundo referenciado. El viajero interpreta lo observado presentándolo a los lectores, pero su comprensión está mediatizada por el imaginario del siglo XVI, y pone de manifiesto que sus relatos y mapas están poblados de las fantasías y los seres insólitos que podía imaginar. En este sentido, el discurso del descubrimiento de América en general es un magnífico registro de las precisiones y limitaciones de las representaciones europeas, pero sólo de ellas (Stephen Greenblatt, 1992, p. 23).

Decía entonces que el intercambio está condicionado por el barco, un lugar alejado desde donde se observa a la distancia; sin embargo, éste no es el único rasgo destacable del punto de vista del navegante. También es común encontrar en las

²³ No obstante, hoy sabemos que los registros de la época eran *estimados*. El problema básico consistía en determinar en qué posición geográfica se encontraba la nave respecto del punto de salida y para ello el navegante llevaba un registro del rumbo y la distancia recorrida, posicionando su nave en una carta de navegación. Las cartas de entonces eran *cartas planas*, es decir, una representación que no reflejaba el hecho de que la tierra es un globo. Esto daba por resultado bastantes imprecisiones y por esta razón la nave se gobernaba *por estima* (García Cruz, 2009, p. 188). En la época, para la determinación del rumbo los navegantes usaban la *aguja de marear*—que marca el norte magnético y da un punto fijo con el cual se puede dar seguimiento de la travesía—y también la *rosa de los vientos*. Para la determinación de la distancia recorrida se valían de una *ampolleta* o reloj de arena y una *corredera de barquilla*, que le permitían determinar la velocidad del buque. El problema de situarse geográficamente se resolvía con el *astrolabio* (astro: estrella, labio: el que busca, es decir, *el que busca estrellas*), que permitía la medición de la altura del sol o de la estrella polar.

relaciones una especie de prolongación del viajero con su medio de movilidad. Se trata de la personificación del navío o la continuación del cuerpo del navegante en la nave, un tipo de prosopopeya que consiste en conceder atributos humanos a los barcos: “y así *corrimos* al Nornorueste” (*Relación y derrotero*, p. 131); “...fueron *caminando* por la misma derrota a luego de la costa...”; “... *caminaron* muy poco estos días por los ruines tiempos...” (*Relación del descubrimiento*, p. 167). Los verbos “corrimos” y “caminamos”, acciones propia de seres animados, tienen aquí el significado de *navegamos*. El barco se hace cuerpo: “en este mismo día nos dio un viento Norte, que *no podíamos sufrir más* de los papaigos” (*Relación y derrotero*, p. 133), “*nos fatigaba* mucho la mar y el viento...” (*Relación y derrotero*, p. 129). Parece evidente que la mar y el viento castigaban al barco y, por añadidura, la tripulación del mismo se fatigaba; sin embargo, aquí es el barco quien se “fatiga” o “sufre”. Este uso semántico particular indica que, como ha señalado María Jesús Benites, “quien navega, establece con el barco una proyección de sí mismo” (2008, p. 157).

En todos los casos, hay una transposición de valores humanos, una concesión de atributos humanos (caminar, correr, fatigarse, sufrir) al objeto inanimado, pero, además, en esta “corporización” el barco es parte de un organismo *continente* de los navegantes: el barco es un cuerpo que contiene y lleva ideas, identidad, sociedad y cultura. Decía que la *nao* es un *mundo abreviado*, una casa que se traslada con el viajero a lo largo del viaje; en este sentido, el barco es un refugio, es protección y resistencia. Por lo mismo, se hace evidente el acoplamiento. El barco es “un elemento vital” en la vida y el viaje del navegante (Benítez, 2008, p. 68) y, como ha indicado Bachelard, “el espacio habitado trasciende el espacio geométrico” (2001, p. 79). Quizás

por ello el barco nunca es un elemento inerte en el discurso de los *caminantes de la mar*.

BIBLIOGRAFÍA

- Bachelard, G. (2001). *La poética del espacio*, traducción de Ernestina de Champoucin. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ballesteros Beretta, A. (1948). Hernán Cortés y el ansia de inmensidad. *Revista de Indias*, (31/32), 7-10.
- Benites, M. (2008). Entre el asombro y el espanto: un acercamiento a la *Relación* de Fray Gaspar de Caravajal por Río Grande de las Amazonas. *Telar. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Tucumán*, (6), 54-74.
- (2008). *Con la lanza y con la pluma. La escritura de Pedro Sarmiento de Gamboa*. San Miguel Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos—Universidad Nacional de Tucumán.
- Castañeda de Nájera, P. (1896). Relación de la jornada de Cibola. edición de George P. Winship, *14th Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington, Smithsonian Institute, II, pp. 414-469.
- Cortés, H. (1993). *Cartas de relación*, edición de Ángel Delgado Gómez, Madrid: Castalia (Clásicos Castalia: 198).
- Certeau, M. de (2006). *La escritura de la historia*. Traducción de Jorge López Moctezuma. México: Universidad Iberoamericana.
- Gandía, E. (1929). *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*. Madrid: Sociedad General Española de Librería.

- Régules, S. (2009). Navegación: arte y ciencia de la orientación. *¿Cómo ves? Revista de divulgación de la ciencia de la UNAM*, 11, 22-25.
- Portillo y Díez de Sollano, A. del (1947). *Descubrimientos y exploraciones de las costas de California*, Madrid: Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-americanos de Sevilla (Serie monografías: 7).
- Díaz del Castillo, B. (2005). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición de José Antonio Barbón Rodríguez. México: El Colegio de México–Universidad Nacional Autónoma de México–Servicio Alemán de Intercambio Académico–Agencia Española de Cooperación Internacional.
- Diccionario de Autoridades* (1770). Madrid: Real Academia Española.
- Estrada, O. (2009). *La imaginación novelesca. Bernal Díaz entre géneros y épocas*. Madrid: Iberoamericana–Vervuert (Nuevos Hispanismos: 7).
- Favier, J. (2004). *Los grandes descubrimientos. De Alejandro a Magallanes*, México: Fondo de Cultura Económica.
- García Cruz, J. (2009). El arte de llegar a puerto. Matemáticas y navegación desde la Antigüedad hasta el siglo xvii. En I. Marrero (Coord.), *Descubrir las matemáticas hoy* (pp. 183-200). Tenerife: Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, Tenerife.
- Greenblatt, S. (1992). *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*. Chicago: University of Chicago.
- Guéret-Laferté, M. (1994). *Sur les routes de l'empire Mongol: Ordre et rhétorique des relations de voyage zur xiii et xiv siècles*. Paris: Honoré Champion (Nouvelle Bibliothèque du Moyen Âge: 28).
- Hilton, S. (1992). *La Alta California española*. Madrid: Mapfre.
- Jiménez, A. (2006). *El gran Norte de México. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*. Madrid: Tebar.
- Leonard, I. (1996). *Los libros del conquistador*, traducción de Mauricio Monteforte Toledo, México: Fondo de Cultura Económica.
- León-Portilla, M. (1989). *Cartografía y crónicas de la antigua California*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Martínez, J. (1990). *Hernán Cortés*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Mignolo, W. (1995). *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization*. Ann Arbor: University of Michigan.
- O'Gorman, E. (2004). *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Parodi, C., K. Dakin y M. Montes de Oca (Eds.) (2009). *Visiones del encuentro de dos mundos en América*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Estudios Coloniales Iberoamericanos.
- Pérez Mallaina, P. (1992). *Los hombres del océano. Vida cotidiana de los tripulantes de las flotas de Indias. Siglo xvi*. Sevilla: Diputación de Sevilla.
- Popeanga, E. (1991), El discurso medieval en los libros de viajes. *Filología Románica*, 8, 149-162.
- Rodríguez Prampolini, I. (1977). *Amadises de América: la hazaña de indias como empresa de caballerisca*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.

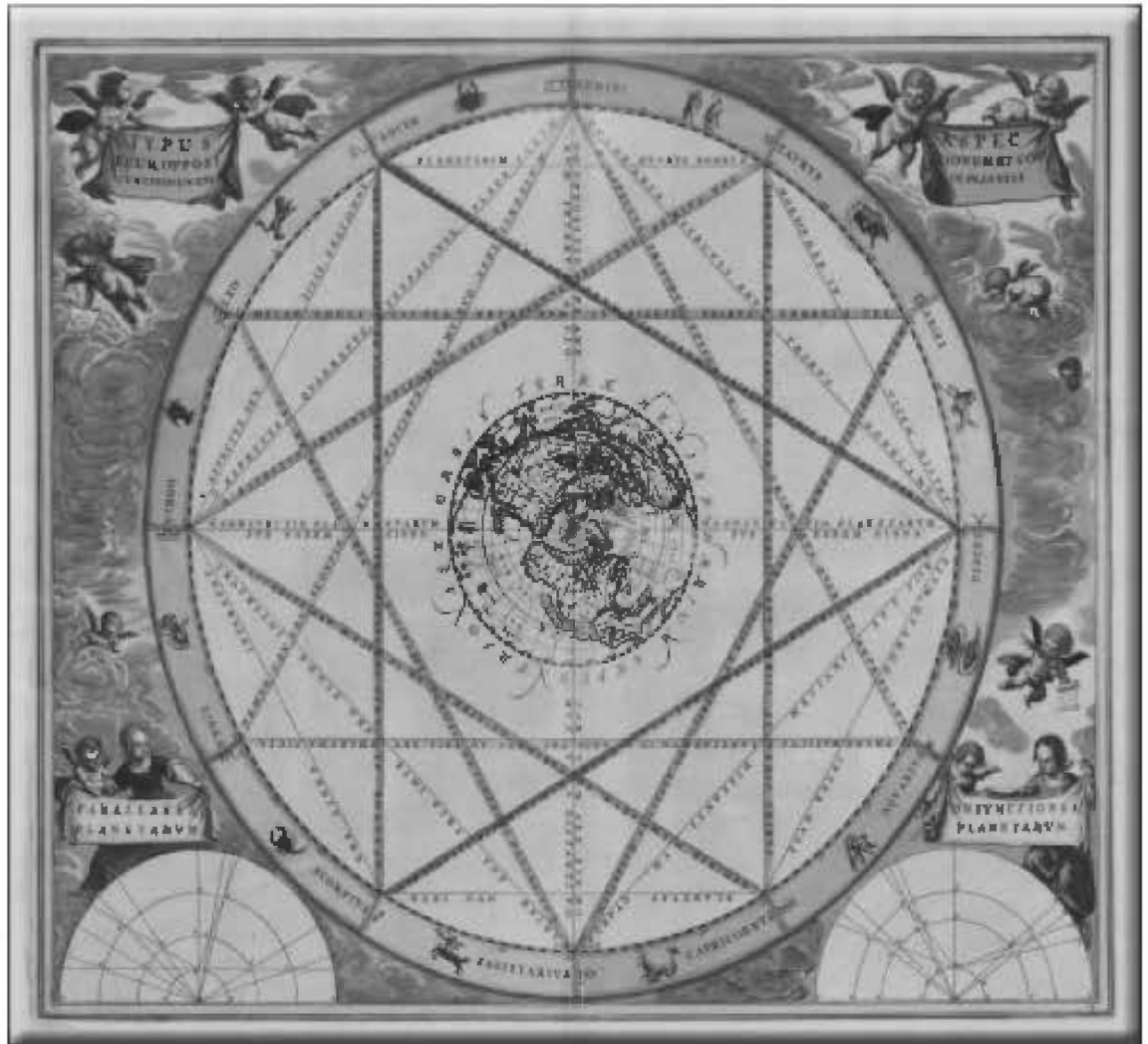
Relación y derrotero de una armada de dos navíos, Concepción, Capitana, y San Lázaro, que salió del Puerto de Santiago en el Mar del Sur, de órden (sic) de Hernán Cortés, mandada por Hernando de Grijalva y el piloto Martín de Acosta, portugués, a descubrir el Mar del Sur, *Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*, Imprenta de José María Pérez, 1870, tomo xiv, pp. 128-142.

Rodríguez, J. (2010). *Conexiones transatlánticas: viajes medievales y crónicas de la conquista en América*. México: El Colegio de México.

Trejo Rivera, F. (coord.) (2003). *La flota de la Nueva España 1630-1631*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Viaje por las costas de California de Juan Rodríguez de Cabrillo, *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*, Instituto Histórico de Marina, Madrid, I: 1943.

§§§



Andreas Cellarius,
*Typus Aspectuum
oppositionum [...]*
(1660)

FRAY PEDRO DE AGUADO Y SU RECOPILACIÓN HISTORIAL

Hugo Hernán Ramírez
Universidad de los Andes (Colombia)

Resumen:

Este artículo caracteriza la primera crónica sobre Colombia y Venezuela que fue editada bajo el nombre de *Recopilación historial* y que se debe al franciscano andaluz Pedro de Aguado. Se presentan primero algunos datos sobre el autor y las condiciones de escritura de la obra. Luego se muestran tres rasgos distintivos de la *Recopilación*, como son el hecho de que la obra ofrece una colección de historias de ciudades, omite información sobre historia eclesiástica y ha sido valorada desde perspectivas que privilegiaban lo “nacional” de Venezuela o Colombia. En seguida se muestra la relación entre la obra de Aguado y los *Cuestionarios para la formación de la relaciones geográficas de Indias* y al final se caracteriza el problema de las fuentes escritas y orales de la *Recopilación*. Parte del interés de esta obra radica en que ella fue la fuente de cronistas posteriores que han gozado de mayor fortuna crítica como son Fray Pedro Simón o el Inca Garcilaso de la Vega. Por lo tanto, se recomienda preparar una edición crítica de la obra en donde un cuidadoso ejercicio ecdótico incluya, entre otras cosas, cotejar nuevamente el manuscrito, depurar la transcripción y anotar ampliamente el texto.

Palabras clave: Crónica, *Recopilación historial*, Aguado, Nueva Granada.

Abstract:

This article characterizes the first chronicle of Colombia and Venezuela, edited under the title *Recopilación historial*, attributed to the Andalusian Franciscan Pedro de Aguado. First, some dates about the author and the context of the redaction are presented. Then, three distinctive traits of the *Recopilación* are shown: it includes a series of cities' histories, it omits information on ecclesiastic history, and it has been esteemed by those points of view that focus on nation-building in Venezuela or Columbia. After that, the relationship between the work of Aguado and the *Cuestionarios para la formación de la relaciones geográficas de Indias* are demonstrated; finally, problems surrounding the written and oral sources of the *Recopilación* are discussed. Part of the importance of this work is found in the fact that it was the source for later chroniclers who have received much more attention, such as Fray Pedro Simón or the Inca Garcilaso de la Vega. Therefore, it is suggested to prepare a critical edition of the work with a careful ecdotic treatment that would include a reexamination of the manuscript, a revision of the transcription, and the addition of ample annotations.

Keywords: Chronicle, *Recopilación historial*, Aguado, New Granada.

Artículo recibido: 18.11.2009

Artículo aceptado: 05.06.2010

En 1981 Walter Mignolo propuso una tipología de la producción historiográfica sobre el descubrimiento y la conquista de América tomando como pilares algunas concepciones historiográficas del XVI y el XVII (Luis Vives, Cabrera de Córdoba, Jerónimo de san José, etc.) y los textos

propriamente dichos producidos en o sobre América (Gómara, Cieza, Godoy, etc.). La idea era estudiar en términos de “formaciones discursivas” (expresión acuñada por Michel Foucault en *L'archeologie du savoir*) tipos textuales como “Relación”, “Historia”, “Vida” a fin de mostrar cuán complejo era rotular

bajo la palabra “crónica” toda la producción historiográfica asociada al descubrimiento y la conquista de América. Posteriormente, los trabajos de Oesterreicher, Stoll, Martinell y Padrós (1998) permitieron ver que a la hora de estudiar cronistas de Indias, el “metatexto historiográfico” no sólo era insuficiente sino que conducía a error y que quizá era mucho más productivo tener en cuenta todo el tejido de “tradiciones discursivas” (Koch, 1997; Kabatek, 2001) de la época, por ejemplo, el libro de viajes, la novela de caballería, el discurso jurídico, etc.

Las dos perspectivas generaron novedosos estudios y cuidadas ediciones de historiografía americana, pero aun con esos impulsos teóricos, siguen rezagadas muchas obras. La *Recopilación historial* de fray Pedro de Aguado es uno de esos casos de obra poco estudiada y aun sin una cuidada edición.¹ En las páginas que siguen presentaré primero algunos datos sobre Pedro de Aguado, enseguida describiré tres características de la *Recopilación historial*, en tercer lugar mostraré la relación entre la obra de Aguado y las normativas oficiales y al final caracterizaré brevemente el problema de las fuentes escritas y orales de la *Recopilación historial*.

EL DESCONOCIDO FRAY PEDRO DE AGUADO

Los datos a propósito de la vida de Pedro de Agudo son muy inciertos. Sabemos que nació en Valdemoro (Provincia de Madrid) pero hasta hace poco se dudaba

¹ Sobre Aguado y su crónica puede verse: Fals-Borda (1955), Morón (1956), Friede (1964), Cobos (1966), Vaquero (1981), Navarro (1993) y Borja (2002). Para este artículo usaremos siempre la edición de la *Recopilación historial* preparada por Juan Friede (1956) e indicaremos entre paréntesis el tomo con números romanos y la página con números arábigos. Este artículo es sólo una presentación parcial de un proyecto de investigación más amplio sobre las tradiciones discursivas en la literatura de Nueva Granada que adelanta el autor en la Universidad de Tübingen, gracias a una beca Alexander von Humboldt.

de la fecha de nacimiento; mientras Juan Friede (1957, p. 21) aseguró que debió ser en 1513, Guillermo Morón (1956, p. 401), con base en una partida de bautismo, sostuvo que fue en 1538. Se sabe que Aguado llegó a América en 1561 y tuvo la oportunidad de vivir en el Nuevo Reino de Granada entre 1562 y 1575, primero como fraile y luego en calidad de Provincial Franciscano de la provincia de Santa Fe.

A propósito de la *Recopilación historial* y su relación con la vida del autor se tienen noticias de que en 1568 ya estaba trabajando sobre un manuscrito dejado en Bogotá por Fray Antonio Medrano, manuscrito que contenía los antecedentes de lo que hoy conocemos como *Recopilación historial* y, aunque no se tiene certeza del estado en que estaba el trabajo de Medrano, Aguado mismo se reconoce como heredero de aquel (I, p. 106). En 1579 ubicamos a Aguado en Madrid adelantando trabajos relacionados con su cargo administrativo en la Orden y con la actividad misional de los franciscanos en Nueva Granada; ese mismo año concluyó en España la *Recopilación* y reportó el inicio de la búsqueda de las licencias de impresión de sus libros. Tal licencia fue otorgada en 1582, pero el texto no fue impreso y quedó manuscrito rodando por el Monasterio del Escorial, la Biblioteca de la Universidad de Valencia, la Biblioteca del Palacio Real de Madrid y, finalmente, la Biblioteca de la Real Academia de Historia (Fals-Borda, 1955, pp. 203-220). Con las licencias de impresión y cumplida la misión encargada por los franciscanos, Aguado desaparece de la vida pública.

En la actividad misionera de fray Pedro de Aguado se combinaron la posibilidad de conocer de cerca detalles de la vida de los indios que evangelizaba y la viabilidad de adelantar su trabajo de historiador. Esa actividad paralela de evangelizador-cronista, común en la época, es legitimada por mandatos Reales que piden contar las

tradiciones de los pueblos de Indias. No obstante, en el cumplimiento de tal deber, el cronista, además de contar lo que ve mientras está cerca de los indios, y en algunos casos dar cuenta de los abusos cometidos por los conquistadores, también deja traslucir una fuerte influencia de los relatos y el imaginario medievales, como ya ha sido señalado por la crítica (Borja, 2002, pp. 93ss).

TRES CARACTERÍSTICAS DE LA *RECOPILACIÓN HISTORIAL*

Quizá la primera característica de la *Recopilación historial* es que hace historia de ciudades y con ello contribuye a fortalecer la imagen de ciudad como modelo de dominación. Dado que la obra se escribe haciendo una serie de monografía sobre pueblos, es relativamente fácil elaborar un listado del contenido que permite ver no sólo que al autor no le interesa el orden cronológico, sino que en algunos casos no ofrece datos contundentes sobre expediciones o fundaciones. Las ciudades y los periodos que refiere son los siguientes: en la primera parte Bogotá, Vélez y Tunja entre 1536 y 1564, Tocaima en 1546, Pamplona en 1550, Ibagué en 1550, Mariquita en 1549, San Juan de los Llanos en 1555, Victoria hasta 1559, Mérida en 1558, Muzo en 1543, San Cristóbal en 1561, Remedios en 1561, La Palma en 1561 y San Vicente de Páez en 1563. En una segunda parte la crítica suele ubicar la historia general de la gobernación de Venezuela que presenta de forma general el período que va de 1528 a 1544, la historia de la parte oriental de Venezuela que presenta de forma general el período que va de 1525 a 1540 y la historia de Cartagena de Indias que presenta de forma general el período que va de 1532 a 1538. La última parte de la *Recopilación historial* es una extensa presentación de la historia de Pedro de Ursúa, desde su salida de Bogotá en 1555

hasta su llegada al Perú en 1558 y de la historia de Lope de Aguirre hasta 1562.

Aguado escribe en un momento en que desde España se invitaba a reunir a los indios en pueblos para facilitar la evangelización, para ceñirlos a las costumbres peninsulares, para facilitar el dominio sobre hombres y tierras, para garantizar mano de obra barata y calificada (útil en las labores de construcción, servicios domésticos, transporte y explotación minera) y para proteger a los aborígenes de una violencia que era considerada como connatural.

Otra de las características en la obra de Aguado es la ausencia de desarrollos sobre temas relacionados con la historia eclesiástica, cuestión tanto más sorprendente si se advierte que Aguado cumplió funciones administrativas de los franciscanos en América y España. Varias de las hipótesis que se pueden proponer para justificar esta carencia fueron esbozadas por Friede en su “prólogo” a la obra de Aguado (1956, I, pp. 10ss): el propósito de escribir una historia eclesiástica por separado, el deseo de evitar contrariedades generadas por un diagnóstico desafortunado de la obra misionera, el escaso éxito de la labor evangelizadora en el territorio e incluso la negligencia y el descuido del autor. Lo que sí es claro es que Agudo, a pesar de no detenerse en temas religiosos, no tiene reparo en criticar las desafortunadas medidas de Felipe II en lo que hace a la cuestión misionera.

Atanasio López justifica la ausencia de datos sobre historia eclesiástica en la obra de Aguado de la siguiente manera: “su silencio se explica por la poca armonía que existía entonces entre los religiosos [...] presumía el P. Aguado que haciendo la historia de los misioneros podría ocasionar disgustos así que creyó más prudente apelar al silencio” (López, 1921, p. 69). López, por otra parte, rescata para la historiografía misional neogranadina la

Historia memorial de la fundación de la provincia de Santa Fe del Nuevo Reino de la Orden de nuestro Seráfico Padre San Francisco obra de Fray Esteban de Asensio, texto que abarca el período 1550 – 1585. La referencia a esta obra es importante no sólo porque su escritura es contemporánea a la obra de Aguado, sino porque su autor fue el fraile encargado de sustituir a Aguado cuando éste viajó a España. A propósito de ese período, al parecer muy convulsivo entre los franciscanos bogotanos, el padre Asensio se refiere a la sucesión de Aguado en estos términos:

[...] en la cual comisión [la sucesión] pasó muchos trabajos el dicho fray Esteban se Asensio, por cuanto los Definidores lo depusieron del oficio de Comisario, diciendo que el Provincial le había dejado la comisión sin parecer de ellos, y después de esto, el tiempo que le había de durar la comisión, hubo otros dos comisarios provinciales sucesivamente, entre los cuales y el dicho fray Esteban hubo muchos y muy varios sucesos, en los cuales el dicho fray Esteban pasó muchas persecuciones por espacio de dos años, hasta que llegó el tiempo de el Capítulo de la elección del siguiente Provincial, donde se acabaron las persecuciones manifiestas de fray Esteban de Asensio (López, 1921, p. 78).

Son curiosas las repetidas referencias a las persecuciones y los problemas padecidos por el comisionado, pero no es menos curioso que en ninguna parte dice explícitamente qué pasa, lo que justifica también la sospecha de que Aguado se abstuvo de escribir sobre la actividad misional en Nueva Granada porque podría general irritación entre los miembros de unas comunidades religiosas que vivían en una sociedad conflictiva.

El tercer rasgo característico de la *Recopilación historial* es que al ofrecer algunas historias sobre poblaciones de la actual Colombia y después algunas historias sobre poblaciones de la actual Venezuela,

Aguado ha sido calificado como primer historiador de Colombia y Venezuela (Fals-Borda, 1956). En efecto, tradicionalmente la crítica establece una división de la *Recopilación historial* entre “Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada” (Bécker, 1916) e “Historia de Venezuela” (Bécker, 1950). El título de la primera parte es problemático porque la ciudad de Santa Marta apenas si es nombrada y porque allí se incluyen varias ciudades venezolanas. El título de la segunda parte es igualmente problemático porque buena parte del contenido de este libro está dedicado a la fundación de una ciudad colombiana (Cartagena), a expediciones por la zona oriental del piedemonte de la cordillera oriental de Colombia y porque incluye las historias de Ursúa y Aguirre.

Este último aspecto es otra razón que evidencia las dificultades generadas por la división de la *Recopilación historial* entre “Historia de Santa Marta...” e “Historia de Venezuela”. En efecto, si bien Aguado parece no estar interesado en escribir la epopeya de tal o cual conquistador, es un hecho que las historias de las ciudades y los pueblos lo llevan a destacar la labor de quien lideró en un determinado momento las empresas conquistadoras; eso justificaría que siga la pista a conquistadores como Nicolás de Federmann independientemente de que esté en Bogotá o en territorio “venezolano”. Justificaría también, parcialmente al menos, la última parte dedicada a Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre, dos historias que, si bien pudieron ser incorporadas por su ejemplaridad, ofrecen los pasajes más interesantes desde el punto de vista narrativo tanto por la manera en que configuran los personajes, como por la manera en que se van sucediendo los hechos.

EL CRONISTA Y LA NORMATIVA OFICIAL

Pedro de Aguado, desde la dedicatoria

de su obra al Rey, dice que cuenta cosas de las que fue testigo; al referir su propia mirada, el cronista recurre al tópico de la “certificación autóptica” que le permite usar el recurso retórico e invocar su propia experiencia para refrendar el carácter extraordinario, pero cierto, de lo que cuenta (Martinell, 1998, p. 113).

Sin embargo, cuando se lee la *Recopilación historial* es posible encontrar esquemas que se repiten y evidencian la participación de la obra en una tradición discursiva (Kabatek, 2005, p. 261). Participar de una tradición discursiva implica, por lo menos tres asuntos: el uso de unas fórmulas discursivas, implica igualmente que hay una relación de la *Recopilación* con textos previos, asociados en este caso a los lineamientos generales trazados desde España y, finalmente implica que hay una manera particular de ver la realidad marcada, en este caso, por intereses abiertamente burocráticos. Fórmulas, textos y realidad se presentaban, por ejemplo, a través de formularios que evidenciaban la necesidad de registrar los recientes acontecimientos americanos en documentos que, al menos en teoría, servirían de base a la política indiana. Dice Aguado:

Porque en el discurso de quince años, los mejores de mi vida que me empleé en la predicación y conversión de los idólatras que como bestias vivían en el Nuevo Reino de aquellas Indias en servicio del demonio, entendí, por muchas cédulas que vi de V.M., el celo que tiene tan católico del aprovechamiento y conversión de aquellas ánimas [...] he visto también que con mucho cuidado y muchas veces ha enviado a mandar le avisen de los ritos y ceremonias y sacrificios con que aquella gente, por industria de sus jeques o moanes, sirven a los demonios como a sus dioses y las demás cosas que pasan en deservicio de Dios y desacato de la Corona Real, para proveer en ello lo que convenga a la gloria de Dios Nuestro Señor y al servicio de la Majestad Católica (I, p. 107).

Es claro que Aguado tiene conciencia de funcionario al servicio de Dios y de la Corona y que esa conciencia motivó parcialmente su crónica. Aguado alude abiertamente a las distintas disposiciones Reales enviadas con el propósito de recabar información sobre América, sabe de ellas y reconoce su importancia de cara a la buena marcha de los negocios del reino. Surge una pregunta ¿cuáles eran esas disposiciones Reales de las que Aguado tuvo razón?

Un rápido repaso de algunas de las disposiciones Reales sobre informaciones de Indias que circularon en el siglo XVI permitirá mostrar el telón de fondo que sirvió al cronista de justificación, pero también permitirá entender en qué tradición se engarza esta crónica que, parece responder a la tradición de los formularios. En efecto, mientras Pedro de Aguado preparaba su *Recopilación historial* se promulgaron formularios² como los siguientes:

* En 1563 se muestra el deseo de conocer los antecedentes prehispánicos de una política tributaria; se pide informar “qué tributos y cuántos, y qué valor tenían los que daban a los principales sus caciques, que eran sujetos al señor Universal, y qué valdrían en cada un año [...] así mismo os informéis también si la paga de los tributos era por razón de las haciendas que poseían y labraban y cultivaban, o por razón alguna, o por respecto a sus personas y así por cabezas” (Solano, 1988, p. 8-10).

* El 23 de enero de 1569 se piden descripciones geográficas y eclesiásticas, informes estos que, sin embargo, superan la descripción física y contemplan la preocupación metropolitana por lo político. Así, en un documento enviado a México se pide informar: “de algunas personas, así

² Ya antes de 1560 eran comunes los formularios, algunos de ellos han sido publicados por Solano (1988, p. 3-7) y fechados, por ejemplo, el 1 de marzo de 1530, el 19 de diciembre de 1533 o el 27 de noviembre de 1548, etc.

eclesiásticas como seculares, de los más expertos, antiguos y discretos de su iglesia y diócesis, de lo que saben, creen, entienden, hubieren visto, oído decir, que en cualquier manera pertenezca a la [reciente] visita del Consejo de Indias y de las personas visitadas...” (Solano, 1988, p. 11-15).

* El 16 de agosto de 1572 se pide a la Audiencia de Quito reunir documentos, memoriales e informes varios que ofrezcan datos sobre el periodo prehispánico, el descubrimiento y la conquista. Piden enviar “alguna historia, comentario, o relaciones de alguno de los descubrimientos, conquistas, entradas, guerras o facciones de paz o de guerra que en esas provincias o en partes de ellas hubiere habido desde su descubrimiento hasta los tiempos presentes...” (Solano, 1988, p. 15-16).

* El 3 de julio de 1573, se propone la formación de un libro de las descripciones de las Indias, obra ésta que habrá de ser escrita gracias a los aportes que cronistas de diversas procedencias hagan al responder los 135 interrogantes propuestos por Felipe II (Solano, 1988, p. 16-74) a propósito de las religiones, los dignatarios civiles y militares, cosmografía, geografía, hidrografía, historia natural y moral, etc., etc.

La lectura de varios de esos documentos permite ver que la ampliación de los territorios conquistados va acompañada del perfeccionamiento de los instrumentos de registro de la naturaleza, la moral y la sociedad americana. No sólo es que se escriban historias “morales y naturales”, es que hay también una suerte de evolución en lo que hace al contenido de los textos solicitados, de la manera de recabar la información y de la formalización del contenido del texto.

La crónica de Aguado se escribe en medio de proliferación de estos formularios y parece responder a esas exigencias, de suerte que en este caso los requerimientos

de los formularios constituirían el origen de las temáticas abordadas por el cronista.

Esa relación con los formularios se ve en distintos niveles de la *Recopilación historial*: en primer lugar, en la estructura general, trece de las diecisiete partes de la *Recopilación* (cerca del 60% del contenido) obedecen a un esquema del tipo: “llegada-fundación-historia de”³ que queda al margen de un proyecto cronológico y al margen de cualquier programa del tipo causa-efecto. Dicho esquema sólo es alterado al abordar la “Historia general de la gobernación de Venezuela” (que presenta de forma general el periodo que va de 1528 a 1544), pero sobre todo al abordar las historias de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre que sí parecen obedecer a proyectos narrativos.

También es posible rastrear un esquema cuando Aguado describe un mismo asunto; en efecto, refiriendo grupos humanos, lugares y épocas diferentes, Aguado inicia extensas descripciones siguiendo modelos. Por ejemplo, al hablar del matrimonio de diferentes grupos humanos y en lugares y épocas distantes suele comenzar diciendo algo como:

* “En sus casamientos no son nada escrupulosos ni aun celosos” (I, p. 607).

* “En sus casamientos no son menos bárbaros que los demás” (II, p. 340).

* “Sus casamientos son por interés, que el que se quiere casar trata con los padres o hermanos de la moza” (I, p. 596).

* “En los casamientos [...] los hermanos truecan las hermanas por mujeres a los hermanos de otros indios” (II, p. 484).

³ “Llegada, fundación e historia de Bogotá”, “Llegada, fundación e historia de Tocaima”, “Llegada, fundación e historia de Pamplona”, “Llegada, fundación e historia de Mérida” etc.

Escribir una crónica para Aguado es más que contar lo que vio y evidentemente es más que una estrategia para obtener beneficios económicos o sociales, es también una decisión ejecutada por un funcionario consciente de su lugar en la ordenación de un territorio que está en proceso de conquista y que debe ser colonizado. Ese proceso no sólo obedece a unas estrategias militares, políticas, económicas y sociales, sino también a unas estrategias discursivas, de suerte que el indio, por ejemplo, es una realidad, pero también una construcción discursiva.

Lo que haya de lírico o retórico en la *Recopilación historial* tendrá su plena justificación en el marco de las conveniencias pragmáticas de selección y ordenación del material documental. Traducir los intereses de la Corona en una metodología debió suponer para el cronista usar y sopesar información, útil, entre otras cosas, para corregir errores que hacían carrera en Europa. Dice Aguado:

[...] como otra veces he dicho, el amor de la patria y el ver que hasta ahora ninguna persona ha escrito sobre la población de este Reino breve ni larga, y que si pasa este nuestro tiempo donde aun son vivos muchos o los más de los primeros descubridores y pobladores de él y de las ciudades y villas que en él están pobladas, no habrá después quien dé verdadera y entera noticia de semejantes sucesos, de quien yo he habido muy entera y verdadera relación de todo lo escrito, y aun mucho de ello he visto por mis propios ojos y lo he andado, y como testigo de vista lo afirmo y lo escribo, por lo cual me parece que pueden tener por [más] cierta esta historia que las que algunos han escrito en España y en otras partes de Europa por relaciones inciertas que les han dado [...] (II, p. 420).

El cronista quiere contar la verdadera historia, y ese “testimonio de la verdad que hay en ella” es tanto más importante, cuanto el autor sabe que obtendrá, directa o indirectamente, un beneficio de ella,

materializado, bien en su propia persona o bien en la institución que representa. La historia escrita por el cronista vista como un producto del cual habrá de sacar unos dividendos no sólo separa sus explicaciones pragmáticas de las explicaciones retóricas, sino que justifica la presencia de los recursos y fórmulas jurídicas y otras tradiciones discursivas.

RECOPILAR FUENTES ESCRITAS Y ORALES

Aguado y los historiadores de su época

Sin poner en tela de juicio el valor de la *Recopilación historial*, americanistas, hispanistas, filólogos e historiadores han señalado muchos de los problemas que la obra de Aguado plantea en cada uno de esos frentes. En términos de las fuentes escritas de la *Recopilación historial* uno de esos problemas sin resolver es la relación de Aguado con el manuscrito de Antonio Medrano.⁴ Si bien la tradición atribuye la *Recopilación historial* a Aguado, el autor señala en el proemio al lector:

Confieso que la relajación y tibieza de que puedo ser acusado no me ha provenido por la ocupación que he tenido en recopilar esta historia; parte, porque los ratos que la necesidad natural me compelia recrearme para vivir, me ocupaba en escribir y recopilar las cosas que más necesarias me parecían; parte, porque un religioso de mi orden que se llama Fray Antonio Medrano tenía comenzado este trabajo, por cuya muerte se quedara sin salir a luz, el cual murió en la jornada que el adelantado don Gonzalo Jiménez de Quezada hizo... (I, p. 106).

Señalar explícitamente que el trabajo fue “comenzado” por otro cronista no permite definir el estado en que se encontraba la crónica de Medrano en el momento en

⁴ Friede (1956, I, p. 12) sostiene que Medrano escribió un *Arte del idioma de los indios Moscas* obra de la que dan razón documentos de archivo.

que fue retomada por Aguado; a lo sumo, permite afirmar, como lo hace Juan Friede, que "...se le debe considerar a él [Medrano] y no a Aguado como primer historiador, primero que se ocupó del Nuevo Reino de Granada y por consiguiente de la actual Colombia" (I, p. 10). Pero con ello, aún no está resuelta la cuestión de la autoría y su relación con el problema de la fuente. Si bien este no es el momento para solucionar tal problema, es pertinente retomarlo al menos porque, en gracia de discusión, este artículo parte del supuesto de que la *Recopilación historial* es obra de Aguado.

En el contexto del siglo XVI continuar un trabajo no resta prestigio a la labor y la originalidad de quien firma el trabajo, sino que permite reconocer el espíritu de una época en que la noción de autoría no estaba bien definida o simplemente no existía, y la continuación y publicación de un trabajo ajeno se explicaba por el deseo de perpetuación de la gloria de una Orden religiosa o en el contexto del cumplimiento de un mandato Real.

Por otra parte, me parece que la cuestión de la autoría y de la escritura de las recopilaciones de Indias ha de estudiarse atendiendo al hecho de que el proceso de conquista y colonización de América fue en su momento una empresa de carácter nacional en la que el cronista es el encargado de fijar en un texto la tarea cumplida por unos conquistadores que, a su vez, si bien se hacían señores de la tierra mediante un acto fundacional, solían hacerlo en nombre de una autoridad soberana residente en la metrópoli.

Con todo, la primera fuente escrita del trabajo de Pedro de Aguado es un trabajo de Antonio Medrano del que no tenemos razón alguna de su extensión, amplitud temática, grado de profundidad, calidad documental, virtudes estéticas, originalidad, etc. De hecho, si Aguado

mismo no hubiese confesado en el prólogo su deuda con Medrano, éste simplemente hubiese desaparecido de la historiografía indiana asociada con la *Recopilación*.

Además de Medrano, Aguado admite el uso de obras y autores que ya se ocupan de los temas por él abordados: "[...] como tratan algunos de los que ya han escrito de esta tierra de Cartagena, que son Francisco López de Gómara, que escribió su *Historia General* muy sumariamente, y Pedro de Cieza, en la primera y cuarta parte de las *Historias* que escribió de Pirú" (IV, p. 7). Referir a Gómara y a Cieza muestra en Aguado a un autor que conoce a quienes en su época se han ocupado del mismo asunto y convierte su tradición en una suerte de límite metodológico para no abordar asuntos por ellos tratados. A su vez, referir el uso de cronistas que han alcanzado cierto renombre en Europa se constituye en una estrategia legitimadora del propio discurso.

Por otra parte, cuando los cronistas no son usados como límites para el desarrollo temático o como fuentes de autoridad, su nombre se invoca porque ellos ofrecen versiones más amplias o mejor desarrolladas de asuntos apenas tratados por Aguado. Por ejemplo, en una ocasión al hablar de las incursiones conquistadoras en la región del Urabá, en la actual Colombia, Aguado refiere la obra de Cieza de León como una de las posibilidades de ampliación: "Tardaron en esta jornada todo el año del treinta y ocho, donde se padecieron hartos trabajos y necesidades y muertes de españoles y otras calamidades y desventuras, de las cuales no escribo aquí particularmente porque tiene escrita esta misma jornada Cieza en la cuarta parte de su *Historia*" (IV, p. 59).

Uno de los casos más interesantes al estudiar las fuentes de la obra de Aguado es el que tiene que ver con la fuente de la historia de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre, desarrollado en el cuarto tomo de la

Recopilación historial. Bécker (1950) señaló la relación de este extenso pasaje de la obra de Aguado con una historia compuesta sobre el mismo tópico por Francisco de Vázquez. Curiosamente, el mismo Bécker, después de una exposición del problema, resta crédito a su propia hipótesis.

Seis años más tarde, Orlando Fals-Borda demostró extensamente que la hipótesis de Bécker era acertada y que el historiador y editor de Aguado se equivocó al restar crédito a sus intuiciones. Señala Fals-Borda (1956, p. 56-62) que la fuente de la historia de Lope de Aguirre que incluye Aguado es la *Relación verdadera de lo que sucedió en la jornada de Omagua y Dorado* de Francisco Vázquez. Fals-Borda demuestra que Aguado transcribió el texto de Vázquez y que fray Pedro Simón en sus *Noticias Historiales* continuó esa tradición de transcripción. Fals-Borda, entre otras cosas, dispone paralelamente los tres textos de tres épocas para probar su hipótesis, la misma que en Bécker era apenas intuición. He aquí una pequeña muestra del calco entre unos y otros. Haciendo una descripción de Lope de Aguirre, los tres autores dicen (1956, p. 59):

“Sufría continuamente muchas armas a cuestras; muchas veces andaba con dos cotas bien pesadas, y espada y daga y celada de acero, y un arcabuz o lanza en la mano; otras veces un peto” (Francisco Vázquez)

“Andaba de continuo armado que nunca le hallaban sino con dos cotas o con una cota y un peto y una celada de acero, y su espada y daga y un arcabuz y una lanza en la mano” (Pedro de Aguado)

Andaba armado de continuo, y tan apercebido que nunca le hallaron sino con dos cotas, o con una y un peto o celada de acero, su espada, daga, arcabuz y lanza” (Pedro Simón).

He transcrito, a manera de prueba,

únicamente un minúsculo pasaje del texto de Fals-Borda, pero éste no sólo incluye un extenso pasaje, sino que asegura que las tres obras siguen rigurosamente el mismo modelo.⁵

Otro nivel de análisis que es interesante al estudiar las fuentes escritas de Aguado es el que tiene que ver con obras planeadas y elaboradas por él, veamos. Al referir la muerte de Diego de Hordás el cronista señala:

Es este Diego de Hordás el que después de esto se halló en el descubrimiento y conquista de México con Hernando Cortés, que después fue marqués, y que prendió por su propia mano a Montezuma, rey de México, por el cual y por lo mucho que en aquella historia sirvió, el emperador le hizo comendador de Santiago y adelantado del río Marañón, y que con gente subió el río de Uriaparia arriba, de donde le sobrevino una bien desgraciada muerte, según yo lo tengo escrito todo en la *Historia de la isla de Trinidad y del río de Uriaparia*, donde el que lo quisiere ver lo podrá hallar escrito piadosamente (IV, p. 14).

En principio puede tratarse de una autorreferencia, pues en las páginas 358 y siguientes del tomo III de la *Recopilación historial* se da cuenta de la historia de aquella provincia. No obstante, dado que sabemos que Aguado coleccionó, con propósitos historiográficos, documentos sobre Nueva

⁵ Sin descontar la pertinencia de este modelo de comparación propuesto por Fals-Borda, una tarea que debe realizarse es superar la comparación en el plano de la anécdota y comenzar a comparar manuscritos de las tres obras en términos estrictamente filológicos, de suerte que se desentrañen completamente las similitudes y las diferencias que existen en órdenes léxicos, morfológico, sintácticos y semántico de manera que se vea no sólo quién se sirvió de quién como modelo, sino en quién hay un mayor grado de elaboración textual, cuál autor tiene mayores pretensiones cultas, quién apuesta por la trama, quién por la historia y quién por la poesía, etc. Ese trabajo no sólo definiría por completo la relación de Aguado con Vázquez como una de sus fuentes, sino que permitiría establecer hasta en sus más mínimas expresiones la relación de la terna Velásquez-Aguado-Simón a propósito de la historia de Lope de Aguirre y la legitimidad o no de un vínculo entre estas historias y la relación de Pedrarias de Alместo que debe existir, si seguimos la hipótesis señalada por Bécker.

España y la Florida, que después recogió el Inca Garcilaso, es también posible que esté aludiendo a otra obra escrita por el mismo Aguado y de la cual no tenemos razón.

Aguado y las fuentes orales

La recuperación de la oralidad es una estrategia usada por Aguado para la obtención de información; por medio de ella puede acudir a testigos para enterarse de oídas de lo sucedido. Aquí las fuentes podrían dividirse en dos tipos: españolas y americanas. Los españoles son importantes como fuente porque aportan la perspectiva del dominador, que al final será quien triunfe en la versión de los hechos presentada por el cronista. Más interesante puede ser la versión aportada por los indígenas: si para entrevistar a un indígena era menester un traductor,⁶ la versión llegada al cronista pasaría por un filtro que le resta naturalidad. Si la versión llega directamente de un indio al fraile, su interés radica en que, dado que los indios no contaban con tradiciones escritas, el fraile se convertirá en depositario de una tradición recibida en el contexto de unas explicaciones ritualizadas de los hechos, explicación que Aguado cree tener la obligación de fijar. Un ejemplo de fuentes orales lo encontramos en el pasaje en que se ocupa de los usos de la medicina en Cumaná y Cabagua; allí anota:

Estos médicos o piaches tenían su particular trato y pacto con el demonio. Un hombre que yo conocí, que andaba por estas provincias mucho tiempo, me certificó que estando él escondido en un bohío sin ser visto del médico o piache, entró este ministro a hablar con el demonio, a quien él no pudo ver, y que los oyó hablar el uno con el otro en lengua de indios y de pájaros y en otras formas y maneras que él no pudo entender. Otros mucho habido que me

han certificado que haber visto a los mohanes o jeques de los indios hablar con el demonio, a quien ellos jamás han podido ver más de oírle hablar con los jeques, y por esto me parece que se puede dar algún crédito a los demás (III, p. 486).

La relación de Aguado con la oralidad no se restringe a la simple referencia, sino que supone la introducción en el propio discurso de marcas de oralidad expresadas en la escritura por medio de expresiones que denotan naturalidad, rudeza o espontaneidad. Esa presencia de lo hablado en lo escrito puede asociarse con una “competencia escrita de impronta oral” (Oesterreicher, 1994; Stoll, 1996) y en su definición se advierte que los elementos orales no se deben aquí a una voluntad estilística del autor, ni a que el cronista distinga entre registro oral y escrito y pretenda integrarlos estéticamente, intercalando o superponiendo expresiones de un registro en otro y, menos aun, a descuidos de alguien que sabe escribir bien pero se equivoca. Al contrario, el estudio de la competencia escrita con impronta oral rescata que los cronistas, Aguado, por ejemplo, que usan estas marcas “intentan responder, en todos los aspectos, a las exigencias de la historiografía [...] pero no tienen la práctica suficiente en la redacción de textos como para lograr ese propósito” (Stoll, 1996, p. 429). Me parece que un cronista como Aguado contando con esquemas relativamente sofisticados de planeación y desarrollo de su trabajo, al escribir algunos pasajes se deja arrastrar por condiciones de comunicación oral.

El uso de fuentes escritas y orales garantiza al cronista el dominio sobre una vasta parcela de información y esto lo admite incluso cuando señala no haber encontrado nada respecto de una zona, como lo hace al decir que no escribe sobre Nueva Valencia “por no haber habido relación de ello” (III, p. 430). Escribir

⁶ La información sobre la importancia de los traductores es constante en la *Recopilación* (I, pp. 245-6; II, pp. 285-6; III, p. 113)

sobre lo que se tiene noticia y no hacerlo sobre aquello que no se tiene información suficiente, revela una posición frente al conocimiento que tiene muy poco de medieval.

CIERRE

Ocuparse de fray Pedro de Aguado, su obra y su método de trabajo busca en buena medida presentar de la manera más integral posible una crónica relativamente desconocida e invitar a su lectura superando la parcialización que ha querido imponer el prurito nacionalista.

Con la *Recopilación historial* es aun mucho el trabajo que resta por hacer, no obstante el primero y más urgente es preparar una edición crítica en donde un cuidadoso ejercicio ecdótico incluya, entre otras cosas, cotejar nuevamente el manuscrito, depurar la transcripción y anotar ampliamente el texto. Una edición cuidada permitirá, por ejemplo, rastrear con mayor certeza los rasgos de oralidad en la *Recopilación historial*, ofrecer más y mejores argumentos a propósito de Aguado como autor y, si es del caso, ver cuál es la deuda que tiene Aguado tanto con historiadores de su época como con los preceptistas.

Los aportes que en los años cincuenta hicieron Fals-Borda y Friede y en los últimos años Vaquero o Borja son ya un gran avance en el estudio de Aguado y su crónica; sin embargo, mientras no se desarrolle un trabajo de ecdótica buena parte de las conclusiones a que lleguen trabajos de gran envergadura seguirán siendo conclusiones parciales, limitadas por las deficiencias que revela el texto que en la actualidad tenemos a nuestra disposición, un texto que preparó Friede y que hace sesenta años era un gran aporte, pero que en el siglo XXI puede ser mejorado.

BIBLIOGRAFÍA

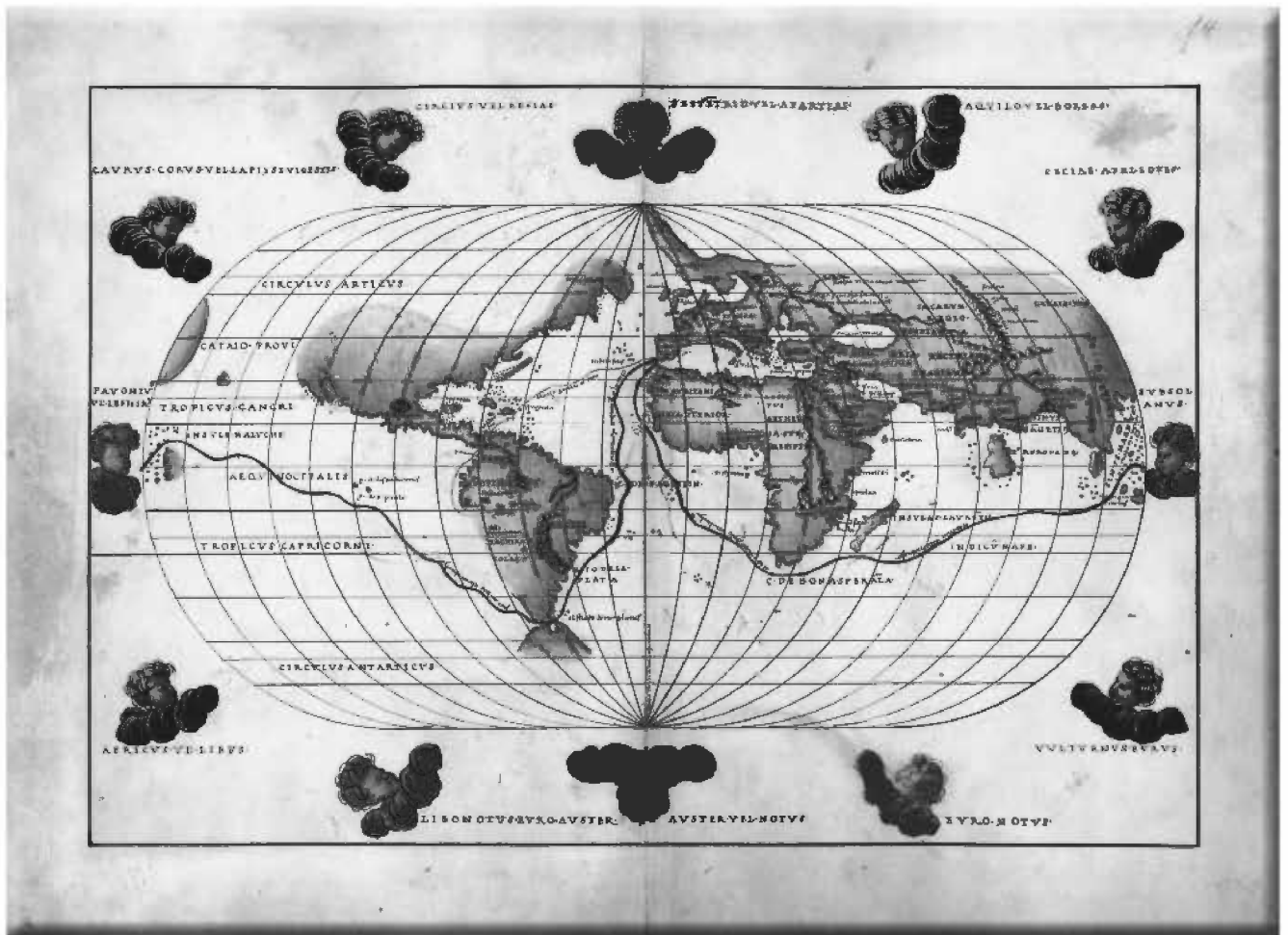
- Aguado, P. (1916 - 1917). *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*. Ed. de Jerónimo Bécker. Madrid: Real Academia Española de Historia.
- ____ (1950). *Historia de Venezuela*. Ed. de Jerónimo Bécker. Madrid: Real Academia Española de Historia.
- ____ (1956). *Recopilación Historial*. Ed. De Juan Friede. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.
- Asensio, E. (1921). Historial memorial de la fundación de la provincia de Santa fe de Bogotá. *Archivo Iberoamericano* VIII, 43.
- Borja, J. H. (2002). *Los indios medievales de fray Pedro de Aguado: construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Cobos, M. T. (1963). Fray Pedro Aguado, etnólogo. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 6 (2), 215-244.
- De León Pinedo, A. (1992). *Recopilación de indias*. México: Universidad Nacional Autónoma de México - Porrúa.
- Esteve Barba, F. (1992). *Historiografía Indiana*. Madrid: Gredos.
- Fals-Borda, O. (1956). *Fray Pedro de Aguado, el cronista olvidado de Colombia y Venezuela*. Cali: Editorial Franciscana de Colombia, 1956.
- Fals-Borda, O. (1955). Odyssey of a Sixteenth-Century Document-Fray Pedro de Aguado's "Recopilación Historial". *The Hispanic American Historical Review*, 35 (2), 203-220.
- Friede, J. (1964). Fray Pedro Aguado, con Ocasión del 450 Aniversario de su Nacimiento. *The Hispanic American Historical Review*, 44 (3), 382-389.

- Gracia García, F. (1999). *Una lectura providencialista de crónicas franciscanas del siglo XVI*. México: CESHAC.
- Kabatek, J. (2001). ¿Cómo investigar las tradiciones discursivas medievales? El ejemplo de los textos jurídicos castellanos. En *Lengua medieval y tradiciones discursivas en la Península Ibérica. Descripción gramatical – pragmática histórica – metodología*. (97-132). Madrid – Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert.
- ____ (2005). Tradiciones Discursivas y cambio lingüístico. *Lexis*, 29-2, 158- 180.
- Koch, P. und W. Oesterreicher. (1990). *Gesprochene Sprache in der Romania: Französisch, Italienisch, Spanisch*. Tübingen: Niemeyer, 50-81.
- Koch, P. (1997). Diskurstraditionen: zu ihrem sprachtheoretischen Status und ihrer Dynamik. En Barbara, F., T. Haye, D. Tophinke (Hrsg.), *Gattungen mittelalterlicher Schriftlichkeit* (43-79). Tübingen: Gunter Narr Verlag.
- López, A. (1920). Historiadores Franciscanos de Colombia y Venezuela. *Archivo Iberoamericano*, VII (40).
- Mantilla, L. C. (1987). La criollización de la orden franciscana en el Nuevo Reino de Granada. *Actas del congreso sobre franciscanos en el Nuevo Mundo (siglo XVI)*, La Rábida, 21 al 26 de septiembre de 1987, 685-727.
- Martinell, E.; Valles, N. (1998). Voluntad informativa y grado de competencia lingüística de los cronistas. En W. Oesterreicher, E. Stoll, A. Wesch (Eds.). *Competencia escrita, tradiciones discursivas y variedades lingüísticas* (pp. 111-119), Tübingen: Gunter Narr Verlag.
- Mignolo, W. (1981). El Metatexto Historiográfico y la Historiografía Indiana. *Modern Language Notes*, 92 (2), 358-402.
- Morón, G. (1956). Fray Pedro de Aguado, O. F. M.-Date of Baptism. *The Americas*, 12 (4), 399-405.
- Navarro, M. J. (1993). *Configuración textual de la "Recopilación historial de Venezuela"*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de Historia.
- Oesterreicher, W., E. Stoll und A. Wesch (Eds.). (1998). *Competencia escrita, tradiciones discursivas y variedades lingüísticas*. Tübingen: Gunter Narr Verlag.
- Oesterreicher, W. (1994). El español en textos escritos por semicultos. Competencia escrita de impronta oral en la historiografía indiana. En J. Lüdtke (Comp.). *El español de América en el siglo XVI* (pp. 155-190). Frankfurt am Main: Vervuert.
- Padrós, E. (1998). Grados de elaboración textual en crónicas de América. En W. Oesterreicher, E. Stoll, A. Wesch (Eds.). *Competencia escrita, tradiciones discursivas y variedades lingüísticas* (pp. 169-181). Tübingen: Gunter Narr Verlag.
- Solano, F. y P. Ponce (Eds.). (1988). *Cuestionarios para la formación de la relaciones geográficas de Indias, siglos XVI/XIX*. Madrid: CSIC.
- Stoll, E. (1996). Competencia escrita de impronta oral en la crónica soldadesca de Pedro Pizarro. En Kotschi, T., W. Oesterreicher, K. Zimmermann (Ed.). *El español hablado y la cultura oral en España e Hispanoamérica* (pp. 427-443). Madrid – Frankfurt: Iberoamericana – Vervuert.

— (1998). Géneros en la historiografía indiana: modelos y transformaciones. En W. Oesterreicher, E. Stoll, A. Wesch (Ed.). *Competencia escrita, tradiciones discursivas y variedades lingüísticas* (pp. 143-164). Tübingen: Gunter Narr Verlag.

Vaquero, M. (1981). *Fray Pedro de Aguado: lengua y etnografía*. Caracas: Academia Nacional de Historia.

§§§



Mapamundi con vientos (ca. 1640)

ESCRIBIR Y POBLAR: PRIMERAS FUNDACIONES Y PRIMERAS CIUDADES EN CRÓNICAS DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

Valeria Añón

*Universidad de Buenos Aires-Universidad
Nacional de La Plata-Conicet*

Resumen:

En este artículo se analizan las representaciones de las primeras ciudades españolas en la Nueva España y de las primeras fundaciones, así como el encuentro con las ciudades mesoamericanas (Cempoala, Cholula), que da inicio al proceso de desacralización de estos espacios autóctonos en el cruce que inaugura la conquista y la transculturación. A partir de un trabajo minucioso con fragmentos de las Cartas de relación de Hernán Cortés y la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España de Bernal Díaz del Castillo, se da cuenta de las transformaciones en la percepción del espacio otro, de los procesos de apropiación y del impacto de ambos en el imaginario del conquistador.

Palabras clave: Fundaciones, Crónicas, México, Transculturación.

Abstract:

This article focuses on representations of the first Spanish towns and settlements in New Spain, as on how the Spaniards' encounter with the Mesoamerican cities of Cempoala and Cholula initiated a process of desacralization of these spaces. A detailed analysis of parts of the Cartas de relación by Hernán Cortés and of the Historia verdadera de la conquista de la Nueva España by Bernal Díaz del Castillo reveals transformations in the perception of space as well as appropriation processes, both of which had impacts on the imaginary of the conquerors.

Keywords: Foundations, Chronicles, Mexico, Transculturation.

Artículo recibido: 18.11.2009

Artículo aceptado: 05.06.2010

IMÁGENES DE CIUDADES

“Las ciudades, como los sueños,
están construidas de deseos y
de miedos, aunque el hilo de su
discurso sea secreto, sus reglas,
absurdas, sus perspectivas
engañosas y toda cosa esconde
otra”

Italo Calvino, *Las ciudades
invisibles*.

En Latinoamérica, la ciudad ha sido referente y objeto de constitución de una idea de territorio, alteridad, contacto y

conquista ya desde la llegada de Colón a la isla de Guanahini. Ha sido también lugar de inscripción de un orden extraño (la cosmovisión cristiana occidental en la de los pueblos originarios) tanto como de la palabra, la escritura y la violencia (efectiva y simbólica) sobre el *otro*; zona de disputa de poder entre españoles y naturales, y entre los españoles mismos. Esta urbanización progresiva y sostenida, de similares pasos al principio y ajustada a las peculiaridades del territorio luego, fue

punta de lanza y eje estructurador de un modelo de sociedad y de cultura que basó en el orden, el poder y la dependencia de las colonias su lógica intrínseca y su razón de ser.¹ La colonización del Nuevo Mundo fue posible porque, antes, “España imaginó su imperio colonial como una red de ciudades” (Romero, 2001, p. 12) donde se constituiría una sociedad *nueva* aunque dependiente, subordinada. El supuesto subyacente era el de la tierra conquistada como un espacio culturalmente vacío, sobre el cual se imprimía el requerimiento, símbolo del comienzo del mundo nuevo. Para ello, era necesario traducir, prescribir, prever, nombrar: pasos que actúan en el universo de lo simbólico antes que en lo fáctico, pero que son su condición de posibilidad.

En esta línea, para explicar la tensión que constituye la historia del continente en los últimos quinientos años, es preciso concebir los procesos tanto en términos de continuidad como de ruptura y cambio. En la peculiaridad de la conquista europea se produce la reunión de “una teoría de la sociedad y la cultura y una experiencia práctica que España tradujo en una política” (Romero, 2001, p. 13). Se imagina y regula la ciudad virtual y se erigen las primeras ciudades de Indias, definidas por su funcionalidad: las ciudades-fuerte y las ciudades-puerto. Conquista y defensa, comercio y comunicación, estas urbes

¹ Diversas aproximaciones críticas coinciden en señalar la estrecha vinculación entre historia, literatura y ciudad. Esta concepción de la ciudad como objeto, problema y espacio de contacto no es nueva ni privativa de la literatura, sino que responde a una perspectiva inscripta en debates de las ciencias sociales desde la segunda mitad del siglo pasado. Si la pregunta que abre el estudio de José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, sobre el papel que las ciudades han cumplido en el proceso histórico latinoamericano resulta viable lo es porque, en este complejo proceso, “las ciudades –esto es, las sociedades urbanas y su densa creación– parecen ofrecer alguna clave aprehensible en medio de un cuadro muy confuso” (2001, p. 9). Se parte de la tesis de la centralidad de la ciudad como lugar donde leer las claves de un desarrollo político y sociocultural que pareciera darse en ella, con relación a ella y entendiéndola como condición de posibilidad.

–muy distintas en apariencia– cobran interdependencia en una red mayor y son el paso inicial del proceso de conquista y colonización como estaba previsto.

En el plano de las representaciones, el Nuevo Mundo revitalizó preocupaciones, leyendas, ideales y utopías. Sobre este territorio se proyectaron comunidades ideales vinculadas al humanismo, ciudades edénicas o milenaristas. En el vasto y heterogéneo territorio del Nuevo Mundo, varios modelos de ciudad establecen conflictivo contacto: la ciudad medieval, la urbe romana, las concepciones renacentistas del espacio urbano, las ciudades originarias.² En las crónicas de la conquista de México que nos ocuparán aquí (la *Carta de Veracruz* y la *Segunda Carta de relación* de Hernán Cortés; la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara y la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo), las ciudades mesoamericanas y las nuevas villas fundadas por los españoles son presentadas como núcleos y ejes organizadores de la conquista-expedición. Esto es especialmente evidente en las cartas cortesianas y en la historia bernaldiana, donde el relato suele regirse por un derrotero previamente experimentado, cuyo ambicioso afán de conquista identifica las ciudades como objetivos principales y ejes de los desplazamientos. A eso se suma que Mesoamérica también era un vasto territorio articulado a partir de ciudades centrales;

² En torno a las ciudades latinoamericanas se han formulado distintas hipótesis, que enfatizan la adscripción de modelos occidentales, ya sea la ciudad medieval o la ciudad del Renacimiento. Ambas se basaban en afirmaciones acerca del supuesto desorden de la primera y del estricto orden y planificación de la segunda que, andando el tiempo, la historia ha relativizado. En la historiografía acerca de las ciudades del Nuevo Mundo, las tesis más interesantes destacan la experiencia de este impacto y los heterogéneos modos en que se resolvieron los desafíos, lo cual no implica desconocer los intentos de regulación del espacio urbano por parte de la Corona, explícitos ya en las instrucciones acerca del trazo de las ciudades que Pedrarias Dávila trajo al continente en 1514.

presentaba un tejido urbano donde la guerra se basaba en someter poblados enemigos – por eso la enorme ventaja de los españoles, estos hombres sin ciudad conocida.

Con mirada retrospectiva, estas crónicas construyen, recuerdan, evocan ciudades mesoamericanas o españolas, las comparan con la ciudad natal (Medina del Campo en el caso del soldado-encomendero, por ejemplo) o con ciudades famosas, admiradas, extrañas, modélicas (Venecia, Sevilla, Salamanca, Roma, Jerusalén). Entre la retórica descriptiva y la experiencia, entre las ciudades míticas y el impacto ante la belleza de los espacios mesoamericanos, estas crónicas erigen distintos tipos de urbes con funciones textuales diversas. Encontramos así ciudades que afirman la presencia española en tierras mexicanas (Villa Rica de la Vera Cruz), ciudades aliadas (Cempoala, Tlaxcala luego de algunas batallas), ciudades ambicionadas y destruidas (Tenochtitlan). Todas ellas son fundamentales en la construcción progresiva de un modo de concebir el espacio y de transformarlo, empíricamente primero, en el texto luego, aunque a los ojos de la crítica la ciudad que más impacto ha causado –y que más ha sido investigada– es, claro, Tenochtitlan.

En este trabajo, me detendré, en cambio, en dos dimensiones que constituyen los orígenes de la conquista y del relato: las primeras fundaciones, por un lado; las primeras ciudades indígenas a las que arriban los españoles, por otro. Es mi tesis que estos gestos, fuertemente simbólicos, que organizan el derrotero de la conquista así como la trama de los relatos, permiten leer los aprendizajes acerca del *otro* indígena y ponen en evidencia las inflexiones y desplazamientos en la configuración textual del yo. A establecer algunas de estas líneas dedicaré las próximas páginas.

PRIMERAS FUNDACIONES: LA VILLA RICA DE LA VERA CRUZ

“La mirada que percibe el espacio es apelación a la palabra, rechazo de la violencia que con esta percepción misma se le hace: el sujeto estaría poseído por el espacio, fagocitado por él si la palabra no invirtiese esta relación dramática”

PAUL ZUMTHOR, *La medida del mundo*

Violencia, amenaza, posesión: los relatos de la fundación de la primera ciudad española en Mesoamérica, la Villa Rica de la Vera Cruz, unen percepción y lenguaje para conjurar estos fantasmas. (De hecho, la experiencia del Nuevo Mundo muestra que la posibilidad de ser fagocitado por una voraz naturaleza no es del todo improbable para el conquistador.) Más aún: estas crónicas invierten su signo y hacen de la fundación – nominal tanto como efectiva– la marca de un poder que se construye en forma progresiva luego de los primeros enfrentamientos con poblaciones autóctonas y de la batalla de Cintla, hecho inmediatamente anterior a la fundación de la Villa Rica. La palabra del conquistador (cronista, soldado o historiador) recrea la violencia de nombrar y apropiarse del espacio, con la certeza de su legitimidad. Con astucia, la *Historia de la conquista de México* presenta la escena de un “cabildo entero, [conformado] en nombre del Emperador, su natural señor” (Gómara, 1988, p. 48) que se constituye invocando al rey, aunque a sus espaldas, o más bien amparado en la distancia y el silencio, puesto que durante todo el tiempo que dura el desplazamiento y la conquista de México y a pesar de las cartas que envía, Cortés no tiene respuesta de Carlos V ni noticia de sus pareceres (Elliott, 1986).

La Villa Rica, primera ciudad, presenta dos fundaciones: una, simbólica; otra, efectiva. La *Carta de Veracruz* destaca la primera y desdibuja la segunda,

creando así un relato unificador de ambos acontecimientos, relacionado con la legalidad en la que se sostienen las ambiciones de los conquistadores. En cambio, los textos de López de Gómara y de Bernal Díaz se ocupan de marcar la diferencia entre esas instancias e instauran dos momentos de distintas implicancias simbólicas: el primero, acordar, repartir el poder, fundar y dar mandato de poblar; el segundo, organizar el espacio y construir la fortaleza: levantar la ciudad. En estas acciones se percibe la desobediencia cortesiana y se verifica el enorme peso de la ley –y el castigo– en la conquista; legalidad y castigo que tienen su mejor representación en la picota y la horca, según las refiere la *Historia verdadera*: “Y fundada la villa, hicimos alcaldes y regidores [...] y *diré cómo se puso una picota en la plaza y fuera de la villa una horca*” (2005, p. 138; subrayado mío). Apunta la *Carta de Veracruz*:

Y acordado esto nos juntamos todos y acordos de un ánimo y voluntad, hicimos un requerimiento al dicho capitán en el cual dijimos: que pues él veía cuánto al servicio de Dios Nuestro Señor y al de vuestras majestades convenía que esta tierra estuviese poblada [...] Y luego comenzó con gran diligencia a *poblar y a fundar una villa, a la cual puso por nombre la Rica Villa de la Veracruz y nombrónos* a los que la presente suscribimos, por alcaldes y regidores e la dicha villa, y en nombre de vuestras altezas reales *recibió el juramento y solemnidad* que en tal caso se acostumbra y suele hacer” (Cortés, 1993, p. 136; subrayado mío).

El *nosotros* enunciador diluye la responsabilidad del capitán en un acuerdo colectivo. En verdad, construye una responsabilidad plural, arma de doble filo tanto frente al posible triunfo como al posible castigo. Pone en escena –dramatiza– una decisión colectiva; trastoca la ambición de Cortés en pedido, deber, mandato. (Nuevamente, es Bernal Díaz quien mejor

marca las sutilezas del carácter del capitán, en una frase que con ingenio recurre al refrán popular: “Por manera que Cortés aceptó, y aunque se hacía mucho de rogar; y como dicen el refrán, tu me lo ruegas e yo me lo quiero” (2005, p. 105.) Los usos verbales definen las acciones que organizan la conquista: nombrar, poblar, fundar, organizar el cabildo. La contigüidad textual de los términos organiza una dinámica de efectiva y legítima toma de posesión. La Villa Rica es pilar de la justificación de dicha legitimidad: la ciudad es imprescindible dada la forma en que el poder se constituye. Más allá del uso de la primera persona del plural tanto en la *Carta de Veracruz* como en la *Historia verdadera*, las consecuencias son claras: Cortés queda a cargo de la expedición y organiza un avance que descarta cualquier idea de mero rescate.

El derrotero del conquistador se articula sobre una serie de acciones básicas: transitar, nombrar, poblar –es decir, apropiarse *de*, aprehender la novedad a través del signo (López de Mariscal, 2004). Esa operación supone acercarse al objeto percibido o ambicionado, pero también alejarse de él al nombrarlo con una lengua extraña –en este caso, la lengua castellana. *Villa Rica de la Veracruz*: el énfasis en la explicación del nombre adquiere progresivos despliegues y matices de las *Cartas de relación* a la *Historia verdadera*.

Y luego comenzó con gran diligencia a poblar y a fundar una villa, a la cual puso por nombre la Rica Villa de la Veracruz” (Cortés, 1993, p. 136).

Y puso nombre al consejo de la villa rica de la Veracruz, porque *viernes de la Cruz habían entrado en aquella tierra*” (Gómara, 1988, p. 48; subrayado mío).

Y luego ordenamos de hacer y fundar y poblar una villa que se nombró la Villa Rica de la Vera Cruz, porque llegamos *Jueves de la Cena y desembarcamos en Viernes Santo de la Cruz, y rica por aquel caballero que dije en el capítulo (XXVI) que se llegó a Cortés y le dijo que mirase*

las tierras ricas y que se supiese bien gobernar, y quiso decir que se quedase por capitán general, el cual era Alonso Hernández de Puertocarrero (Díaz del Castillo, 2005, p. 138; subrayado mío).

El ordenamiento escalonado de las citas evidencia los diversos énfasis en distintas facetas de la nominación. Si la *Carta de Veracruz* no se extiende en la justificación del nombre es porque aquí la fundación de la *villa* se destaca por su función performativa. En cambio, López de Gómara puntualiza la connotación religiosa, algo que también despliega Bernal Díaz. En todos estos relatos, el sintagma Vera Cruz se explica por su relación con las implicancias simbólicas de la entrada en estas tierras durante un Viernes Santo, fiesta fundamental de la cristiandad que da sentido a toda la doctrina. Este término, Vera Cruz, convoca un eje temporo-espacial de complejas articulaciones: remite a la Pascua con su idea tanto de sacrificio y como de triunfo a partir de la resurrección e inscribe, desde la nominación, la temporalidad occidental-cristiana en una temporalidad mesoamericana a la que se superpone, silenciándola. Si muchos de los nombres indígenas de objetos, alimentos y poblaciones son recuperados en estas crónicas, ya sea para explicarlos, corregirlos o reemplazarlos, no ocurre lo mismo con los modos de medición temporal mesoamericana, por completo obliterados. Este es, sin embargo, uno de los ejes centrales del imaginario mesoamericano, complejo y distante con respecto al calendario de la cristiandad y quizá por eso de difícil comprensión. Pero su significación es crucial. Tal es así que, años después, las crónicas de mestizos y castizos, en muchos sentidos afines a la perspectiva española, se ocupan de recuperar estos modos de medición temporal, aclarando siempre el año indígena, lo cual responde tanto a la recuperación de un imaginario *roto* como a una inserción en la tradición historiográfica autóctona.

Entonces, en términos espaciales, el nombre de esta primera ciudad también remite a la cruz, poderoso símbolo de la cristiandad, fuertemente connotado con imágenes de martirio y salvación; vinculado también a la noción de espacio abierto que confluye en un centro. En el sugerente libro *La medida del mundo*, Paul Zumthor explica que “forma abierta, la cruz es marca perfecta del centro, universalidad triunfante. El cristianismo, a partir del siglo VI, clavó sobre este símbolo cósmico (historiado por el recuerdo de la Pasión) el cuerpo de su Salvador martirizado –que hasta el siglo XI, por no decir el XII, los artistas enmarcarán con los símbolos gloriosos de la victoria” (1994, p. 23). La cruz articula suplicio, fe y gloria: elementos que, en la sesgada perspectiva de nuestros cronistas, definen también el derrotero de la conquista y uno de sus finales posibles, el más anhelado –el más improbable a esta altura de los acontecimientos, cuando la expedición de conquista recién comienza y Tenochtitlan es apenas un rumor. En su dimensión espacial, Veracruz se configura como extremo de la segunda fase del itinerario de conquista, allí donde se pasa del viaje fluvial al viaje terrestre: “Y otro día caminamos tierra adentro hacia el poniente, y dexamos la costa” (Díaz del Castillo, 2005, p. 109).³ Se conforma así el inicio de la ruta hacia el centro de México, que tiene su fin en Tenochtitlan.

Por otro lado, en términos de imágenes y leyendas de raigambre medieval, la cruz está vinculada con la figura del “Árbol del Paraíso” (Zumthor, 1994, p. 23). Esta connotación entrelaza ciertas ideas utópicas acerca del Nuevo Mundo con la percepción de la naturaleza de unas costas plagadas de manglares y de cerrada vegetación proliferante, ajena aún

³ En su análisis de la expedición a Tenochtitlan en la *Historia verdadera* a partir de los procedimientos del relato de viajes, Jimena Rodríguez (2010) caracteriza este derrotero y este pasaje.

a la mano –al orden– del conquistador. De hecho, la hostilidad de esta naturaleza determina la fundación diferida de la ciudad, que no puede ser construida en el primer lugar seleccionado y debe ser desplazada hasta el río Pánuco; traslado que, por otro lado, no será excepcional en la historia de las ciudades españolas en el continente, sometidas a emplazamientos hostiles o los ataques de los indígenas... Explica al respecto López de Gómara:

No les pareciendo buen asiento aquel donde estaban, para fundar la villa, acordaron de pasarse a Aquiahuiztlan, que era el abrigo del peñón que decía Montejo. [...] Los navíos se fueron costa a costa, y él echó hacia do le habían dicho que estaba Cempoallan, que era derecho a do el sol se pone [...] No halló paso, bajose a la mar por vadearle mejor en la reventazón que hace al entrar en ella, y aun allí tuvo trabajo, porque pasaron a volapié. Pasados, siguieron la orilla del río arriba, porque no pudieron la del mar, por ser tierra anegadiza. Toparon cabañas de pescadores y casillas pobres, y algunas labranzas pequeñuelas; mas a legua y media salieron de aquellos lagunajos, y entraron en unas muy buenas y muy hermosas vegas, y por ellas andaban muchos venados (1988, p. 50; subrayado mío).

Esta fase del viaje de conquista se realiza a través de un territorio sin caminos ni recorridos previamente trazados, virgen del orden occidental, cuya naturaleza se resiste a la lógica extraña de los españoles y esconde o confunde sus señales. A estas dificultades y a los pobres caseríos de la zona se contraponen las “muy buenas y muy hermosas vegas” y los venados: en la mirada retrospectiva de la enunciación, representación metonímica de las riquezas que esta tierra depara. Así, desde el presente de la escritura, cuando ya se conocen las características del territorio (en especial en las historias de López de Gómara y Bernal Díaz), se brinda relevancia a ciertos elementos y se

construye la antítesis naturaleza hostil-naturaleza pródiga. Estas imágenes también anticipan el hallazgo de sitios favorables para construir la ciudad-fortaleza y de las ciudades indígenas que encontrarán más adelante, en el siguiente orden: Cempoala, Cholula, Tlaxcala, Tenochtitlan, por nombrar las más importantes en la trama.

No obstante, el momento de levantar efectivamente la Villa Rica no tiene cabida en la *Carta de Veracruz*; solo encontramos una referencia, lejana, en la *Segunda carta de relación*: “a la sazón que yo me partí de la Villa de la Vera Cruz con demanda de este señor Mutezuma, dejé en ella ciento cincuenta hombres para hacer aquella fortaleza que dejaba comenzada” (1993, p. 162; subrayado mío). En el relato del capitán, la construcción de la ciudad es una elegante elipsis, como si para erigirla bastaran su mandato y voluntad, y la obediencia de sus soldados. De este modo, se construye textualmente una imagen propia de autoridad y responsabilidad, marcando la distancia entre Cortés y su tropa.

En cambio, este momento es referido en forma detallada en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, donde el esfuerzo de la construcción ocupa todo el relato:

E hizimos una fortaleza, y desde en los cimientos y en acaballa de tener alta para enmaderar, y hechas troneras, e cubos, e barbicanas, dimos tanta priesa, que desde Cortés, que comenzó el primero a sacar tierra a cuestras, y piedra, e aondar los cimientos, como todos los capitanes y soldados, a la continua entendíamos en ello, y travajábamos por la acabar de presto, los unos en los cimientos, y otros en hazer las tapias, y otros en acarrear agua, y en las caleras en hazar ladrillos e tejas, y en buscar comida; otros en la madera, los herreros en la clavazón, porque teníamos dos herreros, y desta manera trabajamos en ello a la continua, desde el mayor hasta el menor, y los indios que nos ayudaban; de manera que a estava hecha iglesia e casas e casi la fortaleza (2005, p. 117; subrayado mío).

No se trata solo de organizar y repartir el espacio, algo que Gómara explica en detalle: “*Repartieron los solares a los vecinos y regimientos, y señalaron la iglesia, la plaza, las casas del cabildo, cárcel, atarazanas, descargadero, carnicería y otros lugares públicos y necesarios al buen gobierno y policía de la villa*” (1988, p. 58; subrayado mío). En la memoria experiencial del soldado Bernal Díaz, en la construcción de la Villa Rica se despliegan el esfuerzo y la destreza española, la ayuda de los aliados indígenas, la utilización de los elementos que brinda la naturaleza (piedra, tierra, agua, caleras, madera). Así se cimienta la ciudad: construyendo raíces que se pretenden sólidas para un comienzo que también debe serlo, al menos en la trama del relato. La escena coloca en primer plano el esfuerzo de los soldados, sin los cuales esta ciudad no habría sido posible; además, contiene *in nuce* las estrategias de desplazamiento, conquista y poblamiento.

Ahora bien, para llegar hasta aquí los españoles han debido atravesar la primera ciudad mesoamericana de envergadura: Cempoalla. En estas crónicas, ninguna ciudad funciona en soledad, de modo autónomo, ya sea fortaleza, puerto o cruce de caminos. Cada texto conforma pares opuestos y complementarios que organizan acciones y desplazamientos: Cempoala y Veracruz, Tlaxcala y Tenochtitlan. Se representa así el espacio según una lógica dual que organiza el vínculo entre ciudades y entre sujetos en términos de amistad y hostilidad, lealtad y traición.

PRIMERAS CIUDADES INDÍGENAS: CEMPOALA

La representación textual de Cempoala es importante porque en ella se destacan las primeras referencias a Motecuhzoma y a Tenochtitlan; también debido al recibimiento que los cempoaltecas dan a los españoles, muestra de una dinámica social

de encuentro e intercambio con el *otro*. Por último, se destaca una curiosa anécdota que desnuda la principal búsqueda de los españoles: el oro. Por partes, entonces.

En las cercanías de Cempoala, la *Segunda carta de relación* ofrece una de las primeras referencias a Motecuhzoma a través de un mensajero y del intercambio de presentes. A partir de aquí, el nombre de Tenochtitlan (Temixtitlan en las *Cartas de relación*) y de su gobernante recurren una y otra vez en el texto y ya no lo abandonan, enfatizados por ciertas prolepsis acordes con el presente de la enunciación y la reorganización de la materia narrada en función de la relevancia de espacios y poblaciones. En el itinerario que define el avance, pasan primero por Cempoala y por Xicochimalco, una fortaleza indígena. Explica Cortés: “Yo fui, Muy Poderoso Señor, por la tierra y señorío de Cempoal tres jornadas, donde de todos los naturales fui muy bien rescebido y hospedado” (1993, p. 169). A continuación, describe la fortaleza y nombra los espacios que van recorriendo, en el ya habitual gesto de superposición nominal: puerto del Nombre de Dios, puerto de la Leña –donde se describen las privaciones a los que los somete la naturaleza, en un hecho similar a los que tendrán lugar en las Hibueras–. Subrayando una direccionalidad específica vinculada al proyecto de conquista, Cortés no se detiene a narrar la ciudad sino el derrotero y los enfrentamientos entre los distintos pueblos, siempre en una suerte de línea recta hacia Tenochtitlan, a pesar de lo problemático del camino. De esta manera, en la *Segunda carta de relación*, Cempoala funciona como un mojón en el camino trazado por el capitán, espacio en el cual se obtiene información midiendo al *otro* a partir del encuentro.

Llama la atención esta falta de demora en la ciudad del “cacique gordo” si leemos comparativamente la *Segunda carta de relación* con la *Historia de la conquista de*

México y la Historia verdadera. Estas dos últimas dedican capítulos enteros a la entrada a la ciudad, el encuentro con el señor principal, la sorpresa, la admiración, también la farsa. Bernal Díaz lo relata en el capítulo XLV, titulado “Cómo entramos en Cempoal, que en aquella sazón era muy buena poblazón, y lo que allí pasamos” (2005, pp. 110-112). López de Gómara lo despliega en dos capítulos sucesivos: “El recibimiento que hicieron a Cortés en Cempoallan” (cap. XXXII), “Lo que dijo a Cortés el señor de Cempoal” (cap. XXXIII). López de Gómara organiza el relato de un recibimiento amable, casi idílico, una suerte de remanso frente a una naturaleza hostil:

Desde que pasaron aquel río hasta llegar a otro caminaron por muy gentil camino; pasáronle también a vado, y luego vinieron a Cempoallan, que estaría lejos una milla, *toda de jardines y frescura y muy buenas huertas de regadío.* Salieron de la *ciudad* muchos hombres y mujeres, como en recibimiento, *a ver a aquellos nuevos y más que hombres.* Y dábanles con alegre semblante muchas *flores y frutas* muy diversas de las que los nuestros conocían; y *aun entraban sin miedo entre la ordenanza del escuadrón;* y desta manera, *y con este regocijo y fiesta, entraron en la ciudad, que toda era un vergel, y con tan grandes y altos árboles,* que apenas parecían las casas. A la puerta salieron muchas personas de lustre, *a manera de cabildo,* a los recibir, hablar y ofrecer” (1988, p. 51; subrayado mío).

La escena reitera adjetivos y sustantivos de positiva connotación: belleza, vergel, regocijo y fiesta. Se estiliza así un encuentro que anticipa la concordia y que podrá ser contrapuesto a las feroces luchas posteriores con los tlaxcaltecas. La puesta en escena de un cruce asombrado de miradas establece una jerarquía, donde los españoles son caracterizados como “aquellos nuevos y más que hombres”. Una vez más, Gómara se hace eco de esta concepción del extranjero como ser poderoso o como un dios, imagen que las crónicas

españolas nunca dejaron de incorporar, aun cuando la mirada indígena no lo justificara. En esta descripción, Cempoala reúne los elementos de una ciudad ideal, limpia, clara, sana: los jardines, las huertas, las flores y las frutas, enormes árboles que tapaban las casas. A diferencia de Veracruz, la naturaleza aquí no es hostil sino idílica; domesticada, es ofrecida, en sus bondades, a los recién llegados. El relato del clérigo soriano es retomado, en forma bastante evidente, por Bernal Díaz, quien le suma una serie de marcas temporales mediatizando las percepciones y la habitual referencia a la experiencia articulada en el uso del *nosotros* exclusivo:

E ya que íbamos entrando entre las casas, desde vimos *tan gran pueblo, y no avíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello;* y como estaba tan *bicioso,* y hecho un *vergel,* y tan poblado de hombres y mugeres, las calles llenas, que *nos salían a ver,* dávamos muchos loores a Dios que *tales tierras avíamos descubierto.* [...] Y como veníamos hanbrientos y no avíamos visto otro tanto bastimento como entonces, pusimos nonbre [a] aquel pueblo, Villaviciosa, e [o]tros le [non]braron Sevilla” (Díaz del Castillo, 2005, p. 110; subrayado mío).

La selección léxica reitera el texto gomariano; no obstante, el recorte enfatiza la conquista, el descubrimiento, la apropiación en la nominación. En verdad, aquí se contraponen dos nombres, articulando lo familiar y lo nuevo: uno, describe la ciudad por analogía con lo conocido, Sevilla; otro, remite a la experiencia vivencial de hambre y sed contrapuesta a la abundancia de la ciudad, y reitera el adjetivo *bicioso* en el nombre de la villa, término que también tiene la acepción de “vigoroso y fuerte”. En consonancia con los lineamientos generales de la *descriptio civitatis*, se trata de breves pinceladas, caracterizaciones generales en términos de calles, casas y multitud de hombres y mujeres, donde prima el asombro de la mutua mirada

–y el reclamo por el descubrimiento– antes que una apropiación del espacio en el relato.⁴ Es el detalle, aparentemente anecdótico, el que brinda espesor o densidad a una descripción un tanto vaga:

Y nuestros corredores del campo, que ivan a cavallo, parece ser llegaron a la gran placa y patios donde estaban los aposentos, y de pocos días, según pareció, *teníanlos muy encalados y reluzientes, que lo saben muy bien hazer*, y pareció al uno de los de cavallo, *que era aquello blanco que relucía plata, y buelve a rienda suelta a dezir a Cortés cómo tienen las paredes de plata*. Y doña Marina y Aguilar dixerón que sería yeso o cal; *y tubimos bien que reír de su plata e frenesía, que siempre después le dezíamos que todo lo blanco le parecía plata* (Díaz del Castillo, 2005, p. 111; subrayado mío).⁵

⁴ Paul Zumthor (1994) analiza los modos de la *descriptio civitatis* entre los siglos XII y XVI. Define una retórica de la descripción de ciudades que va adquiriendo distintos matices a medida que avanzan los siglos. Se construye así un *tipo* a partir del cual se representa el espacio; en el caso de las ciudades, algunos elementos centrales con escasas variantes: el espacio que rodea a la ciudad –muchas veces vinculado a la imagen del *locus amoenus*–, puertas, murallas, puentes, torres e iglesias. En términos de recursos, las descripciones –muchas veces vagas o someras– recurren a la *amplificatio* para enmarcar un esquema y a la “acumulación de calificativos hiperbólicos de sentido impreciso (*grande, bello, el más... del mundo*), en una especie de balbuceo que parece sugerir que el objeto está fuera del alcance del lenguaje, en la esfera de lo maravilloso” (1994, p. 109; las cursivas son del original).

⁵ Gómara, por su parte, refiere un relato similar, con explicaciones distintas: “Seis españoles de caballo, que iban adelante un buen pedazo, como descubridores, *tomaron atrás muy maravillados, ya que el escuadrón entraba por la puerta de la ciudad, y dijeron a Cortés que habían visto un patio de una gran casa chapado todo de plata*. Él les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen. Toda la *calle* por donde iban estaba llena de gente, *abobada* de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una *muy gran plaza* vieron a mano derecha un gran cercado de cal y canto, con sus *almenas*, y *muy blanqueado de yeso de espejuelo y muy bien bruñido; que con el sol relucía mucho y parecía plata*; y esto era lo que aquellos españoles pensaron que era plata chapada por las paredes. *Creo que con la imaginación que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucía. Y a la verdad, como ello fue imaginación, así fue imagen sin cuerpo y alma que deseaban ellos*. Había dentro de aquel patio o cercado una buena hilera de aposentos, e al otro lado seis o siete torres, por sí cada una, la una dellas mucho más

Menos benévolo que el historiador, el cronista-soldado refiere la anécdota como ejemplo de las expectativas –de la codicia– del español, como en efecto parece haber sido leída por sus compañeros. Sobre el espacio se proyecta el tamiz de la propia percepción subjetiva. Confundir el yeso o cal de las paredes con plata remite a un universo fantástico, relacionado con el mundo de las caballerías y de las ciudades fabulosas o míticas, imágenes muy presentes en la conquista del Nuevo Mundo y que guiaron numerosas expediciones. Habla también de aquello que podía ser verosímil en ese contexto, siempre controlado por el racionalismo de Cortés quien, en la pluma de López de Gómara, “les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen” (1988, p. 122). No obstante, la escena narrada por Bernal Díaz deja en el lector la imagen de una Cempoala luminosa, limpia, prístina; “aquello blanco que relucía plata” condensa el deseo de América como espacio de fabulosas conquistas y magníficos hallazgos.

Es en este sentido que, en las crónicas, Cempoala se estructura en contraposición a la Villa Rica de la Vera Cruz, la cual lleva inscrita en su nombre –y en la historia de su génesis– la ambición de riqueza. Bernal Díaz ha explicado que se llama “*rica* por aquel caballero que dije en el capitulo (XXVI) que se llegó a Cortés y le dijo que *mirase las tierras ricas y que se supiese bien gobernar*, y quiso decir que se quedase por capitán general, el cual era Alonso Hernández de Puertocarrero” (2005, p. 138; subrayado mío). La Villa Rica propone una riqueza –un modo de conquista– cuyo secreto radica en el esfuerzo, el trabajo colectivo, el aprovechamiento de la tierra, el buen gobierno. Es lo que finalmente ocurrirá en la Nueva España con las encomiendas, los repartos de tierra, la explotación agrícola, ganadera y minera.

alta que las otras” (1988, pp. 51-2; subrayado mío).

Nada comparable sin embargo a los sueños de riqueza fácil, esperado botín de guerra de las tropas españolas. En cambio, con sus fabulosas paredes de reluciente plata, Cempoala materializa en los relatos una expectativa, una necesidad, una ambición que nunca se repliegan por completo, ni siquiera en los peores momentos, como en la huida de la Noche Triste, en la que soldados españoles perecen bajo el peso de los tesoros que se niegan a abandonar.

CODA: CHOLULA

Pero si Cempoala es ciudad de asombrado remanso para los hambrientos y cansados soldados, también es espacio de aprendizaje de modos de comunicación y reciprocidad con los principales indígenas, de vital importancia en posteriores cruces con tlaxcaltecas y mexicas. Además, el diálogo con el “cacique gordo” que gobierna la urbe permite organizar un mapa de alianzas y enfrentamientos en el valle de México, que determina el derrotero de aquí en más: los caminos que tomarán las tropas españolas, aquellos que evitarán temiendo trampas o emboscadas, dónde pasarán la noche y en qué asentamientos permanecerán alerta, temiendo un ataque. De hecho, cuando ingresan a Cholula –ciudad enfrentada a Cempoala y a Tlaxcala–, Cortés explica:

E inviôme [Motecuhzoma] muchos de los suyos para que fuesen conmigo porque ya entraba por su tierra, los cuales me querían encaminar por cierto camino donde ellos debían de tener algúnd concierto para nos ofender. [...] Mas como Dios haya tenido siempre cuidado de encaminar las reales cosas de Vuestra Sacra Majestad desde su niñez y como yo y los de mis compañía íbamos a su real servicio, nos mostró otro camino aunque algo agro no tan peligroso com aquel por donde nos quería llevar (1993, p. 197-8).

En este derrotero de conquista, antes de alcanzar Tenochtitlan, la anécdota más

resonante por su crueldad e implicancias simbólicas es la matanza que tiene a la ciudad de Cholula como escenario. No es mi objetivo detenerme en las peculiaridades históricas del hecho (ya muy trabajado por la crítica) o en las distintas versiones, recogidas en especial por las crónicas indígenas y los relatos de frailes como Las Casas o Sahagún. En cambio, quiero subrayar el impacto de la elección de este espacio para un castigo ejemplar que, por su crueldad, asombra a los naturales y singulariza a los españoles.

Es conocida la significación de Cholula en el escenario mesoamericano: ciudad mítica, es violentada por los extranjeros, quienes, asumiendo una traición por parte de sus habitantes –probable aunque no probada, ni siquiera sugerida en forma suficiente–, imponen de manera rápida, sorpresiva, determinada, cruel, el castigo ejemplar.⁶ Se desconoce si Cortés estaba al tanto, siquiera en forma somera, de estas significaciones de la ciudad; en cambio, es posible afirmar que la matanza inicia la desacralización de espacios, cuerpos y objetos que define el avance español y que tanto peso tendrá en la entrada a Tenochtitlan y la caída de Motecuhzoma (como ya ha sugerido Inga Clendinnen en su brillante trabajo *Aztecs. An Interpretation*, 2003).

Ni López de Gómara ni Bernal Díaz se detienen a describir Cholula; en cambio, optan por referir pormenorizadamente el encuentro con los principales, el lugar donde los aposentán, las alianzas y enemistades

⁶ Respecto del significado de la ciudad Cholula como ciudad-santuario, dedicada a Quetzalcoátl, y las diversas versiones de la matanza, véase “La matanza de Cholula” (Camelo, 2004). Los testimonios y las historias, críticas, son numerosos. Entre los más relevantes, el relato que Bartolomé de Las Casas incluye en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, quien utiliza esta escena como ejemplo máximo de la crueldad de los conquistadores españoles. Las versiones de indígenas tlaxcaltecas, mexicas y choltultecas fueron recogidas por Sahagún y Durán; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y Diego Muñoz Camargo recogen las versiones de los tlaxcaltecas.

entre cholultecas, mexicas y tlaxcaltecas, más intuitivas que comprendidas en esos momentos, aunque la temporalidad de la enunciación reorganice la información brindando un mapa más claro de estas relaciones. En ambos relatos, Cholula es ante todo ciudad misteriosa y sospechosa –no olvidemos que deben justificar una matanza muy criticada luego–, donde los españoles están en permanente estado de alerta y temor. En cambio, la urbe solo adquiere ribetes definidos en la descripción que propone Cortés:

Esta cibdad es muy fértil de labranzas porque tiene mucha tierra y se riega la mayor parte della, aunque es la cibdad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana. Y certifico a Vuestra Alteza que yo conté desde una mezquita *cuatrocientas y tantas torres en la dicha cibdad, y todas son de mezquitas. Es la cibdad más a propósito de venir españoles* que yo he visto de los puertos acá, porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganados, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto, porque es *tanta la multitud de la gente* que en estas partes mora que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada. Y aun con todo en muchas partes padescen necesidad por falta de pan y aun hay mucha *gente pobre y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres de España y en otras partes que hay gente de razón* (Cortés, 1993, p. 195-6; subrayado mío).

Más allá de ciertos elementos estereotípicos –la fertilidad de la tierra, las torres, las multitudes–, Cholula se caracteriza por sus afinidades con lo español y con aquello que la hace habitable: las tierras de cultivo, los regadíos, la cría de ganado. Dos son los elementos que más sorprenden: la cantidad de “mezquitas” y la existencia de pobres “que piden entre los ricos por las calles”. Ambos aluden a cosmovisiones y modos de organización social que hacen a una idea de civilización: el mundo de la alteridad conocida, el moro,

por un lado; la diferencia –entendida como algo dado de suyo, inevitable– por otro.

Notemos que en el relato de Cortés esta es la ciudad más semejante a lo propio, “la cibdad más a propósito de venir españoles que yo he visto de los puertos acá” (1993, p. 195). Entonces, allí donde cree poder aprehender mejor las coordenadas sociales, el capitán desata la matanza: organiza un castigo ejemplar cuyas consecuencias cree poder controlar y que recubre con un aura de profundo temor su propia imagen. Según narra fray Bernardino de Sahagún en el libro XII de su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, incluso Motecuhzoma se estremeció al enterarse de lo ocurrido y su confusión aumentó. La desacralización de la ciudad mítica ha comenzado; la percepción del fin de un orden conocido gana los relatos indígenas:

Y toda la gente acá en México y donde venían los españoles y en todas las comarcas, andaba muy alborotada y desasosegada, parecía que la tierra se movía, todos andaban espantados y atónitos (Sahagún, 1992, libro 12, cap. XI, p. 733).

En la bellamente metafórica representación verbal indígena, el mundo conocido comienza a resquebrajarse con la matanza que mancha la ciudad de Quetzalcoátl. La espada del cristiano que hiende el cuerpo indígena abre una fisura en la historia de estos pueblos nahuas. En la mirada retrospectiva que formula profecías y designios, la tierra tiembla, anunciando un final.

BIBLIOGRAFÍA

- Camelo, R. (2004). La matanza de Cholula. *Arqueología mexicana*, (48), 52-57.
- Clendinnen, I. (2003). *Aztecs: An interpretation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cortés, H. (1993). *Cartas de relación*. Ed. Ángel Delgado Gómez. Madrid: Castalia.
- Díaz del Castillo, B. (2005). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*. Edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez. México: El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Servicio Alemán de Intercambio Académico, Agencia Española de Cooperación Internacional.
- Elliott, J. H. (1986). Cortés, Velásquez and Charles V. En Cortés, H. *Letters from Mexico* (pp. 15- 35). Tr. y ed. Anthony Padgen New Haven-London: Yale University Press.
- López de Gomara, F. (1988). *Historia de la conquista de México*. México: Porrúa.
- López de Mariscal, B. (2004). *Relatos y relaciones de viaje al Nuevo Mundo en el siglo XVI*. Madrid: Polifemo y Tecnológico de Monterrey.
- Rodríguez, J. (2010). *Conexiones transatlánticas: viajes medievales y crónicas de la Conquista en América*. México: El Colegio de México.
- Romero, J.L. ([1973] 2001). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Sahagún, B. de (1992). *Historia general de las cosas de la Nueva España*. México: Porrúa.
- Zumthor, P. (1994). *La medida del mundo. La representación del espacio en la Edad Media*. Tr. Alicia Martorell. Madrid: Cátedra.

§§§



Apiano, *Cosmographia*
(1539)

LA FRONTERA MISIONERA NOVOHISPANA A TRAVÉS DE LAS VIDAS Y VIRTUDES

Bryan Green

Centro de Estudios Coloniales

Iberoamericanos

Universidad de California Los Ángeles,

USA

Resumen:

Este trabajo examina la frontera misionera a través de las hagiografías o vidas y virtudes de misioneros jesuitas de la Nueva España. Escritas por miembros de dicha orden durante el siglo dieciocho, estas obras representan los orígenes, formación, dotes, fervor apostólico, y martirio de algunos misioneros jesuitas notables del virreinato. En principio, las vidas y virtudes servían como modelos de comportamiento para noviciados y regulares de la Compañía de Jesús, pero al narrar las vidas de estos apóstoles ideales paralelamente reproducían y actualizaban el concepto de la frontera misionera como parte de la realidad social de la colonia. La frontera misionera es en este trabajo un conjunto de prácticas y funciones que determina quiénes se encuentran dentro o fuera del orden político, económico y social del virreinato y qué medidas se justificaban para disciplinar a sujetos remisos o rebeldes. En este sentido, la realidad de la frontera misionera dependió, en parte, de un sistema de producción y diseminación de textos al cual los jesuitas contribuyeron prolíficamente hasta su expulsión en 1767.

Palabras clave: Nueva España, Misión, Jesuitas, Fronteras, “vida y virtudes”.

This study examines the missionary frontier through the hagiographies or vida y virtudes of Jesuit missionaries in New Spain. Written by members of this order during the 18th century, these texts narrate the origins, training, aptitudes, apostolic ambition, and martyrdom of some notable Jesuits of the vice-royal era. In principle, the vida y virtudes served as a model of behavior for novitiates and regulars of the Compañía de Jesús; at the same time, however, the narratives on the life of these idealized apostles reproduced and updated the concept of a missionary frontier as part of the social reality of the colony. In this study, missionary frontier is understood as a set of practices and functions that determines who is within or outside of the vice-royal political, economic and social order, and what measures were justifiable to discipline unwilling subjects or rebels. In this sense, the reality of the missionary frontier depended, in part, on the creation and dissemination of texts—and the Jesuits contributed prominently to this production until their expulsion in 1767.

Keywords: New Spain, Mission, Jesuits, Frontiers, “vida y virtudes”.

Artículo recibido: 18.11.2009

Artículo aceptado: 05.06.2010

Este trabajo es una aproximación al concepto de la frontera misionera a través de las hagiografías de apóstoles jesuitas ejemplares de la Nueva España, escritas por miembros de dicha orden durante el

siglo dieciocho.¹ Estas hagiografías, o *vidas*

¹ Este estudio abarca las siguientes obras, en orden cronológico: *Vida y virtudes del V.P. Juan Baptista Zappa* (c. 1729) de Miguel Venegas, *Vida y virtudes de el venerable y apostólico padre Juan de Ugarte* (1752) de Juan José de Villavicencio, *El apóstol mariano representado en la vida del V.P. Juan María de Salvatierra* (1754) también de Venegas, *La fervorosa vida y religiosas virtudes del V.P. Joseph*

y virtudes, no han sido estudiadas con el mismo interés que los informes etnográficos e historias naturales provenientes del sistema misionero de los jesuitas en el noroeste de Nueva España y que llegaron a un nutrido público lector en la Europa de la Ilustración. No obstante, estas obras aportan detalladas descripciones de la educación, dotes y virtudes del misionero ideal de la Compañía de Jesús, así como los desafíos que se presentaron a esta formación en la frontera misionera. Debido a que justificaba la expansión del orden colonial para incorporar a nuevos sujetos y presentaba modelos de misioneros ideales (o idealizados) a que debían aspirar todo jesuita, esta producción textual era clave para la invención y reproducción de la frontera y las relaciones de poder que este concepto abarcaba.

Recientes estudios sobre la institución de la misión en Nueva España han reexaminado el archivo para esclarecer los efectos reales que tuvo la evangelización en

María Genovese (1758) de Juan Francisco López, y *Carta del Padre Provincial Francisco Zevallos sobre la apostólica vida y virtudes del P. Fernando Konsag, insigne misionero de la California* (1764) de Francisco Zevallos. La primera de estas obras fue luego editada y publicada en Barcelona en 1752. Me valí de la copia manuscrita del original que se encuentra en la Biblioteca Huntington en Pasadena, California. Consulté las primeras ediciones de la *Vida y virtudes de el venerable y apostólico padre Juan de Ugarte* y la *Carta del Padre Provincial Francisco Zevallos* que se encuentran en la Biblioteca Huntington. Tuve a la vista de las primeras ediciones de *El apóstol mariano y La fervorosa vida y religiosas virtudes del V.P. Joseph María Genovese* que se encuentran en el Charles E. Young Research Library Department of Special Collection de la Universidad de California, Los Ángeles. Todas estas obras, excepto la *Vida y virtudes del V.P. Juan Baptista Zappa*, tratan de misioneros jesuitas que establecieron misiones en Baja California, el *non plus ultra* de la Nueva España, durante el siglo dieciocho. Aunque Juan Baptista Zappa ejercía su vocación en misiones urbanas y rurales cerca de la Ciudad de México, él estuvo, sin embargo, directamente involucrado en las primeras tentativas de extender la frontera misionera de Sonora y Sinaloa a la contracosta de la península californiana. Según cuenta Venegas, después de su muerte en 1694, Zappa se apareció en un sueño al Padre Salvatierra para animarlo a proseguir con la fundación de las primeras misiones en Baja California (291r).

los pueblos indígenas de la frontera norte del virreinato y las estrategias que estos desarrollaron para asimilar las instituciones y la cultura de los colonizadores a sus propias culturas.² Como señala David Sweet, esta aproximación significa una ruptura con la escuela del historiador norteamericano Herbert Eugene Bolton, que suele representar la misión como una institución benigna que brindaba progreso tecnológico y cultural a gente que carecía de los beneficios de la civilización europea (1995, pp. 7-11).³ Sweet escribe: “Nothing about the mission enterprise is self-evident, and in view of its terrible consequences for the native populations it was designed in principle to benefit, nothing about it should any longer be taken for granted or at face value by serious historians” (p. 45). En esta línea, estudio las *vidas y virtudes* no como crónicas de las hazañas de misioneros-pioneros que desempeñaron un papel clave en la historia teleológica del progreso y difusión de la civilización europea, sino como artefactos de una producción literaria que servía de soporte para la imposición, actualización y reproducción de la realidad institucional de la frontera misionera.

LA FRONTERA PERFORMATIVA

Como ha sugerido José Rabasa en su trabajo sobre el discurso de la violencia en la frontera norte de la Nueva España, “la frontera” es una especie de deíctico que sólo significa desde su lugar de enunciación, por lo que se entiende la

² Véase por ejemplo *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768* de Ignacio del Río, *When Jesus Came, the Corn Mothers Went Away: Marriage, Sexuality and Power in New Mexico, 1500-1846* de Ramón Gutiérrez, y *Wandering Peoples: Colonialism, Ethnic Spaces, and Ecological Frontiers in Northwestern Mexico, 1700-1850* de Cynthia Radding.

³ En su ensayo fundacional, “The Mission as a Frontier Institution in the Spanish-American Colonies”, Bolton elogia los “principios humanitarios” de la colonización española y el “celo humanitario” de los misionarios (1917, p. 52).

experiencia fronteriza de modo distinto según los puntos de vista del indígena, del soldado español o del misionero (2000, pp. 20-21). Quisiera complementar esta idea con algunas reflexiones del filósofo norteamericano John Searle respecto a la creación de la realidad social.⁴ Para Searle, dentro de cualquier comunidad existe una intencionalidad colectiva que produce y perpetúa una realidad institucional por medio de enunciaciones performativas.⁵ Los hechos institucionales se diferencian de la “realidad bruta” en consistir de funciones que se asignan a la naturaleza y relaciones de poder que se establecen a través de instituciones humanas. Creo que el concepto de frontera, pensada ya sea como zona de acción apostólica durante el siglo dieciocho o como límite entre las comunidades imaginadas del siglo veintiuno, es quizás el mejor ejemplo de la imposición de una realidad institucional al mundo. El concepto de frontera no sólo implica un topónimo arbitrario aplicado a una región geográfica, sino también complejas redes institucionales que rigen las vidas de sujetos que viven “dentro” o “fuera”.

Hay tres aspectos del concepto de realidad social planteado por Searle que son especialmente relevantes para mi entendimiento de la frontera como concepto: primero, que esta realidad se sostiene mediante enunciaciones que crean el estado que representan; segundo, que los hechos institucionales que se nos presentan como una intencionalidad colectiva son el producto de complejos sistemas que se complementan entre sí, pero cuyo soporte común es el lenguaje; y, tercero, que la

⁴ Aunque confunde la distinción entre “brute facts” e “institutional facts”, lo que Searle define respectivamente como *datum* y *factum*, el mismo Rabasa reconoce la coincidencia de su concepto de la frontera con el concepto de la realidad institucional (2000, p. 21, n 292).

⁵ Searle define la intencionalidad como “the general term for all the various forms by which the mind can be directed at, or be about, or of, objects and states of affairs of the world” (1998, p. 85).

estructura del hecho institucional es la estructura de las relaciones de poder. Respecto a este último punto, Searle plantea que mientras las funciones institucionales muchas veces autorizan o justifican el uso de la fuerza bruta, ésta no es requisito para el ejercicio del poder. Searle escribe:

Power grows out of organizations, i.e., systematic arrangements of status functions. And in such organizations the unfortunate person with a gun is likely to be among the least powerful and the most exposed to danger. The real power resides with the person who sits at a desk and makes noises through his or her mouth and marks on paper. Such people typically have no weapons other than, at most, a ceremonial pistol and a sword for dress occasions. (1995, pp. 117-18)

Esta reflexión es útil a la hora de analizar el papel de *las vidas y virtudes* como narrativas, o incluso como enunciaciones performativas, que tautológicamente imponen y perpetúan los hechos institucionales que representan por medio de historias de apóstoles ejemplares en la Nueva España. Si bien la frontera es una función que se impone arbitrariamente sobre la naturaleza y los habitantes de una zona geográfica dada, la producción textual naturaliza las relaciones de poder que esta función implica y asegura su futura reproducción.

LA FRONTERA APOSTÓLICA-PEDAGÓGICA

Aun cuando hayan sido refundidas, reeditadas y diseminadas fuera de la Compañía, *las vidas y virtudes* fueron escritas, en principio, para presentar modelos de apóstoles jesuitas ejemplares

a los religiosos y novicios de la orden.⁶ En su “Prólogo al lector”, Juan Antonio Oviedo, editor del *Apóstol mariano representado en la vida del V.P. Juan María Salvatierra*, señala que el primer objetivo del libro es dar “mayor aliento a todos los Religiosos, especialmente a los Jesuitas Misioneros, para que emprendan con mayores bríos el procurar la Salvación de las almas, y especialmente de los infieles, según demanda el Apostólico Instituto de la Compañía” (A5r). Estas obras tienen sus raíces en *las vidas de santos y ejemplos* medievales pero también presentan rasgos particularmente jesuitas y, de cierto modo, modernos. A diferencia de, por ejemplo, *La leyenda áurea* de Jacobo de Vorágine, que presenta las vidas de los santos dentro de una estructura temporal (el calendario litúrgico) cuál retablos en una iglesia gótica, las *vidas y virtudes* se tratan de un sólo sujeto cuya vida y obras, desde su nacimiento hasta su muerte, estructuran la obra. En su dedicatoria a la *Vida y virtudes del V.P. Juan Baptista Zappa*, Miguel Venegas emplea este tropo para describir lo que él llama su “libro simbólico historial”:

Mas ya si de la fábrica material, pasamos al interior adorno, admiraremos en cada Altar una vida de un Santo, mudamente historiada en sus Retablos, en cada pintura un paso de su vida, en cada estatua un simulacro de sus virtudes, en cada nicho un triunfo de la gracia, y finalmente veremos en el trono principal colocada la Santidad: que allí como historia simbólica, se propone para memoria eterna de los siglos, y veneración de la posteridad (1r).

⁶ Estas hagiografías también tienen su origen en las cartas edificantes que los primeros misioneros mandaban a sus correligionarios desde las Indias Orientales. John O’Malley escribe que estos textos “had a professedly edifying purpose either for the Jesuits themselves or for others, and were to that extent expurgated at their very source. Jesuits especially looked forward to letters from their brethren in “the Indies” and read them at table in the Jesuit houses. [...] the Jesuits circulated letters of this kind to silence enemies, win friends, attract recruits, and fan their own enthusiasm for their vocation” (1993, p. 63).

Las *vidas y virtudes* se atienen a una estructura general que se modela en la educación y vocación de un jesuita ideal: en la primera fase vemos la vida del sujeto en los colegios jesuitas y su paso por el escalafón del *Ratio studiorum*; luego vemos su ejercicio como docente en los mismos colegios; finalmente, se presenta el trabajo misionero del jesuita y su santa muerte. Se notará que en cada etapa el jesuita se define en relación con el magisterio, es decir, el sistema pedagógico de la orden: primero como estudiante de los colegios jesuitas, luego como profesor del mismo sistema y, finalmente, como misionero que tiene que impartir una educación básica a sus catecúmenos indígenas para poder imponer el orden cristiano y español. A cada paso se nos presentan las especiales dotes y virtudes que se busca en un jesuita, y a través de sus experiencias y adversidades vemos los dilemas morales y desafíos que enfrentan los elegidos.

Uno de los principales desafíos para los jesuitas retratados en *las vidas y virtudes* es saber atemperar su aventajada inteligencia con la humildad. En este aspecto, el caso de Juan Baptista Zappa es representativo en tanto que su humildad mantiene en jaque su natural talento. Zappa logra encubrir sus considerables dotes intelectuales de tal manera que,

su mismo maestro en más de cuatro meses que lo había tratado, estaba perplejo, sin atreverse a calificarlo ni por el mejor entre sus condiscipulos, al verlo poco lucido; ni por el menos aprovechado, capaz, y talentoso, porque en algunas explicaciones muy difíciles de poetas, lo experimentaba sumamente capaz y desembarazado; Y así dudaba si aquello provenía de superior virtud, que le obligaba a esconder su talento, por no perderlo envanecido; o si sería aquel su natural talento, contenido en los límites de mediano (14v).

Se nos presenta un caso similar en Juan de Ugarte cuyo ejemplo provoca la siguiente exclamación de su biógrafo: “¡O dichosa Compañía, que mantienes en tan prodigioso equilibrio las letras con las virtudes, y consigues el tener a tus hijos en el profundo de la humildad, estando en el auge mayor de los aplausos!” (Villavicencio, 1752, p. 26). En todos los casos se justifica la sabiduría del sistema educativo jesuita, que sabe descubrir y alentar a los estudiantes más aptos sin que éstos recaigan en el peligro mortal de la vanidad, o que las letras humanas los distraigan de las sagradas. Miguel Venegas escribe, “Las aves madres no sacan de su nido a sus polluelos, para volar, hasta que cobran fuerzas y les crecen las alas: otro tanto con sus hijos la Compañía” (13v-14r).

Otro desafío común para estos jesuitas ejemplares es el conflicto entre, por un lado, su deseo de probar sus virtudes espirituales en las misiones más retiradas y peligrosas de las fronteras coloniales y, por otro lado, su obligación de acatar las órdenes de sus superiores y cumplir con cualquier puesto que se les asignara. José María Genovese, un jesuita a quien trasladaron desde las misiones a un colegio de la capital, se desahoga con violentas penitencias y protesta que su sangre “se podría emplear con más acierto en el cultivo de los Indios” (López, 1758, p. 11). Vemos la misma frustración en el caso de Juan Baptista Zappa, a quien, debido a su precaria salud, no se le permite ejercer su vocación en las misiones más retiradas del reino. Zappa, que había viajado a las Indias para imitar la vida de S. Francisco Javier, logra que lo manden a misiones más cercanas a la capital en las haciendas, ingenios y reales de minas donde faltaban ministros de la iglesia. Según cuenta Miguel Venegas, es en una de estas misiones cerca de Tulancingo en la Huasteca donde hechiceros indígenas, instigados por el demonio, envenenan al padre y éste así logra el tan deseado

martirio. Venegas escribe de su muerte: “Y por este camino facilitó Dios lo que parecía moralmente imposible, que era perder la vida por Cristo, y derramar la sangre en odio de la predicación: pues sin ir a meterse entre los bárbaros de las más remotas gentilidades, llegó a conseguir esto, en el corazón de la cristiandad de este reino” (289r). Las *vidas y virtudes* representan al misionero ideal como alguien que sacrificaría gustoso su vida para extender la fe y la soberanía del imperio, por lo que se afirma el valor inherente de éstas. Por consiguiente, la resistencia de los pueblos indígenas a este proyecto de aculturación y colonización es vista como un acto irracional atribuible a su rudeza o a su susceptibilidad a la influencia demoníaca.

Como podemos ver en la cita anterior, el apostolado de los jesuitas no necesariamente comenzaba en las misiones de los límites imperiales, sino que éstas formaban parte de una red que se extendía desde los colegios en los centros urbanos hacia los límites de Nueva España en las fronteras de Sonora y Baja California. Esta red fue el soporte del proyecto de educación popular de los jesuitas, que, según la historiadora Pilar Gonzalbo Aizpuru, desempeñaba una función social clave como amortiguador de las graves desigualdades e injusticias de la sociedad novohispana (142). Los jesuitas suplían la falta de ministros en zonas rurales ya conquistadas y pobladas donde el desmoronamiento del orden social era inminente. Por medio de la catequesis, la administración de los *Ejercicios espirituales*, los actos de penitencia comunitaria, el establecimiento de escuelas y los sermones en castellano, náhuatl y otras lenguas indígenas, los jesuitas cumplían el papel reconciliador de comunicar que, más allá de un sistema económico arbitrariamente impuesto para el beneficio de unos pocos, los sujetos ya incorporados (o por incorporar) al orden colonial pertenecían a una cultura y a una religión. Estas campañas tenían

como fin, según cuenta Miguel Venegas, “la universal reformatión de costumbres”, y los misioneros atacaban con tesón aquellos vicios que amenazaban con desestabilizar el orden social y económico, tal y como la poligamia, el amancebamiento, el juego, la embriaguez y el “odio” entre distintos grupos étnicos o sociales (106r). Las misiones eran, en cierta medida, la imposición de la disciplina corporativa de los jesuitas a la sociedad en general, y esto dependía del concepto de magisterio u orden pedagógico impuesto por los misioneros. Las misiones de la frontera, entendida como zona límite entre el orden colonial y la barbarie de las regiones limítrofes del noroeste, presentaban el mayor desafío a esta disciplina y, por consiguiente, requerían apóstoles especialmente preparados y fogueados.

En *las vidas y virtudes* se plantea una paradójica economía de mérito apostólico en la que la frontera misionera tiene un papel clave. Para el jesuita, el trabajo de misión representaba un rechazo a los laureles ganados en los colegios de los centros coloniales, y mientras más reconocido el sujeto dentro y fuera de la compañía más mérito tenía su elección de trabajar entre gentes que no apreciarían su estatus. En parte, el mérito del misionero se medía por la altura de la caída desde los aplausos de las universidades y la corte colonial hasta las penurias, el desconocimiento y el abandono sufridos en la frontera misionera. Debido a estas mismas condiciones, era necesario mandar los operarios más talentosos y disciplinados a la frontera, ya que, lejos de los colegios y la supervisión de superiores y correligionarios, la disciplina corporativa de la compañía y el orden social que se intentaba imponer estaban en constante peligro de erosionarse. En *La vida y virtudes de Juan de Ugarte*, se yuxtapone el ejemplo del sujeto ideal con un misionero anónimo de Sonora que comete una falta grave (no nombrada) y a cuyo favor intercede el Padre Juan:

Mis Padres, dijo a los demás sujetos, este pobre hombre entró en la Religión por quitarse de los peligros, y riesgos del siglo, lo han enviado, con poco gusto suyo, a los mismos, y aún a mayores riesgos, entre innumerables ocasiones, que sin iras a buscar, se entran por las puertas, no es mucho, ni debemos maravillarnos de que en tales circunstancias haya caído en algún defecto; pongan a este pobre sujeto el recogimiento, y regular distribución de algún Colegio, y se logrará con edificación (Villavicencio, 1752, p. 160).

En la frontera, la persona misma del misionero representa las instituciones y el orden del centro y el ejercicio de su apostolado es una serie de enunciaciones performativas cuyo fin es establecer y reafirmar una estructura de poder, hasta en su muerte. Según Juan José de Villavicencio, autor de *La vida y virtudes de Juan de Ugarte*, el Padre Juan,

solía decir, que la religión, y observancia regular no estaba aligada a los colegios, sino a las personas, que debían observar en todas partes las santas reglas. Las observaba el Padre en aquellos desiertos, como si estuviera en el Colegio más regular, guardaba en cuanto podía la religiosa distribución de las horas, dando su tiempo señalado a los exámenes de conciencia, oración, y lección espiritual (p. 188).

La frontera misionera representa el mayor peligro a la disciplina corporativa pero al mismo tiempo ofrece la oportunidad de probar los méritos del verdadero apóstol y el orden que representa; irónicamente, es en el fracaso total del apostolado, la resistencia y el rechazo de la enseñanza, y, en última instancia, el martirio del misionero, donde el jesuita se realiza como sujeto completo y justifica el orden colonial. En esta relación entre el sujeto jesuita y la orden que representa podemos ver un aspecto importante de la tipología, o el modo retórico dominante en *las vidas y virtudes*,

y cómo funciona ésta en la creación y reproducción de la función del misionero y del concepto de la frontera misionera.

LA FRONTERA TIPOLOGICA

En la tipología clásica hay una relación de doble espejo entre el Antiguo y Nuevo Testamentos, o entre los textos bíblicos y la historia. En este modo de entender la historia, los sucesos sólo tienen sentido como reflejo de un tipo o de un texto anterior cuyo verdadero significado se revela en el transcurso del tiempo. Por ejemplo, en Romanos 5:14, Adán se presenta como la figura o tipo del redentor Jesucristo, que es el anti-tipo prefigurado en la caída del primer hijo de Dios. En *The Great Code*, Northrop Frye señala que el pensamiento tipológico presupone que existe “[...] some meaning and point to history, and that sooner or later some event or events will occur which will indicate what that meaning or point is, and so become the antitype of what has happened previously” (1982, p. 81). En los textos que representan el apostolado de los jesuitas en Nueva España, vemos una cadena de tipos y anti-tipos que comienza en el Antiguo Testamento con la profecía de Isaías 66:18, “Ego autem opera eorum et cogitationes eorum et venio ut congregem omnibus gentibus et linguis,” que prefigura los primeros apóstoles cristianos. Luego en el Nuevo Testamento, en la Segunda Epístola a Corintios 11:23, las tribulaciones que sufre Pablo en extender la fe prefiguran la misión del primer apóstol jesuita, San Francisco Xavier, que, como ya hemos visto en el caso del padre Zappa, representa el tipo de todo misionero jesuita posterior. La vida misma de los apóstoles jesuitas se convierte en una enunciación performativa (o un anti-tipo) que reafirma el concepto de la frontera como un desierto donde clama la voz del misionero; y por medio de *las vidas y virtudes* esta enunciación

se plantea como un tipo que se realizará a través de futuros operarios de la compañía. En este concepto de la historia, la frontera existe fuera del tiempo y la geografía, es un espacio provisto por la providencia donde el misionero pueda establecer y confirmar la ley que él mismo representa.⁷ La “frontera” no es un topónimo, sino, en las palabras de Searle, un “status-function”, que en este caso se utiliza para describir la relación del misionero y colonizador con un medio y sus habitantes. Dentro de las distintas instituciones que se imponen a la realidad de la frontera, la Compañía de Jesús tiene un papel clave en la reproducción de la realidad institucional de la colonia, no sólo a través de sus apóstoles sino también, y quizás aún más importante, por medio de la producción y diseminación de textos dentro y fuera de la orden.

Me gustaría abarcar otros dos sentidos de la tipología, más allá de su uso como un modo retórico o una forma de entender la historia, sugeridos por Frye en su libro sobre la crítica literaria y la Biblia. Según Frye, podemos entender la educación como un proceso en que el individuo que cobra consciencia de su condicionamiento social se convierte en un anti-tipo de la sociedad en que vive (p. 87). Ya vimos en el caso de Juan de Ugarte cómo el misionero absorbía la institución que le otorgaba una función en la sociedad colonial (el sistema educativo

⁷ Esta definición de la frontera providencial coincide con lo que Auerbach entiende como concepto de tiempo en el pensamiento tipológico: “a connection is established between two events which are linked neither temporally nor causally – a connection which it is impossible to establish by reason in the horizontal dimension (if I may be permitted to use this term for a temporal extension). It can be established only if both occurrences are vertically linked to Divine Providence, which is alone able to devise such a plan of history and supply the key to its understanding. The horizontal, that is the temporal y causal, connection of occurrences is dissolved; the here and now is no longer a mere link in an earthly chain of events, it is simultaneously something which has always been, and which will be fulfilled in the future; and strictly, in the eyes of God, it is something eternal, something omni-temporal, something already consummated in the realm of fragmentary earthly event” (1953, p. 74).

jesuita) y reproducía esta función en la frontera misionera. Frye también sugiere que se puede entender la relación entre texto y lector a través del paradigma de tipo y anti-tipo: “[...] we may perhaps say that every text is the type of its own reading. Its antitype starts in the readers mind, where it is not a simple reception but the unfolding of a long and complex dialectical process, the winding of the end of a string into a ball, in Blake’s figure” (p. 226). Podemos aplicar este mismo paradigma a la reproducción de funciones, no sólo a través del magisterio y misiones de la Compañía de Jesús sino también por medio de una producción textual que asegure la actualización continua de los conceptos de frontera, misionero y catecúmeno (ejemplar o remiso). En el prólogo de *La vida y virtudes de Juan de Ugarte*, Juan José de Villavicencio, sugiere que componer la obra fue, en cierta medida, su propia labor apostólica, y que a falta de poder trabajar en la frontera misionera su libro serviría de simulacro y lección de las virtudes de un apóstol ideal. En la dedicatoria a S. Francisco Javier, se plantea una relación entre el texto cómo anti-tipo y el apóstol como tipo: “os ofrezco rendido”, escribe Villavicencio, “y os consagro el tal cual trabajo, que he tenido en escribir la vida, y virtudes del Venerable, y Apostólico Padre Juan de Ugarte, que supo seguir vuestros pasos, tomar vuestros ejemplos, e imitar vuestras gloriosas empresas, para convertir a Dios una numerosa gentilidad, y reducir a bien vivir a muchos pecadores.” Aquí tenemos una cadena de tipos y anti-tipos (San Francisco Javier, Ugarte y Villavicencio) en que el texto, en tanto actualización de ciertas funciones en la intencionalidad colectiva, a su vez servirá de tipo para futuros lectores dentro y fuera de la orden, estableciendo así la realidad de la frontera.

LA FRONTERA ERÓTICO-DIABÓLICA

Las *vidas y virtudes* forman parte de lo que el historiador Jorge Cañizares-Esguerra ha denominado “la épica satánica”, o la representación de las Américas, por colonizadores hispánicos y anglosajones, como un campo de batalla entre las fuerzas de Dios, representadas por los europeos, y las de Satanás, personificadas en la resistencia indígena (2000, pp. 31-85). La visión del indígena como cómplice o víctima del demonio, y del europeo como su verdugo o libertador, todavía tenía gran resonancia en la Nueva España del siglo dieciocho, y las hagiografías de misioneros ejemplares como las de los Padres Zappa, Salvatierra y Ugarte representaron la frontera misionera como el frente principal en esta lucha contra el “enemigo común”. Los misioneros jesuitas llegaban a aquellos espacios en que el demonio se había infiltrado, ya sea por la ausencia o por el descuido de los agentes coloniales, y restablecían el orden divino y social. Según las *vidas y virtudes*, una de las armas principales que el demonio usaba contra estos misioneros era la tentación del sexo femenino.

Como ya he señalado, las peregrinaciones, encuentros y hechos de los misioneros en la frontera misionera jesuita actualizaban algunas de las funciones básicas de que dependía el orden colonial: al probar sus méritos como apóstoles reafirmaban el concepto de frontera y la jerarquía entre europeos e indígenas. No sólo la conducta sino también el cuerpo mismo del misionero representaba este orden en la frontera, por lo que era necesario mandar operarios especialmente virtuosos y disciplinados para enfrentar los obstáculos que les presentaría el demonio para refrenar la propagación de la fe. En las *vidas y virtudes*, los pecados de la carne eran la amenaza más peligrosa a la integridad del misionero y el éxito de su misión. Todos los apóstoles retratados en estos textos practicaban mortificaciones

del cuerpo superiores a las que sufrían a causa de las condiciones precarias en que vivían en la frontera. Si bien, como comenta un cronista, la vida del misionero era “una mortificación continua”, esto no bastaba para demostrar su rechazo de los placeres mundanos (Villavicencio, p. 193). Los autores de casi todas las *vidas y virtudes* afirman que se encontraron silicios u otros instrumentos de mortificación, muestras de su virtud intachable, entre las pocas pertenencias que los misioneros poseían al morir. La lucha contra el placer corporal era parte del heroísmo de los misioneros jesuitas, y el trato con mujeres, sobre todo con mujeres indígenas, era un peligro constante que aprovechaban los agentes de Satanás para mancillar su honestidad.

Juan José de Villavicencio, citando a San Bernardo, afirma que Juan de Ugarte, como hombre de carne y hueso, superó en virtud a un ángel “porque lo que éste logra por felicidad de su naturaleza, lo posee aquel a esfuerzos de la virtud, y aunque sea más feliz en su pureza, el hombre en ella hace alarde de fortaleza heroica” (1752, p. 174). Desde niños los apóstoles ejemplares retratados en las *vidas y virtudes* aprendían esta resistencia “heroica” contra cualquier tentación carnal, sobre todo la que representaba la mujer. Miguel de Venegas cuenta que cuando el Padre Salvatierra tenía siete años su hermana mayor lo castigó con tres días de ayuno por andar con otra niña en la calle, advirtiéndole, “que aunque era niña, al fin era mujer, y que desde su tierna edad se debía precautelar del trato con todo género de mujeres” (1754, p. 5). Todos los misioneros experimentaron las primeras pruebas de su castidad en las ciudades donde desarrollaron curiosas estrategias para defenderse de las malignas y sutiles tretas femeninas. El Padre Zappa evitaba mirarles el rostro a las que tenía que tratar en sus ministerios: “Con mujeres, dice, ojos bajos, mejor es que se quejen que soy corto en tratar que demasiado:

pues entonces pierden estimación” (176v). Según cuenta Venegas, el Padre Salvatierra llevó este ejemplo al extremo:

Después de muerte depusieron muchas personas, que lo trataron, familiarmente, que el P. Juan María jamás vio el rostro a mujer alguna, no sólo cuando se hallaba en el tráfico, y concurso de las Ciudades; pero aun cuando enseñaba, y catequizaba a las Indias en los Pueblos remotos de las Misiones, sino, que como hombre místicamente muerto, no veía a los vivos, aun cuando para su bien hablaba con ellos. Y que era tal su recato, que aun cuando por reverencia le pedían la mano para besársela, la recataba encubriéndola con el manteo, y eso les daba a besar en vez de mano (1754, p. 266).

Las mujeres indígenas de la frontera misionera presentaban tres principales desafíos a la castidad de los misioneros: primero, el misionero a menudo se encontraba a solas con ellas lejos del escrutinio de sus superiores y correigionarios; segundo, las costumbres de los indígenas no se reconciliaban fácilmente con los tabúes sexuales del cristianismo; y según *las vidas y virtudes*, el demonio utilizaba a las mujeres indígenas como un medio para socavar el orden que los misioneros representaban.

La vida y virtudes de el venerable, y apostólico padre Juan de Ugarte es el texto que discurre más sobre la lucha del misionero contra la libertad sexual de la mujer indígena. Villavicencio inscribe la defensa de la castidad de Ugarte en la misión fronteriza dentro de la “épica satánica”:

se vio en lances sumamente apretados, y peligrosos, en línea de honestidad: porque envidioso el Príncipe de las tinieblas, de que armado con la Cruz del Señor, con que su Magestad lo hechó fuera del mundo, que tenía tiranizado, venía también a arrojarlo de allí, donde estaba en pacífica posesión de tan dilatada gentilidad, procuró con todas sus diabólicas artes hacerle hechar alguna mancha en la pureza (1752, p. 177)

Después de su fracasado intento de alborotar a los indígenas californios a través de sus hechiceros, un frustrado “Príncipe de las tinieblas” se vale de “la grandísima libertad de las Indias” para repulsar la campaña de evangelización encabezada por el jesuita (pp. 177-78). Según Villavicencio, el Padre Ugarte fue emboscado en varias ocasiones por mujeres indígenas que intentaron “desahogar su loca pasión” con el misionero desprevenido (p. 178). No obstante, el jesuita las escarmentaba y las apartaba de sí como “venenosos áspides” para no dejar ápice de duda sobre su “varonil constancia” (p. 180). A veces se atribuye la licencia sexual de las indígenas a las costumbres y prácticas equivocadas de los californios, como en el caso de un cacique que le regala su hija al Padre Ugarte como muestra de agradecimiento y respeto; pero las más de las veces se plantea como una treta del demonio cuyo imperio sobre las Californias es amenazado por los apóstoles jesuitas (p. 181). Las prevenciones del jesuita llegaron a tal extremo que “no sólo cerraba las puertas de los sentidos” sino también ponía guardias fuera de la enramada en que dormía durante las temporadas más calurosas de la península californiana a fin de que no lo asediara alguna mujer indígena instigada por el demonio (p. 183).

Este discurso erótico-diabólico no sólo servía para justificar las campañas evangelizadoras de los jesuitas y sus esfuerzos por establecer el orden económico, social y sexual de la colonia en sus márgenes. Al representar estos asedios a la castidad de los padres misioneros, los autores de las *vidas y virtudes* emplean una estrategia de distracción que encubre la violencia a que fueron sometidas las mujeres indígenas bajo el régimen misionero. Es revelador, por ejemplo, que durante los primeros años de evangelización en Baja California, la misión de San Francisco Javier, al sur de la península en la tierra de los guaycuras, fue el sitio de una rebelión debido a una

“indiscreción” cometida por un soldado que acompañaba al Padre Francisco María de Piccolo.⁸ Miguel de Venegas, en su crónica de las misiones californianas, cuenta que un tal José Pérez, natural de Puebla, se había casado con “una india de la tierra” que después lo abandonó para volver con sus parientes en las sierras de San Francisco Javier. El marido celoso persiguió a la mujer, y cuando un “indio anciano” intentó disuadirlo, el soldado “ciego de cólera [...] lo dejó allí muerto de un balazo” (Venegas, 1979, p. 151). Algunos hombres guaycuras acudieron al viejo, y al ver lo que había pasado, mataron al soldado. Según Venegas, “el demonio se valía de tales ocasiones, para hablar con los hechiceros, y por medio de estos inquietar al de más vulgo de la gente” (p. 152). Como en muchos casos de colonización en América, la sexualidad de la mujer indígena era un campo de batalla abierto en el conflicto entre el colonizador y la gente sometida a la explotación económica y la desculturación: para el hombre colonizador, la sexualidad de la mujer indígena estaba directamente vinculada a su poderío, ya sea por medio de la misoginia de los misioneros o por el abuso sexual sufrido a manos de agentes seculares; para el hombre indígena, los nuevos tabúes sexuales impuestos por los misioneros y la explotación sexual sufrida por sus madres, hijas, hermanas o esposas significaron la destrucción irreversible de sus culturas.⁹

El archivo jesuita sobre la frontera misionera en Nueva España (ya sean

⁸ Es también revelador que el topónimo “California” vincula la península con una fantasía sexual masculina. En *Las sergas de Esplandián*, una novela de caballerías publicada en 1508, “California” es una isla de las Indias Orientales habitada por una raza de Amazonas. Álvaro del Portillo arguye que la asignación del nombre de una isla imaginaria se originó entre los críticos de Hernán Cortés, quien intentó poblar la península sin éxito. Aún cuando esta aplicación haya sido irónica, la fuerza de la sátira dependen de una alusión a un aspecto escabroso de la colonización y conquista.

⁹ Sobre la misoginia implícita en el proyecto jesuita véase Sweet (1995, p. 26).

hagiografías, informes, crónicas o historias naturales) sólo deja vislumbres de la violencia real que sufrieron las mujeres en la frontera misionera, pero el lector atento encontrará algunos detalles, a veces ofrecidos como notas al pie, de las hazañas apostólicas de los jesuitas, que valen por tomos. Concluiré con otra anécdota sobre las misiones de California. En su *Historia de la Antigua o Baja California*, el exiliado historiador jesuita Francisco Javier Clavijero explica una de las causas principales del alboroto de los pericúes en 1748:

Otro origen de inquietudes y quejas entre los pericúes era la escasez de mujeres. Es cosa verdaderamente admirable que habiendo sido en el tiempo de su gentilismo comunísima la poligamia y el sexo femenino mucho más numeroso que el otro, hubiera aquél llegado a disminuirse después de algunos años tanto que apenas había una mujer por diez hombres. Tal vez serían la causa las enfermedades de los años anteriores, las cuales acaso harían mayor estrago en el sexo débil. (p. 218)

Aunque la explicación aducida por Clavijero queda lejos de ser satisfactoria, sólo podemos conjeturar sobre las causas verdaderas de esta “escasez de mujeres”. No obstante, es evidente que la mujer indígena, ya sea a causa las enfermedades que los colonizadores llevaron a la península o por la explotación económica y sexual que siempre fue anexa a las misiones, sufrió desproporcionadamente en la frontera misionera.

CONCLUSIÓN

En este trabajo he intentado describir como la producción, difusión y lectura de las *vidas y virtudes* funcionaron como soporte del proyecto de evangelización y colonización de los jesuitas en Nueva España. Este género de hagiografías no sólo

servía de propaganda para la Compañía de Jesús (aunque esto sin duda fue uno de los motivos principales de las obras), sino también era parte de la compleja base de producción lingüística que establecía y perpetuaba la realidad institucional de la frontera misionera. Estas obras crearon el “allí” de la frontera e inventaron un espacio para las campañas de evangelización y aculturación de los jesuitas. Para los historiadores jesuitas del siglo dieciocho, y algunos seculares del siglo veinte, estas campañas representaban un benigno proyecto civilizador, o “conquista piadosa”. En las palabras del jesuita Francisco Zevallos: “Ganar así los corazones de los hombres, es un género de Conquistas, que hace un misionero desarmado, y no puede hacer todo el estruendo, y terror de las armas. Tanto más poderosas son las armas del zelo, mansedumbre, y caridad cristiana, que son las con que se fundó, y se propaga el Imperio de Jesu-Cristo” (1764, p. 13). Estas historias representaron la violencia inherente del sistema misionero como incidental a su intención benévola, y plantearon la resistencia indígena como producto o de la irracionalidad o de la influencia demoníaca.

Las *vidas y virtudes* también presentan una curiosa paradoja: este género de corte providencialista y tipológico empezó a proliferar en Nueva España justo antes de la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767 y en pleno auge del empirismo ilustrado. Por un lado, podemos leer estas obras como intentos de contrarrestar la creciente antipatía hacia la Compañía, tanto por su independencia política en las Américas como por su asociación con el caduco pensamiento escolástico. Sin embargo, estos textos también apelaban al nuevo afán de cartografiar y catalogar la naturaleza y los habitantes de las periferias de los imperios europeos. Recordemos que los padres Ugarte y Consag establecieron la peninsularidad de Baja California y

desmintieron las fantasías de la Gran Quivira y las Siete Ciudades de Cibola que Fray Marcos de Niza había sembrado en el imaginario europeo al comienzo del siglo dieciséis.¹⁰ Además, los mismos jesuitas refundieron estas crónicas providenciales en historias naturales que encontraron un amplio público lector en la Europa del siglo dieciocho. De cierto modo, la proliferación de las *vidas y virtudes* fue un augurio del próximo ocaso del sistema misionero jesuita y una prefiguración del viajero ilustrado y la mirada etnográfica lo vendrían a reemplazar en el discurso de la frontera colonial.

BIBLIOGRAFÍA

- Auerbach, E. (1953). *Mimesis*. Trans. Willard R. Task. Princeton, NJ: Princeton UP.
- Bolton, H. E. (1917). The Mission as a Frontier Institution in the Spanish-American Colonies. *The American Historical Review*, 23 (1), 42-61.
- Cañizares-Esguerra, J. (2006). *Puritan Conquistadors: Iberianizing the Atlantic, 1550-1700*. Stanford, CA: Stanford UP.
- Portillo, A. del (1947). *Descubrimientos en California*. Madrid: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.
- Feijóo y Montenegro, B. J. (1773). *Teatro crítico universal*. Madrid: Por D. Joachin Ibarra, Impresor de Cámara de S.M.
- Frye, N. (1982). *The Great Code: The Bible and Literature*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Gonzalbo Aizpuru, P. (1989). *La educación popular de los jesuitas*. México: Universidad Iberoamericana.
- López, J. F. (1758). *La fervorosa vida y religiosas virtudes del V.P. Joseph María Genovese*. México: Imprenta nueva de la Biblioteca Mexicana.
- O'Malley, J. W. (1993). *The First Jesuits*. Cambridge, MA: Harvard UP.
- Rabasa, J. (2000). *Writing Violence on the Northern Frontier: The Historiography of Sixteenth-Century New Mexico and Florida and the Legacy of Conquest*. Durham: Duke UP.
- Searle, J. (1998). *Mind, Language and Society*. New York: Basic Books.
- ____ (1995). *The Construction of Social Reality*. New York: Free Press.
- Sweet, D. (1995). The Ibero-American Frontier in Native American History. En E. Langer and R. H. Jackson (Eds.), *The New Latin American Missionary History* (pp. 1-48). Lincoln, NE: University of Nebraska Press.
- Venegas, M. (1754). *El apóstol mariano representado en la vida del V.P. Juan María de Salvatierra*. Ed. Juan Antonio de Oviedo. México: Imprenta de Doña María Ribera, Impresora del Nuevo Rezado.
- ____ (1979). *Empresas apostólicas de los padres misioneros de la Compañía de Jesús, de la Provincia de Nueva-España obradas en la conquista de Californias debida y consagradas al patrocinio de Maria Santissima, Conquistadora de nuevas gentes en su sagrada imagen de Loreto*. La Paz, Baja California Sur,

¹⁰ En su ensayo sobre la historia natural, Benito Jerónimo Feijóo atribuye la desmitificación del mundo natural en parte a las misiones: "No hay Región tan remota, que por razón del comercio, ú de las Misiones, no sea freqüentada de muchos Europeos. Así ahora no es tan libre el mentir como antes" (1773, pp. 61-62).

México: Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1979. Vol. 4 of *Obras californianas de Padre Miguel Venegas*, S.J. Ed. Michael Mathes. 4 vols.

____ (c. 1729) *Vida y virtudes del V.P. Juan Baptista Zappa*. Ms. HM 522. Huntington Library, Pasadena, CA.

Villavicencio, J. J. de (1752). *Vida y virtudes de el venerable y apostólico padre Juan de Ugarte*. México: Imprenta del Real, y más Antiguo Colegio de San Ildefonso.

Zevallos, F. (1764). *Carta del Padre Provincial Francisco Zevallos sobre la apostólica vida y virtudes del P. Fernando Konsag, insigne misionero de la California*. México: Real, y más Antiguo Colegio de San Ildefonso.

S I D E R E V S N V N C I V S

MAGNA, LONGEQVE ADMIRABILIA
Spectacula pandens, Fulpicientiaque propinquas
unicuique, praterum visó

PRIORIS, ad ASTRONOMIA, per
G A L I L E O G A L I L E O
PATRIUM FLORENTINO

Praeterea Gyrenasij Publico Mathematico

PERSPICILLI

Quibus singulis huiusmodi telescopiorum OPTICARUM, PERSPICILLORUM, SUMMUM, AUCTORITATE, STRICTE AGRAMINOS,

etiam huiusmodi
QUATVOR PLANETIS
Cuius IOVIS Saturni dependit miranda, unquam per hunc celestium mundum videnda, quae, nec in hunc usque aetate cognoscere, sed etiam tandem deperire, huius primus visus

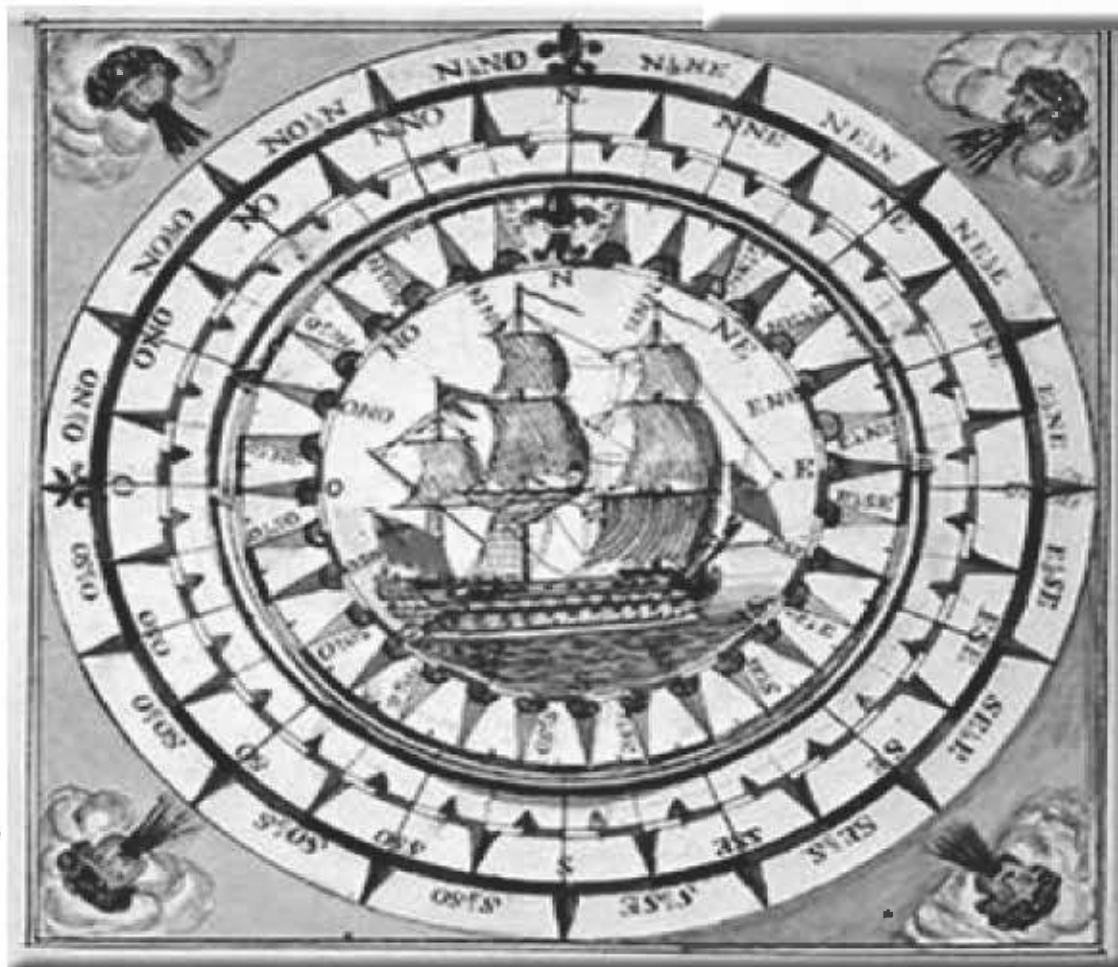
M E D I C E A S I D E R A N V N C V P A N D O S D E C R E V I T .



Galileo,
*Sidereus
Nuncius*
(1610)

V E N E T I I S , Apud Thomam Bibliopolem. M. DC. X.
Sequentibus Privilegio, et Franchisia.

SSS



Rosa náutica o
Rosa de los
vientos

RESEÑAS

O. Estrada (2009). *La imaginación novelesca. Bernal Díaz entre géneros y épocas*, Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 207 pp. (*Nuevos Hispanismos*: 7).

La *Historia* de Bernal Díaz quiere ser *verdadera*, pero la novelización del material narrativo hace de su *Historia* un texto fundacional y singular, ajeno a las clasificaciones posibles y factibles o, mejor dicho, incluyendo o aceptando a todas ellas conforme a las distintas mentalidades y tiempos. Ésta es quizás una de las virtudes principales del libro de Oswaldo Estrada, demostrar que el texto de Bernal Díaz tiene autonomía propia, más allá de las *épocas* y los *géneros*.

Según Estrada, la *Historia verdadera* redefine el lenguaje de la verdad, de lo probable y de lo posible, porque la fusión genérica que plantea Díaz del Castillo crea una nueva modalidad historiográfica, distinta de la historia convencional, mucho más subjetiva y única: mucho más literaria (p. 22). ¿Será que “la verdad” de Bernal es sólo una verdad posible en el texto? Desde Hayden White estamos seguros que la forma de las narrativas históricas es idéntica a la forma de las narrativas de ficción, ahora, gracias a *La imaginación novelesca*, también estamos seguros que el texto colonial tiene sus propios méritos, independientes del contexto de producción y de los intentos de su autor.

La lectura de Oswaldo Estrada atiende no sólo a los propósitos explícitos o implícitos de Bernal Díaz-autor, sino más bien a la inmensa pluralidad de significados que nos presenta Bernal Díaz-narrador, y la

capacidad de *los curiosos lectores*, que ayer, hoy, mañana y siempre, podemos otorgar nuevos sentidos, atender a lo antes no visto o ver con renovados ojos. Innovadora y libre de acartonamientos, la propuesta es la incitación a una lectura posible: aquella que permite saltar el muro del “análisis histórico y los estudios coloniales tradicionales” para así llegar al terreno de la “crítica literaria y la interpretación productiva del texto colonial”. Esta instigación se funda en la capacidad del lector –y por qué no *su derecho*– de analizar los elementos novelescos de la *Historia verdadera*, despojándose así de ciertos preceptos académicos, como aquel que asevera que los textos coloniales no fueron concebidos en contextos estéticos o no fueron creados por motivos artísticos.

Sustentado en la autonomía del artefacto histórico-literario, el derecho a una lectura que enfatiza la literaridad de la *Historia verdadera* permite nuevos horizontes críticos, no menos rigurosos pero mucho más sugerentes. En la línea de la propuesta de Verónica Cortínez (2000), los elementos creativos que señala Estrada en la constitución del texto bernaldiano –perspectiva omnisciente, lenguaje dialógico, novelización del espacio y del tiempo, personajes multidimensionales, y construcción indicial o creación de suspenso narrativo– no contradicen los contextos históricos e historiográficos del texto colonial, sino que los potencian dando nuevos significados que nos ayudan a pensarlos y comprenderlos.

La imaginación novelesca. Bernal Díaz entre géneros y épocas está organizada en cinco capítulos. “(Des)encuentros con la historiografía de indiana”, el primero de

ellos, presenta una lectura histórico-crítica de las concordancias y discordancias entre la *Historia verdadera* y la historiografía de Indias. Dividido en cinco apartados, –“Mentir o no mentir...ése es el dilema”, “Discursos interpuestos”, “(Re)-invenciones de la crónica”, “Conflictos de género”, “Una crónica de experiencias” y “Tintes literarios”–, el capítulo transita por los caminos lindantes de la historia y la ficción; de la veracidad y la verosimilitud; de la retórica y la experiencia, para llegar a la idea de una nueva modalidad historiográfica, mucho más duradera que el lapso histórico (p. 45), mucho más alusiva y comprensiva.

En el capítulo II, “Características de un lenguaje novelesco”, Oswaldo Estrada estudia minuciosamente el lenguaje que utiliza Bernal para dirigirse al público de su tiempo (¿y al de nuestro tiempo?) y así incorporarlo al mundo intradiegetico. De su análisis destacan dos ideas por su fuerza y desarrollo, aquella de *los rumores* sobre el Nuevo Mundo y aquella otra, complementaria, sobre las *emboscadas* narrativas diseminadas a lo largo del texto. Como parte del pacto entre Bernal y sus lectores, Oswaldo Estrada señala que el narrador de la *Historia Verdadera* orchestra una serie de efectos y elementos discursivos donde los chismes y el detalle no sólo entretienen al lector sino que lo acercan a un lenguaje novelesco, distanciándolo, a la vez, del lenguaje de los cronistas de su época. Bernal presenta una serie variada de escenas y una galería de personajes murmurantes que construyen perspectivas divergentes, contrastes y conflictos, y que, por lo mismo, crean un tipo de discurso híbrido, aquel señalado por Bajtin para analizar los mecanismos de la novela. A la vez, el narrador de la *Historia verdadera* mina el terreno de dudas, siembra pistas, despliega el misterio e interpela todo lo que dice, generando un clima de ambigüedad y una atmósfera novelística. Como señala Oswaldo Estrada, los lectores

caemos en las trampas discursivas que Bernal nos tiende y comprobamos su excelencia narrativa (p.69) y también la “artificiosidad” del discurso histórico precisada en *La imaginación novelesca*.

En el capítulo III, “Personalidades novelescas del Nuevo Mundo”, se profundizan también los rasgos fictivos de la narración de Bernal, pero ahora anclando el análisis en la composición de los personajes. Partiendo de una relectura de las teorías y las distinciones pioneras (personajes planos y redondos, protagonistas y antagonistas, etc.) ya señaladas en la crítica de la obra bernaldiana, se considera la profundidad dramática de ciertos actores y la (re) construcción de personalidades llenas de ambigüedades y ambivalencias. Aparece entonces el complejo y multidimensional Hernán Cortés, quien, “entre la espada y la pared”, entre “la maña y el atrevimiento”, se desdobra en la *Historia verdadera* con virtudes y defectos; también asoman los “náufragos compañeros”, Aguilar y Guerrero, que se “(des)encuentran” en la narración para develar una compleja realidad de interioridades y experiencias; asimismo Doña Marina, “tan cristiana y tan divina”, ingresa en la *Historia* mediante un cuento autónomo y un dialogo celestinesco que descubren la capacidad expresiva e inventiva de Bernal. En la construcción de este personaje, Estrada encuentra un artificio creativo, la paradoja: protagonismo y difuminación simultánea. A medida que Marina adquiere un papel estelar, su personaje se transforma hasta confundirse con el de Cortés y desaparecer. Transculturada y sincrética, amante, señora, esclava, india, cristiana, traductora y lengua pero –a la vez– “condenada al silencio perpetuo”, *la doña* de Bernal es sin dudas, uno de los personajes más complejos de la *Historia verdadera*. La serie se completa con el análisis de personajes “laterales” pero con “papeles estelares”, “personajes de fondo” y “protagonismos secundarios”. Según

Estrada, Bernal no presenta una realidad en blanco y negro sino que se comporta como un novelista: prefiere la abigarrada y multicolor –llena de vivencias y anécdotas– construcción verosímil del mundo histórico.

En “Novelizaciones del tiempo y del espacio”, el capítulo VI, se profundiza la sofisticada configuración del mundo en *Historia verdadera*. Sobre la coordinada espacio-temporal de la Conquista se desarrolla un tiempo psicológico, el sutil tiempo del encuentro entre españoles y americanos. Éste depende de las emociones de los personajes y es elástico, ya que transgrede el lapso lineal y se ensancha o adelgaza según las preocupaciones más íntimas del narrador y sus compañeros (p 118). Se trata del tiempo de la simultaneidad y de las dilaciones; de las digresiones y de los detalles nimios, dramatizados y minuciosos, que nos hacen comprender la psicología humana. También es el tiempo de los enigmas y el suspenso: un tiempo mucho más rico y lleno de contrastes, que intercepta un espacio metafórico y se transforma en un tiempo estético, portador de la naturaleza íntima de los hombres que en él se mueven (p. 125).

Una vez analizadas todas estas modelizaciones artísticas, *La imaginación novelesca* cierra con un capítulo donde se observan las influencias del texto bernaldino en la literatura mexicana contemporánea. Entre los muchos novelistas y ensayistas influenciados –Rulfo, Otilia Mesa, Fernando del Paso, Eugenio Aguirre, Carlos Villa Roiz, Marisol Martín del Campo etc.–, Oswaldo Estrada destaca y estudia puntualmente a Carlos Fuentes, Carmen Boullosa, Ignacio Solares y Laura Esquivel, porque éstos explicitan sus *diálogos bernaldinos*. “Diálogo con la nueva ficción histórica” funciona en la totalidad del libro y en la argumentación del autor como una evidencia más de la filiación literaria de la *Histórica verdadera*.

A lo largo de 207 páginas de fácil lectura por la claridad argumentativa y por la precisión del lenguaje empleado, Oswaldo Estrada logra su propósito. Expone los rasgos novelescos del discurso histórico y demuestra que el texto colonial es en gran medida independiente de los contextos enunciativos no estéticos. Con esta lectura el autor no pretende llegar a la tierra de los antagonismos, sino sumar un punto de vista complementario, aunque no menos polémico. La conclusión parece ser entonces la idea de las infinitas asimilaciones que acepta la *Historia verdadera*, renovada siempre por las épocas y las tradiciones críticas.

Jimena Rodríguez
UCLA

M. Beuchot y F. Arenas-Dolz (2008).
Hermenéutica de la encrucijada. Analogía, retórica y filosofía,
Barcelona: Anthropos, 460 pp.

Hay un fenómeno humano manifestado día con día, segundo a segundo, alimentado de los impulsos que ocurren inevitablemente en el tiempo como producto de la realidad, los sonidos, las imágenes, los olores, las texturas, todo pasa por el tamiz de la subjetividad humana, todo es interpretación. Cada estímulo es decodificado de acuerdo con el momento, la indeterminación no existe cuando algo se está interpretando, es la danza de la subjetividad donde se ponen en juego la personalidad, la cultura y la experiencia de quien está frente al producto cultural, llámese discurso, lenguaje, obra artística o texto.

Este es un proceso natural que se puede llevar a la práctica especializada. Interpretar lo que un artista quiso decir es querer encontrar hasta la pista más mínima que nos haga ver el producto como una serie de cajas contenedoras de la verdad de otro, como volvernos la autenticidad del espejo. Aunque dudo mucho que emprendido el viaje se llegue siempre al mismo puerto, y no me refiero a los varios barcos que seguro surcan el mismo mar, sino a las veces en que uno se sube al barco. Enfrentarnos a un texto es enfrentarnos a una red de significados que contiene más significados. En este sentido, la presente reseña no es una interpretación de otro texto, es decir, tiene como único objetivo hacer un acercamiento general a *La hermenéutica de la encrucijada* con la esperanza de capturar su esencia y lograr entablar una discusión sobre algunos términos propuestos por el autor del mismo.

Hermes, a quien se atribuye la creación de la hermenéutica, sostiene que la interpretación es requerida sobretodo donde se juntan los caminos extremos, es decir, es un puente entre dos puntos que podrían parecer contrarios pero que en la profundidad guardan una relación; a este puente Beuchot lo llama analogía. En este sentido, una definición básica de la hermenéutica es la siguiente: “es la interpretación de textos, estos pueden ser escritos hablados y actuados” (p.18), con la que acuerda Paul Ricoeur y a la que añade la facultad de ser “arte y ciencia”; de este modo al categorizarla como ciencia puede validarse al grado de hacer de sus definiciones algo tan establecido como una ley y al catalogarla como arte deja abiertos los paradigmas definitorios.

Cuando interpretamos un texto es imposible deshacernos de nuestros

referentes o, como diría Beuchot, de una tradición en la que estamos inmersos. Por ello, la primera relación interpretativa es la que se desprende de los referentes directos del texto y de los del interpretador o lector; la segunda, es la que se desprende de las intencionalidades, tanto aquella con la que fue escrito el texto como la intención con la que el lector se acerca al mismo. Con estas dos relaciones se busca acceder al nivel más profundo de la significación del texto.

El sentido de la hermenéutica se ha modificado conforme han pasado las épocas intelectuales. En la época helenística surge con auge la hermenéutica, pues hay una profunda crisis cultural nacida de la convivencia entre griegos, egipcios, etíopes, sirios, judíos y romanos, por lo que la cultura griega se empieza a leer alegóricamente. Así, en una lucha de interpretaciones, triunfa lo relativo. Después, en la Edad Media, la hermenéutica abre la polémica sobre si los textos deberían ser interpretados de “forma literal o de forma simbólica, metafórica o espiritual”, como dice Beuchot (p. 24). Para este dilema, San Agustín aconseja discernir el tipo de texto: cuando se puede hacer una lectura literal, la interpretación será por supuesto literal; y cuando el texto tiene tintes alegóricos la interpretación debe ser en la misma forma: “una hermenéutica madura no desdena lo alegórico. Pero justamente por ser madura, no se escurre o desbarranca hacia lo puramente alegórico” (p. 25).

En la época moderna, mientras el racionalismo Ilustrado provoca un retroceso de la hermenéutica, el Romanticismo defiende por encima de todo la resurrección del significado alegórico, de los mitos, las religiones y lo misterioso. Así, “la hermenéutica cobra auge en momentos de crisis cultural o en el multiculturalismo,

cuando es difícil entrar en diálogo con otros interlocutores” (p. 29).

El autor introduce dos términos que en adelante marcarán el paradigma para defender o atacar los matices que puede tomar la hermenéutica: univocidad y equivocidad. El primero abre un paradigma cognoscitivo entre lo claro y lo distinto, y el segundo entre lo relativo y lo totalmente incierto. Estos serán los dos caminos a los que se refería Hermes, pero ¿cuál es el punto en el que convergen?

El punto intermedio entre la univocidad y la equivocidad es la analogía, es decir, en parte lo idéntico, en parte lo diferente. Aunque si entendemos que la analogía es por definición comparación o relación entre varias razones y conceptos, entonces podemos resumir que la analogía es la resultante del reflejo de univocidad sobre la equivocidad, y de la equivocidad sobre la univocidad. El autor se refiere a la analogía como “el reconocimiento de los límites, o la transgresión no violenta y ordenada de los mismos” (p. 32). Un discurso es unívoco si en su interpretación, señalada como verdadera, sólo implica una lectura, es decir, un significado; un discurso equívoco, por el contrario, supone una interpretación por cada intérprete que no puede darse ni en el uno, ni en el otro: “se da en lo analógico, que es a su vez lo polisémico” (p. 35).

La analogía, al igual que la hermenéutica, se ha entendido de diferente forma en cada época. Así, pasó de ser *analogía de proporcionalidad*, utilizada para encontrar la armonía entre contrarios por Platón, a ser *analogía aristotélica* que buscaba encontrar el término medio tanto en el silogismo como en las acciones. En la Edad Media, la analogía ya no es sólo una herramienta sino que contiene una carga religiosa, por lo tanto filosófica: mientras que para

san Agustín la analogía funciona entre la creatura y el creador (es decir, acude más a la analogía de atribución), Nicolás de Cusa utiliza la analogía aristotélica y la neoplatónica planteando la coincidencia de los opuestos.

Aclarados los conceptos de hermenéutica y de analogía a través de la historia, y proponiendo una “mediación entre una hermenéutica equívoca y una unívoca [...] pero inclinada hacia la diferencia” (p. 50) el autor propone que la interpretación debe hacerse a través de una *hermenéutica analógica* que contiene los distintos modos de la analogía: desigualdad, atribución, metáfora, metonimia. Esto abre el campo de la interpretación sin que el lector o intérprete se pierda en la inmensidad o, más propiamente, en la ambigüedad. La hermenéutica analógica, teniendo como principal instrumento el diálogo, permite así una interpretación más amplia que la univocista o la equivocista, contiene los distintos modos de la analogía, guarda un equilibrio entre la interpretación literal o alegórica, oscila entre la interpretación metonímica y metafórica, ayuda a captar el sentido sin renunciar a la referencia y a tener una interpretación a la vez sintagmática y paradigmática.

Debido a que la subjetividad se iguala no sólo al número de lectores o intérpretes, sino también al número de momentos y circunstancias que los afectan, las posibilidades de interpretación podrían ser infinitas, desbocadas y peligrosas. Por ello es tan natural como conveniente marcar paradigmas semánticos que nos ayuden a iluminar el camino.

Alejandra Balduvín Álvarez
CCSyH-UASLP

H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (compiladores) (2004). *La palabra florida. La tradición retórica indígena y novohispana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 286 pp. (*Bitácora de Retórica*; 9).

Este libro demuestra que la retórica está ya incluida en el uso del lenguaje y manifiesta su naturaleza dentro de él. Si bien la retórica es un principio europeo, en este estudio nos damos cuenta de que, alejado de la determinación del concepto, el uso ya existía dentro de las lenguas indígenas.

Como hablantes de una lengua poseedora de una retórica establecida, podría suceder que no comprendamos el lenguaje desvinculado de la disciplina, pues aunque no se advierta la existencia de la disciplina como tal en algunos casos se vuelve algo lógico y de uso espontáneo. Con mayor razón si las sociedades a las que se refiere el libro son de oralidad primaria y, por tanto, que no concebían las palabras en su forma escrita sino como imágenes concretas, sensaciones o ideas.

El libro está dividido en dos partes. La primera se integra con los textos de Miguel León-Portilla, Lililan Álvarez de Testa, Patrick K. Johansson, Jorge Miguel Cocom Pech, Ramón Arzápolo Marín, Michela Craveri Slaviero, Paula Gómez López, Rose Lema, José Alejos, Soledad Flores Gutiérrez y June Nash. Diez expertos en la lengua indígena y su cultura, que de manera general hacen un análisis de las características retóricas que aparecen en las lenguas indígenas y de cómo las llevaban a la práctica. Y precisamente el título del libro está basado en las cualidades retóricas de las lenguas indígenas, así como en su capacidad persuasiva, que si bien

no encontramos estipulada en un manual, sí la encontramos inscrita en la tradición y en la repetición de modelos heredados de generación en generación. Uno de los métodos por los cuales se puede acceder a lo anterior es a través de los *Huehuetlatolli* “antigua palabra” o “pláticas de los viejos”, textos sobre los consejos de los ancianos a los jóvenes.

Los autores analizan la retórica de los *Huehuetlatolli*. Estos textos son prueba de la existencia de una retórica indígena, pues su discurso tiene la intención de convencer a alguien de algo, y logra ser completamente persuasivos.

A través de las transcripciones fue posible identificar géneros dentro de los *Huehuetlatolli*:

- “Ritos de paisaje”, que eran los discursos destinados a las ocasiones especiales de la vida común como un nacimiento, matrimonio, ida a la guerra, etc. Destaca el consejo de un padre a su hija, donde le dice cómo debe llevar su vida y la mejor manera de comportarse, además de darle su bendición.
- Los del gobierno y orden social y político. Como las palabras al supremo gobernante recién electo, en las que se le hace saber de sus nuevas responsabilidades.
- Las oraciones a los Dioses. Como las oraciones a Tlaloc cuando no había lluvia.

Existen algunos géneros secundarios que son obra de los frailes y que se valen precisamente de la retórica náhuatl para evangelizar. Es tal vez demasiada la insistencia en la falta de bases para comprobar la existencia de una retórica en el discurso indígena; sin embargo, los analistas de esta obra mencionan que

cuando el discurso se despoja de lo que ahora conocemos como “performance”, ese discurso se llena de retórica, en este caso, al pasar de lo oral a lo escrito.

Entre las principales figuras retóricas en estos textos los autores destacan:

- La metáfora: los pueblos indígenas dotaban a los objetos de una gran significación, razón por la que esta figura resulta tan frecuente (jade). En ocasiones pudiera ser difícil distinguir entre la metáfora y la figura de la catacresis. Algunos ejemplos: *oteotla* “entró el Dios” anocheció, *atlepetl iyolloco* “el corazón del pueblo” es el centro.
- El segundo más utilizado son los binomios léxicos o “difrasismo”, que es la unión de dos palabras que al estar juntas forman otro concepto, por ejemplo: *In mitl, in chimalli* “la flecha, el escudo” es la guerra; mi favorito, *In yollothli, in eztli* “el corazón, la sangre” es el chocolate. Y un ejemplo más explícito sobre como se utilizaba es cuando se refieren a mujer; mujer es simplemente *cihuatl*, pero cuando se habla de ella en un sentido sexual es *in cueitl, in huipl*, “la falda y la blusa”, prendas que cubren las zonas erógenas del cuerpo.
- Giros holofrásticos, que consisten en reducir el concepto a una sola unidad sonora, como en *nónohuian* “en todas partes” que se refiere a un metiche. El acento y la unión de la primera sílaba con el resto, remarca el sentido y así se sabe que no está diciendo literalmente “en todas partes” sino “metiche”.
- Poder mágico de la sinécdoque sonora: un ejemplo que ayuda a explicar esta figura es un rito que

se hacia para dar alma a las flechas que serían utilizadas en la guerra y el discurso destinado a este ritual hace la voz de la flecha al momento de ser disparada y llegar a su blanco.

Existen algunas otras figuras no menos importantes que aparecen en los *Huehuetlatolli*, como el albur, la paranomasia y la figura de acumulación que es también muy recurrida, sobre todo cuando se pretendía algún tipo de hipnotismo. Algunos de los que se percataron de estos usos fueron Bartolomé de las Casas y el franciscano fray Juan Bautista de Viseo. Vieron que la intención de los discursos era dar consejos, mostrar caminos y persuadir.

De este mismo estudio surgieron dos traducciones de los *Huehuetlatolli*, una hecha por el mismo fray Juan Bautista y otra de Bernardino de Sahagún, y a pesar de tratarse del mismo trabajo, encontramos que las traducciones difieren en varios aspectos: “los primeros se caracterizan por considerar al receptor del mensaje un agente moral libre de decidir por si mismo [...] En los segundos, esa posibilidad de libertad y agencia moral desaparece” (2004:44) haciendo referencia a los textos de Sahagún y a los de fray Juan Bautista respectivamente.

Para Sahagún es deber de quien recibe el consejo hacerlo valer. No se trata de una tradición impuesta, sino de un esfuerzo de razonamiento personal. En cambio, para fray Juan Bautista no se debe razonar moralmente, pues al ser esto un razonamiento individual es un hecho egoísta; sólo prudencialmente es que se debe razonar y provisto de deber. Digamos, pues, bajar la cabeza y someterse. Los textos de fray Juan Bautista se consideran adulterados por dar la espalda a una

de las principales características de los *Huehuetlatolli*: la liberación moral.

En el caso de los mayas, un libro de suma importancia es el *Chilam Balam*, cuyo significado destaca, al igual que los *Huehuetlatolli*, la importancia cultural de la palabra. *Chilam* significa “el que es boca” y *Balam* “jaguar o brujo”. De este existen varias versiones de acuerdo a los distintos sitios donde fueron recogidas las historias que lo conforman. De estas versiones las más conocidas son la de Chumayel y la de Tuzik. Ambos poseen lenguaje poético muy rico, sobre todo en los capítulos del lenguaje de Suyúa, que era un conjunto de preguntas y respuestas (acertijos) para los aprendices del oficio de gobernador. Este lenguaje es el punto de encuentro de los analistas sobre este libro, ya que contiene un lenguaje lleno de simbolismos; era además el lenguaje utilizado como medio de comunicación entre los nobles y por quienes tenían el poder. Por lo tanto no es posible pensar en éste como un lenguaje simple ni burdo, pues sus hablantes requerían un profundo conocimiento adquirido luego de un largo proceso de iniciación y disciplina, y de un alto dominio de diversas ciencias y artes.

Algunas figuras utilizadas en el lenguaje Suyúa son la sinécdoque sonora, como en los *Huehuetlatolli*, el vocabulario sinonímico para fines terapéuticos a través de un sueño hipnótico, y el hipérbaton (cambiar el orden de las palabras). Dentro del texto podemos encontrar ideas del origen del mundo, oscuras menciones de este origen en un lenguaje enigmático y expresiones del dinamismo en la creación del universo.

Volviendo al tema de la imprecisión de una retórica indígena, nos encontramos con un texto que llama mucho la atención de quienes, tras una retórica europea establecida con ciertas normas, encuentran

similitudes con dicha disciplina del otro lado del mundo. El *Rabinal Achí*, destaca en el estudio de la precisión de esta retórica por su similitud con el patrón poético occidental, ya que en su discurso se hace presente una versificación métrica basada en el número de sílabas y acentos, además de la unidad de acción, tiempo y espacio aristotélica en la construcción de la obra.

Continuando con las similitudes con los *Huehuetlatolli*, el *Rabinal Achí* utiliza las metáforas de manera binaria, y destacan la repetición de fórmulas dentro del discurso, ya que de esta manera el público obtiene control sobre la materia y registran mejor lo que el orador dice.

En el *Rabinal Achí* se identifican tres tipologías de relación semántica.

- La primera es un vínculo sinonímico entre palabras, donde el segundo miembro matiza la imagen expresada por el primer término: valiente-fuerte, ver-observar, llegar-vivir.
- El segundo consiste en una relación metonímica entre los dos términos. Un vocablo contiene en sí al otro por continuidad; expresa la multiplicidad dentro de la unidad, en un movimiento circular interno, de especificación. Un barrio-la ciudad, el palacio-las murallas.
- El último es la pertenencia de los vocablos a dos esferas semánticas antitéticas como extremos de un nuevo campo de significación. Raíz-tronco, hijos de madre-hijos de padre, flecha-escudo. Expresa la totalidad, la unidad a través del vínculo entre sus partes complementarias y opuestas.

Al igual que en el *Chilam Balam* y los *Huehuetlatolli*, los indígenas creían en

la asimilación de los objetos referidos en el discurso a través de la reflexión, no en palabras y registros individuales aprendidos, sino que tanto el orador como el público podían tocar, oler, observar y oír de lo que se hablaba.

La segunda parte se teje con los textos de Jack J. Himelblau, Don Paul Abbott, Victoria Pineda, Santa Arias, Juan Carlos Gómez Alonso y Eva Marqués López, quienes presentan estudios del periodo colonial en la América hispana desde la perspectiva de la teoría retórica occidental y las particularidades que de esta se encuentran en el periodo, basados en manuales del arte de la predicación y las intenciones evangelizadoras de los colonizadores, quienes para obtener su fin se valen de las características encontradas en el discurso indígena para convertirlos al cristianismo.

Primero se habla sobre *La historia de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas, en la cual afirma contar sólo la verdad de cómo ocurrieron las cosas. Y el estudio pretende justamente despejar su texto de la retórica y así mostrar como todo es más bien mentira, dependiendo del público al que iba dirigido. Las figuras utilizadas no pretenden engañar, sino persuadir de la verdad afirmada. Así se llega a la creación de una retórica mestiza, ya que para los frailes la persuasión (y algunos otros métodos menos amables) era el único modo de llevar a los indígenas al buen camino.

Es notable la insistencia en la importancia del destinatario. Todo el discurso debe ir en dirección a él, a su comprensión y su gusto. La *Retórica Cristiana* de fray Diego Valadés es un texto que tiene la finalidad de formar a los predicadores del nuevo mundo, a la vez que defiende a las misiones y hace un registro de la experiencia evangelizadora. Valadés resalta la importancia de la historia cultural de los pueblos americanos y de

la experiencia evangelizadora. Lo que sobresale en este texto es como Valadés entra y sale de la autoridad papal y de alguna manera justifica la acción indígena.

Finalmente, si bien los estudiosos identificaron las figuras utilizadas en el discurso indígena, y esto ayuda a empatar con el destinatario, la persuasión es algo diferente que de igual manera merece otro estudio completo. Las traducciones de los textos indígenas fueron realizadas principalmente por frailes y por los indígenas hechos al cristianismo que aprendieron el alfabeto latino, lo que complica aún más la comprobación de la existencia de una retórica. Sin embargo si las narraciones perduraron hasta convertirse en escritos, es porque la manera de interpretarlos pasaba de generación en generación; esta herencia puede ser válida como un tipo de “manual” del uso de la palabra con un fin determinado. Digamos pues que lo que no existía era el título de la disciplina, pero el uso y la repetición, sin duda, existió.

Sara Tovar
CCSyH-UASLP

LINEAMIENTOS PARA LA PUBLICACIÓN EN LA REVISTA ESPACIOTIEMPO

El investigador interesado en publicar en la revista deberá atender a los siguientes criterios:

Exclusividad: sólo se aceptan artículos inéditos y no sometidos a otra publicación. No se publicarán artículos bajo seudónimo.

Contenido. Los artículos deberán ser contribuciones originales o aplicaciones que hagan una contribución sustantiva y actualizada al tema de estudio.

Presentación de originales: las colaboraciones de artículos cortos tendrán una extensión máxima de 5 cuartillas y serán sometidos a arbitraje simple. Las colaboraciones de artículos largos serán sometidas a arbitraje por dos revisores y tendrán una extensión máxima de 15 cuartillas. Se entregarán por correo electrónico, en fuente Garamond, interlineado sencillo y letra de 11 puntos. Los artículos deberán ser enviados por correo electrónico a revistaccsyh@uaslp.mx. Deberán contener tres archivos: uno con el título del artículo, el nombre y grado del autor o autores, la adscripción institucional, el teléfono, el correo electrónico y un breve resumen de la obra y trayectoria del autor o autores; otro con el artículo sin datos del autor o autores y con sólo la indicación del lugar y número de las gráficas; y uno tercero con las tablas, gráficas e imágenes que acompañan el artículo. No deberán hacerse notas al pie, sino cuando sea absolutamente indispensable.

Referencias bibliográficas: dentro del texto se hará a partir de los criterios de APA, mencionando el apellido del autor (o los apellidos de los autores, el año y la o las páginas (García, 2005, pp. 35-40). No se utilizan los recursos de *ibid.*, *ibidem.*, *op. cit.*, etcétera. Cuando se requiera repetir la identificación de una fuente, volver a señalar el año y la página de la obra referenciada, o solamente la página en caso de que sea una nueva cita de la última obra mencionada. Al

final se incluirá la ficha extensa de bibliografía según los lineamientos citados a continuación. Se escribirán en cursiva sólo los títulos de libros, de las revistas o de los diarios.

Libros

Murciano, M. (1992). *Estructura y dinámica de la comunicación internacional* (2a. ed.). Barcelona: Bosch Comunicación.

Capítulos en libros

Bailey, J. (1989). México en los medios de comunicación estadounidenses. En J. Coatsworth y C. Rico (Eds.), *Imágenes de México en Estados Unidos* (pp. 37-78). México: Fondo de Cultura Económica.

Artículos en revistas académicas (Journals)

* En revistas cuya numeración es progresiva en las diferentes ediciones que componen un volumen, se pone solamente el número de este último (en caracteres arábigos):

Biltereyst, D. (1992). Language and culture as ultimate barriers? An analysis of the circulation, consumption and popularity of fiction in small European countries. *European Journal of Communication*, 7, 517-540.

* En revistas cuya numeración inicia con la página 1 en cada uno de los números que componen un volumen, agregar el número del ejemplar entre paréntesis después de señalar el volumen:

Emery, M. (1989). An endangered species: the international newshole. *Gannett Center Journal*, 3 (4), 151-164.

* En revistas donde no se señala el volumen, pero sí el número del ejemplar, poner éste entre paréntesis:

Pérez, M. (1997). El caso de los balseros cubanos desde la óptica del periódico El Norte de Monterrey. *Revista de Humanidades*, (2), 191-212.

* En ediciones dobles de revistas sin volumen seguir el siguiente ejemplo:

Trejo Delarbre, R. (1995/96). Prensa y gobierno: las relaciones perversas. *Comunicación y Sociedad*, (25/26), 35-56.

Tesis

De la Garza, Y. (1996). *Patrones de exposición y preferencias programáticas de los jóvenes de preparatoria de Monterrey y su área conurbada*. Tesis de Maestría, Tecnológico de Monterrey, Monterrey, México.

Revistas no académicas y de divulgación

A diferencia de las revistas académicas, para las que sólo se reporta el año de edición y no los meses, en las revistas comerciales o de divulgación se incluye el mes (en caso de periodicidad mensual) y el día (en caso de revistas quincenales, semanales o de periódicos diarios). Si se señala el autor del artículo, seguir este ejemplo: Carro, N. (1991, mayo). 1990: un año de cine. *Dicine*, 8, 2-5. Cuando se omite el autor del artículo se inicia con el nombre del artículo:

Inversión Blockbuster. (1995, julio). *Adcebra*, 6, 10. Se asocia Televisión Azteca con canal de Guatemala. (1997, octubre 15). *Excélsior*, pp. F7, F12.

Reseñas de libros y revistas

González, L. (1997). La teoría literaria a fin de siglo [Reseña del libro *La teoría literaria contemporánea*]. *Revista de Humanidades*, (2), 243-248.

Mensajes de e-mail y grupos de discusión

Tratar igual que "Comunicación personal". Se cita sólo dentro del texto y no se pone en la bibliografía. Ejemplo: Existen actualmente alrededor de 130 escuelas de comunicación en el país (R. Fuentes, comunicación personal, 15 de febrero de 1998).

Revista académica en la WWW

Fecha: usar la que aparezca en la página o sitio (si está fechada). En caso contrario, usar la fecha en que se consultó.

López, J. R. (1997). Tecnologías de comunicación e identidad: Interfaz, metáfora y virtualidad. *Razón y Palabra* [Revista electrónica], 2 (7). Disponible en: <http://www.razónypalabra.org.mx>


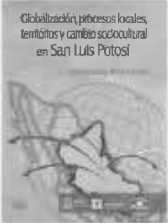




Sitios no académicos en la WWW sin autor






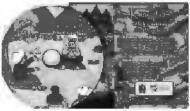
DIRECTV Questions & Answers (1997, octubre). Disponible en: <http://www.directv.com/>

Cd Rom

Corliss, R. (1992, septiembre 21). Sleepwalking into a mess [Reseña de la película *Husbands and wives*] [CD Rom]. Time Almanac. Washington, DC: Compact Publishing Inc.

**PUBLICACIONES RECIENTES DE LA COORDINACIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS POTOSÍ**

	<p><i>Aproximaciones desde la antropología, la historia y la arqueología</i>, editado por Carlos Alberto Casas Mendoza, y María Helena Ortalán Matos julio (2010).</p> <p>Coedición con Universidade Federal Do Amazonas, Editorial Miguel Ángel Porrúa. Edición rústica: 384 páginas.</p> <p>ISBN: 978-607-401-299-6</p>		<p>Globalización, procesos locales, territorios y cambio sociocultural en San Luis Potosí, por José Guadalupe Rivera González (2010). Coedición con Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, D.F. Edición rústica, 168 páginas.</p> <p>ISBN: 978-607-401-263-7</p>
	<p>Miradas de contraste: Estudios comparados sobre Colombia y México, coordinado por Alexander Betancourt Mendieta y Renzo Ramírez Bacca, coordinadores (2009) Coedición con Editorial Miguel Ángel Porrúa y la Universidad Nacional de Colombia. Edición rústica, 264 páginas.</p> <p>ISBN: 978-607-401-162-3</p>		<p>La rebelión frente al espejo. Desigualdad social, diversidad étnica y subordinación de género en la guerrilla de Guatemala (1960-1996), por José Domingo Carillo Padilla (2008). Coedición con la Universidad Autónoma de Aguascalientes, México. Edición rústica, 181 páginas.</p> <p>ISBN: 978-970-728-011-3</p>
	<p>Cultura y Naturaleza: Textos Novohispanos como fuentes para el estudio de historia ambiental, siglos XVI-XVIII, por Enrique Delgado López (2008). Coedición en la serie: Historia, Cultura y Ambiente, con la Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, Morelia, México. Edición rústica, 156 páginas.</p> <p>ISBN: 978-970-705-096-9</p>		<p>Reformismo borbónico en la provincia de San Luis Potosí durante la Intendencia, por Ana Irisarri Aguirre (2008). Coedición con Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, D.F. Edición rústica, 129 páginas.</p> <p>ISBN: 978-970-819-032-9</p>

	<p>Estudios regionales y de fronteras interiores, editado por Ana Irisarri Aguirre, Alexander Betancourt y M. Nicolás Caretta (2008). Coedición con Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, D.F. Edición rústica, 192 páginas. ISBN: 978-607-401-002-2</p>		<p>El rizoma de la racionalidad. El sustrato emocional del lenguaje, por Pedro Reygadas y Stuart Shanker (2007). Coedición con Grupo Editorial Cenzontle, México, D.F. Edición rústica, 438 páginas. ISBN: 978-970-9929-06-5</p>
	<p>San Luis del Potosí Novohispano. Poblamiento y dinámica social de un real de minas norteño del México Colonial, por R. Alejandro Montoya (2008). Edición rústica, 286 páginas. ISBN: 978-970-705-097-6</p>		<p>Historia y nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia, por Alexander Betancourt (2007). Coedición con La Carreta Editores E.U., Medellín, Colombia. Edición rústica, 293 páginas. ISBN: 978-958-98022-1-2</p>
	<p>Policromías de una región. Procesos históricos y construcción del pasado local en el Eje Cafetero, editado por Alexander Betancourt (2008). Coedición con Alma Mater, Pereira, Colombia. Edición rústica, 260 páginas. ISBN 978-958-98116-2-7</p>		<p>Lo que cuentan de antes. Cuentos tének y nahuas de la Huasteca, producido por Anuschka van't Hooft (2006). Audio CD, 12 relatos grabados, c. 70 min.</p>

Contacto: Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Av. Industrias 101-A, Fracc. Talleres, San Luis Potosí, SLP 78494, México. Tel. y Fax: +52-444-818-2475.

Números previos de

espaciotiempo. REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

ISSN: 2007-0608

	<p>Espaciotiempo 1 (primavera – verano 2008).</p> <p>Dossier: Cultura y medio ambiente en la Huasteca: La población indígena y su entorno actual.</p> <p>Contribuciones de: Guy & Claude Stresser-Péan, Pedro S. Urquijo, Miguel Angel Sámano Rentarías & Miguel Angel Romero Morales, Alan R. Sandstrom, György Szeljak & Anuschka van't Hooft, Miguel Aguilar-Robledo, Dominique Raby, Pedro Reygadas Robles-Gil, Valente Vázquez Solís, Carlos A. Casas Mendoza.</p>
	<p>Espaciotiempo 2 (otoño – invierno 2008).</p> <p>Dossier: Enfoques de la complejidad y el desarrollo en las humanidades y las ciencias sociales.</p> <p>Contribuciones de: Antonio Aguilera Ontiveros & Julio César Contreras Manrique, Juan Luis Martínez Ledesma, Sonia Lucía Peña Contreras, Stuart Shanker, Andrea Garvey & Alan Fogel, Pedro Reygadas & Anuschka van't Hooft, José Luis Piñuel Raigada & Carlos Lozano Ascencio, Gustavo Aviña Cerecer, Verónica Alvarado, Héctor Magaña Vargas.</p>
	<p>Espaciotiempo 3 (primavera – verano 2009).</p> <p>Dossier: Arqueología en el norte de México.</p> <p>Contribuciones de: Emiliano Gallaga, Rafael Cruz Antillón & Timothy D. Maxwell, Jane H. Kelley, Todd VanPool & Gordon F. M. Rakita & Christine S. VanPool, Moisés Valadez Moreno & Denise Carpenteyro Espinosa & Paola Isabel Zepeda Quintero & Manuel Graniel Téllez, John Carpenter & Julio Vicente, José Luis Punzo Díaz, Michelle Elliott & Ben A. Nelson & Christopher T. Fisher, Achim Legemann, Hugo López del Río & Fernando Mireles García & Raul Y. Méndez Cardona & M. Nicolás Caretta & Robert J. Speakman & Michael D. Glascock, Peter C. Kroefges, José Domingo Carrillo.</p>
	<p>Espaciotiempo 4 (otoño – invierno 2009).</p> <p>Dossier: Ordenamiento territorial.</p> <p>Contribuciones de: Carlos Contreras Servín; Alejandro I. Monterroso Rivas, Jesús D. Gómez Díaz, Juan Á. Tinoco Rueda, Esteban Betancourt Hinojosan & Alva Reynoso Valdés; Nohora B. Guzmán Ramírez; Adrián Moreno Mata; Marcos Algara Siller, Carlos Contreras Servín, Guadalupe Galindo Mendoza y José de Jesús Mejía Saavedra; Alfonso Munguía-Gil, Jorge I. Euán-Ávila & Ana García de Fuentes; María Inés Ortiz Álvarez, Alma Villaseñor Franco y Leticia Gerónimo Mendoza; Wanderléia Elizabeth Brinckmann.</p>
	<p>Espaciotiempo 5 (primavera – verano 2010).</p> <p>Dossier: Sociedad y territorio.</p> <p>Contribuciones de: Carmelo Conesa García, Wanderléia E. Brinckmann, Rafael García Lorenzo, Ramón García Marín & Alfredo Pérez Morales; Sara Barrasa García; Octavio A. Montes Vega; Miguel Escalona Maurice; María Guadalupe Galindo Mendoza; Wanderléia E. Brinckmann & Michele Peixoto Friedrich; Noé Aguilar Rivera; Adrián Moreno Mata, Rigoberto Lárraga Lara & Víctor Benítez Gómez; Carlos Contreras Servín.</p>

En el próximo número de

espaciotiempo

Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades

Año 4, Número 7, Primavera- Verano de 2011

DOSSIER:

GEOGRAFÍA HISTÓRICA EN AMÉRICA LATINA: ALGUNAS REFLEXIONES TEÓRICAS

Editores invitados: Miguel Aguilar-Robledo y Perla Zusman

